



Apoteosis ganadora

Wangari Maathai



HARLEQUIN

Apuesta ganadora (2009)

Título original: An indecent proposal (2008)

Serie multiautor: 11º Purasangre

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Oro 183

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Patrick Stafford y Bronwyn Davies

OceanofPDF.com

Argumento:

Habían tenido una relación intensa en el pasado. ¿Cómo sería el reencuentro?

Bronwyn Davies estaba furiosa. Viuda, arruinada y desesperada, acudió al rancho Fairchild en busca de un trabajo y con la intención de volver a ver a Patrick Stafford, el verdadero padre de su hijo. No esperaba un recibimiento amistoso, pero... ¿insultos y malos modales? Bronwyn decidió mostrarle de qué estaba hecha y todo lo que se había perdido.

Después de muchos años, Patrick no había sido capaz de olvidar que Bronwyn lo dejó para casarse por dinero con otro hombre. Ahora ella iba a ver la vida que podría haber tenido. Él reconocería a su hijo, pero el precio iba a ser más alto de lo que Bronwyn se había imaginado.

Capítulo 1

Hacía calor. Un calor sofocante que parecía ascender del asfalto en oleadas invisibles. Bronwyn y su hijo de diez años, Wesley, viajaban sentados en la parte delantera de una vieja camioneta Toyota sin aire acondicionado. El cabello pelirrojo de Bronwyn estaba sudoroso, tenía los pantalones cortos pegados a la piel y Wesley estaba llorando desconsoladamente.

Lloraba por Ari, el único padre que había conocido, un padre que había sido condenado por pertenecer al crimen organizado, que había tenido que ingresar en prisión y que había sido asesinado entre las cuatro paredes de su celda.

Segura de que el conductor vietnamita no llevaba el suficiente tiempo en el país como para entender el idioma, Bronwyn se volvió hacia su hijo y habló sin reparos.

—No malgastes ni una lágrima más por él.

Bronwyn nunca le habría dicho algo así a su hijo de no haber estado en aquellas duras circunstancias, con la camiseta húmeda por el calor, el rostro sofocado y a punto de perder la paciencia después de haber pasado la última hora en aquella carretera de un solo carril detrás de un camión que los había obligado a circular a menos de cincuenta kilómetros por hora.

—En realidad —continuó Bronwyn, refiriéndose a Aristóteles, al padre de Wesley—, si estamos en esta situación, es por culpa suya.

El señor Lec le había presentado al conductor, llamado Nam, en el mercado asiático de Sidney, le había dado las indicaciones y le había mostrado la ruta que tenía que seguir para llegar a Hunter Valley, el lugar adonde se dirigía Bronwyn.

Wesley estaba sentado entre el conductor y su madre. Tenía el pelo de un color algo más claro que el de Ari y muy diferente del de ella. Tampoco había heredado el color verde de los ojos de Bronwyn, ni el marrón chocolate de Ari.

«Malditos genes recesivos», pensó.

El niño estaba jugando con una pelota de fútbol y llevaba la camiseta de su equipo favorito. Su sueño era llegar a ser algún día jugador profesional, otra idea que le había metido en la cabeza su padre, que le había comprado

siendo más pequeño una camiseta del Manchester United. Aunque Bronwyn nunca había querido desanimar a su hijo, no podía hacer nada para evitar la desilusión y la tristeza que habían atenazado a Wesley por la muerte de Ari.

Al menos, se consolaba pensando que su infancia y juventud no iban a ser tan duras como las que había tenido que vivir ella.

—Por cierto —continuó Bronwyn—, recuerda que, de ahora en adelante, tu apellido es Davies.

—No —murmuró el chico.

—Mira, Wesley —replicó Bronwyn, perdiendo la batalla contra la contención—. Ya sé que esto no es agradable, pero nos dirigimos a un lugar lleno de personas que aman a los caballos, y no quiero que vayamos por ahí atados al apellido de un hombre que intentó hacerles daño.

—¿Qué les hizo?

—Envenenarlos —respondió ella—. Supongo que para que no ganaran carreras, no lo sé... Pero lo que sí sé es que el apellido Theodoros no va a ayudarnos a hacer amigos en el rancho Fairchild.

Wesley rebotó la pelota contra su rodilla, provocando que golpeará el cristal del coche.

—No hagas eso —dijo ella tomando la pelota—. Vas a provocar un accidente.

—Papá no tuvo nada que ver con ese asunto de los caballos —dijo el chico—. Me lo dijo.

—Bueno, no quería decir que fuera él personalmente el que los drogara, pero sí estuvo implicado. Ari era un criminal, Wesley. Robó dinero, engañó a las autoridades y cometió delitos que prefiero, por tu bien, no contarte.

Desde la muerte de Ari, Bronwyn había intentado reforzar la buena imagen que tenía Wesley de su padre, pensando que eso sería bueno para él. Sin embargo, no deseaba que siguiera sintiendo aquella adoración sin límites por una persona éticamente despreciable. No quería tener que recurrir a contarle todos los actos execrables que había cometido. Deseaba no tener que llegar a hacerlo.

Sin embargo, había demasiadas cosas que habían quedado sin explicación y, antes o después, su hijo necesitaría saberlas. ¿Por qué habían

perdido su casa, su coche, sus cuentas bancarias, de la noche a la mañana? ¿Por qué había entrado la policía en su casa y había empezado a hacer preguntas? Bronwyn ya no odiaba a Ari. Ni siquiera le guardaba rencor. Ya no. No podía permitirse ese lujo. Tenía que concentrar todas sus fuerzas en conseguir salir de la indigencia en la que los había dejado todo aquello.

Lo que había sucedido, a raíz de la muerte de Ari, había sido uno de los mayores desengaños que había sufrido en toda su vida. Un desengaño de sí misma. Siendo niña, había crecido acostumbrada a no esperar nada, a vivir con lo imprescindible. La situación en la que se encontraba era únicamente culpa suya, por haber confiado en alguien que no fuera ella misma.

Se había prometido, a sí misma, no volver a ser pobre nunca más.

Bien mirado, la muerte de Ari había simplificado bastante su vida, aunque también le había puesto delante obstáculos que nunca antes había tenido que afrontar. Había vuelto a utilizar su apellido de soltera. Dado que su marido estaba muerto, no era necesario pasar por las complicaciones de un proceso de divorcio. Por otro lado, apenas tenía dinero, ni siquiera para dar de comer a su hijo.

Bronwyn había intentado apoyar a Ari hasta el final, honrando el juramento que había hecho en su momento de estar con él en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Pero, desde el día en que habían arrestado a Ari, le había resultado más y más difícil inventar respuestas para las constantes preguntas de su hijo.

¿Por qué se han llevado a mi papá? ¿Por qué dicen que es un criminal? ¿Qué son esas cosas malas que dicen que ha hecho?

Bronwyn había terminado por cansarse y había dejado de fingir.

—Lo siento, Wesley —dijo ella—, sé que esto es muy duro para ti, pero tienes que confiar en mí. Ésta es la única solución para que podamos estar seguros. Sé que querías mucho a Ari —continuó Bronwyn evitando utilizar la palabra padre—, y eso es muy bonito, pero tenemos que ser prácticos.

—Tenemos que mentir —afirmó su hijo enfadado.

Bronwyn miró a su hijo y descubrió horrorizada lo rápido que Wesley estaba aprendiendo a ser un cínico. Ella lo había sido demasiado tiempo. Había pasado algunas épocas de su vida en la indigencia, durmiendo en la calle. Esa experiencia le había servido para no mentirse a sí misma, para

saber, después de diez años de matrimonio, que los negocios de Ari no eran precisamente legales. Pero el que Wesley, un chico inocente y valiente, tuviera también que adoptar esa actitud, le rompía el corazón.

—Esto va a ser como una aventura —intentó animarlo—. Ya verás como te gusta.

Bronwyn sabía como conseguir que dejara de llorar. «¿Qué pensarías tu padre si te viera llorar?». Con sólo decirle eso, Wesley reprimiría sus lágrimas. Ari no había permitido nunca que su hijo fuera débil. Había querido criarlo a su imagen y semejanza.

En cierto modo, aquélla era una especie de venganza divina por los pecados que había cometido. Porque, ¿qué era peor?, ¿que Ari hubiera llevado una doble vida durante todos aquellos años, simulando ser un padre modelo, mientras a escondidas era un delincuente?, o ¿que ella le hubiera hecho creer que era el padre de Wesley, un chico cuyo parecido con Patrick Stafford, siempre había sido para ella más que evidente?

Ésa era la verdad. Wesley era hijo de Patrick Staflord, no de Aristóteles Theodoros.

Bronwyn se incorporó en el asiento cuando divisó en el horizonte las primeras vallas blancas que anunciaban la entrada a Hunter Valley, la región de los caballos, el lugar donde estaba el rancho Fairchild, el hogar de Louisa Fairchild y el lugar donde, desde hacía una temporada, vivía su sobrino-nieto Patrick Stafford.

—Wesley, mira los caballos —dijo señalando por la ventanilla—. Mira qué bonitos son. Ya veras lo emocionante que va a ser vivir aquí. Y mira toda esa hierba. Podrás jugar al fútbol donde quieras —añadió, sin tener muy claro si iban a dejar a su hijo hacer algo así en aquellas cuidadas praderas verdes que se extendían hasta el horizonte.

—No me gustan los caballos —repitió Wesley, por quinta vez aquel día, sin mirar.

Patrick Stafford observó el paisaje a través de las puertas de madera de la mansión, estilo colonial, de su tía abuela Louisa Fairchild. Aquella casa era muy diferente del apartamento en Sidney donde siempre había vivido con sus padres. Se habían ganado la vida como agentes de bolsa, y, aunque

de joven Patrick había deseado hacer algo más importante con su vida, al final había terminado dedicándose a la misma profesión. Había perdido gran parte del romanticismo que había tenido hasta entonces y se había vuelto más pragmático, aunque todavía conservaba cierta ilusión por ayudar a la gente a poner sus finanzas en orden, como estaba haciendo con Louisa.

—Patrick, ¿me estás escuchando? —preguntó su tía.

—Sí, sí —respondió él.

Aunque, en realidad, tenía la mente en otro sitio. Hacía un mes que había llegado al rancho Fairchild. Su primera intención había sido enfrentarse con su tía, exigirle explicaciones por el enfado que siempre había existido entre ella y su hermana, la abuela de Patrick. Sin embargo, poco a poco, había empezado a sentir apego por aquella anciana de ochenta años, al igual que su hermana, Megan. Al poco de llegar, Louisa había sido acusada de asesinar a Sam Whittleson, pero él se había puesto de su parte. Nunca había llegado a creer, ni por un momento, que una anciana hubiera sido capaz de un delito semejante. Al final, se había probado su inocencia, pero el proceso le había causado un ataque al corazón del que parecía haberse repuesto milagrosamente. De hecho, Louisa parecía haber olvidado ya todo lo ocurrido. Había mostrado mucha más facilidad que él mismo para superarlo.

Su hermana Megan, por otra parte, había decidido instalarse en Hunter Valley y pasar el resto de su vida con el policía que había llevado el caso, el policía que había llegado a arrestar a Louisa, Dylan Hastings. Aunque Patrick comprendía las razones por las que el detective había sospechado de su tía, aunque sabía que en parte había actuado obedeciendo órdenes de sus superiores, seguía sin poder digerir lo que había pasado. Y el que su hermana hubiera decidido irse a vivir con el detective, incluso instalarse en Hunter Valley y abrir una galería de arte, no ayudaba mucho.

En cualquier caso, aquella mañana tenía preocupaciones más importantes. En las noticias del informativo matinal se había enterado, en una sección en la que repasaban los sucesos más importantes de las semanas pasadas, de la muerte en prisión de Aristóteles Theodoros dos semanas antes. Se especulaba que había sido asesinado por su conexión con el sindicato del crimen.

En realidad, aquello no tenía nada que ver con él. Había visto a Aristóteles en una sola ocasión, el día en que Bronwyn le había comunicado su intención de casarse con él. Era como si hubieran pasados siglos desde entonces. Para Patrick, Ari siempre había sido el hombre por el que Bronwyn lo había dejado, el hombre cuyo dinero había podido más que los sentimientos. El rechazo de Bronwyn lo había llevado a desechar algunos de los planes que, hasta entonces había tenido, sueños irrealizables como ser escritor o licenciarse en Historia.

Con el tiempo, se había dado cuenta de que nunca podría haber llegado a ser un buen escritor. Había crecido rodeado de términos financieros y procesos de fusión, el lenguaje que siempre habían utilizado sus padres. Habían muerto cuando él tenía dieciocho años y lo habían dejado, a él y a su hermana, en una posición más que desahogada. En parte gracias al desengaño que había sufrido con Bronwyn, Patrick había descubierto su verdadera vocación, algo que habían corroborado enseguida sus excelentes notas de la universidad.

Al ver las noticias, tuvo la certeza de que la historia de Bronwyn con Aristóteles no había funcionado, y no pudo evitar cierta satisfacción al pensar en lo irónico de la situación. Unas semanas antes, había visto a Bronwyn en las noticias, saliendo de los juzgados, con su cabello pelirrojo oscuro anudado en la nuca, gafas de sol de Chanel y un traje blanco de una reputada marca italiana. Al observarla, se había dado cuenta de que su rostro parecía distante y abatido, como si hubiera caído sobre ella un castigo por haberse casado con un delincuente adinerado. Un dinero que, de la noche a la mañana, había desaparecido.

—Me gustaría saber tú opinión sobre todo este asunto de las elecciones a la federación —dijo Louisa.

Patrick intentó reflexionar sobre la pregunta que le había hecho su tía y olvidar por un momento lo que había visto en las noticias.

Andrew Preston, el candidato norteamericano para la presidencia de la American Thoroughbred Racing Federation, había apoyado públicamente a Louisa durante su arresto. Su generoso gesto había tendido un puente de concordia entre dos familias que siempre habían estado enfrentadas, pero Louisa seguía prefiriendo como candidato a Jackson Bullock, el magnate

australiano de los medios de comunicación. Patrick no compartía su predilección por aquel tipo. La familia Bullock tenía demasiadas relaciones con personas como Aristóteles Theodoros o, al menos, eso era lo que se rumoreaba.

Estaba recapacitando sobre la cuestión cuando vio un Toyota antiguo detenerse en la puerta de entrada. El guardia de seguridad habló con el conductor y lo dejó pasar enseguida. Parecía asiático.

Patrick se dijo que debía de tratarse de alguno de los jardineros de Louisa. Estaba pensando si debía hablarle a aquel tipo sobre su coche, cuando vio que se detenía junto a la puerta de la cocina y entraba en la casa seguido de una mujer con el pelo largo y pelirrojo y un niño con la camiseta de un equipo de fútbol, que se puso a jugar con una pelota en cuanto salió del vehículo.

—Si me miraras, tal vez prestarías más atención a lo que estoy diciendo —protestó Louisa.

—¿Cómo? —preguntó Patrick despistado.

Su tía lo miró con una sonrisa en los labios, un gesto muy poco habitual en una mujer que tenía fama de fría y calculadora.

—¿Estás preocupado por la relación de tu hermana Megan con ese policía? —preguntó Louisa.

—Por supuesto que no —contestó él, aunque no era del todo cierto.

Dylan había sido el responsable del arresto de su tía, aunque había que reconocer que había sido el primero en rectificar y encarcelar al que había resultado ser el verdadero culpable, Sandy Sandford. Y, para ser sincero consigo mismo, no podía negar que, en comparación con los hombres que su hermana había frecuentado en el pasado, Dylan Hastings era un sueño hecho realidad. Además, la hija adolescente del detective, Heidi, parecía hacerle mucho bien a Megan. Pasaban mucho tiempo juntas, compartían una pasión desahogada por el arte y por los caballos.

—Lo siento, Louisa —se excusó Patrick—. Estaba pensando en lo que vi en las noticias de esta mañana.

—¿Aristóteles Theodoros? —preguntó Louisa—. Es un don nadie. Estoy cansada ya de oír hablar de él.

—¿Lo conociste?

Louisa era una mujer adinerada y bien situada socialmente, por lo que no era una sorpresa que hubiera podido llegar a relacionarse con aquel tipo.

—Por supuesto —dijo la anciana, ofendida—. Tenía un programa de televisión en el que se hacían apuestas sobre carreras. No me extrañó en absoluto cuando me enteré de que estaba implicado en un delito de envenenamiento de caballos para amañar resultados. Me alegro de que lo metieran en la cárcel y que hayan acabado con él. Así el país se ahorrará el dinero que de otra forma habría tenido que gastar en su juicio.

—¿Crees que lo mataron para evitar que contara lo que sabía? —preguntó Patrick.

—Seguramente —respondió su tía—. Las personas como él son las que le dan mala fama a este deporte. Sé que es un tópico decir algo así, pero es la verdad. El público, en general, cree que las carreras de caballos son un nido de víboras en el que lo único que importa es el dinero. No entienden lo que significa amar a un caballo, apasionarse viéndolo correr, intentar darlo todo para ganar. Proposición Indecente, por ejemplo. Hacía tiempo que no veía un animal con tanto espíritu y tanta belleza. Pero los tipos como Aristóteles Theodoros lo ensucian todo.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que Jackson Bullock no es uno de ellos? —preguntó Patrick.

—No lo estoy, pero confío en él más de lo que nunca confiaré en Andrew Preston.

—¿Qué tienes contra los Preston? —preguntó él intentando permanecer neutral.

—No me gustan los cambios, Patrick —contestó la anciana con franqueza—, eso es todo. No me gustan las situaciones que no puedo controlar.

Patrick asintió y pensó que, en cierto modo, su tía tenía razón. Andrew Preston era un hombre que no se iba a dejar controlar.

Sus ojos, sin embargo, estaban fijos de nuevo en la mujer de cabello pelirrojo que había salido del Toyota. Le recordaba mucho a otra mujer.

—Wesley, por favor —dijo Bronwyn en voz baja consiguiendo que su hijo se tranquilizara y se sentara en una repisa de piedra—. Estoy

intentando conseguir un trabajo.

Bronwyn se sentó junto a su hijo y dejó en el suelo la bolsa con la ropa y los objetos personales de los dos. Había preferido llevar pocas cosas al rancho Fairchild. Había dejado el resto en un local de almacenaje en Sidney con la esperanza de llegar a tener el dinero suficiente como para recuperarlas e instalarse en alguna parte.

—Es importante que estés quieto y no des guerra —continuó en voz baja—. Tengo que conseguir este trabajo, ¿comprendes? No tenemos dinero desde que tu... Tenemos que salir adelante por nosotros mismos, Wesley y eso significa que tengo que trabajar.

—Y ¿no podías conseguir trabajo en Sidney?

—Es muy caro vivir en la ciudad, Wesley —respondió Bronwyn, aunque los dos sabían que ésa no había sido la única razón por la que habían tenido que salir de Sidney.

—Tú siempre te crees más lista que los demás —dijo su hijo.

—¿De qué estás hablando?

—De Nam. ¿Crees que no ha entendido todo lo que has dicho durante el viaje?

—Wesley, tengo que entrar —dijo ella sonrojándose—. ¿Me prometes que vas a estar aquí quietecito?

—¿Y qué pasará si no te contratan?

—Lo harán, no te preocupes. Ahora, quédate aquí y espérame.

Bronwyn se dirigió a la puerta del despacho del ama de llaves de la casa. Llamó con discreción y enseguida apareció una mujer bajita y muy hermosa, de pelo rubio.

—No está aquí —dijo la mujer.

—¿Cómo? —preguntó Bronwyn.

—¿Ha venido por el trabajo de encargada del office?

Bronwyn asintió observando la delicadeza de la piel de la mujer y pensó que, a Patrick Stafford, no debían de faltarle oportunidades en un lugar como aquél. Aunque, con toda probabilidad, ya tendría novia formal. No había ido al rancho Fairchild para recuperar la relación que había tenido con él, pero no podía evitar pensar en ello, y más viendo a una mujer tan bella saliendo de las cocinas de la casa.

—La señorita Lipton no está. Es su día libre.

—Pero... Tenía una cita con ella —dijo Bronwyn.

—¿Es usted la mujer con la que tiene una entrevista mañana?

¿Cómo podía tener tan mala suerte? Nam ya se había ido en su camioneta de vuelta a Sidney. No sabía dónde podía alojarse ni qué hoteles había en la región. De todas formas, era reticente a gastar el poco dinero que tenía en algo así.

—Me llamo Marie —dijo la mujer ofreciéndole la mano con una sonrisa amistosa.

—Y yo Bronwyn Davies.

—Lo que le propongo es que vaya hasta aquella puerta y pregunte por Agnes. Es la ayudante de la señorita Lipton. Seguramente le dará un lugar para dormir esta noche. ¿Ha venido con su hijo?

—Sí, se llama Wesley —dijo dándose la vuelta señalándolo.

—Es muy guapo —sonrió Marie.

—Demasiado —apuntó Bronwyn—. ¿Qué puerta me ha dicho?

Marie se la indicó de nuevo.

—Muchas gracias —dijo Bronwyn.

—De nada.

En cuanto Marie entró en la casa y cerró la puerta de la cocina, Wesley se acercó a ella.

—Estupendo, mamá. Hemos venido el día equivocado.

—Será mejor que vengas —dijo Bronwyn tomándolo de la mano y echándose al hombro la bolsa.

Wesley tomó la suya, una más pequeña, y Bronwyn pensó con amargura en la cantidad de frustraciones y problemas que se estaba viendo obligado su hijo a vivir.

«Tengo que dejar de criticar a Ari delante de él», pensó.

Al fin y al cabo, su hijo idolatraba a su padre y quería honrar su memoria.

También ella lo había amado hacía mucho tiempo.

«Tengo que dejar de pensar en él», se dijo. Siempre había pensado que el haberse sentido atraída por él, por un hombre veinte años mayor que ella, había estado relacionado con el hecho de no haber conocido nunca a su

padre, ya que había muerto antes de que ella naciera, dejándolas a su madre y a ella solas, en medio de la ciudad y sin dinero.

Bronwyn triunfaría en la educación de su hijo. No cometería los errores en los que había incurrido su madre. Nunca permitiría que su hijo tuviera que dormir en la calle, o debajo de un puente para resguardarse del frío.

—Wesley, ¿te he dicho alguna vez que eres el mejor hijo del mundo?

—Mmm —murmuró él.

Se dirigieron por un camino de baldosas rojizas hacia la puerta que le había indicado Marie. Al dar la vuelta en una esquina, una puerta se abrió y apareció un hombre.

Bronwyn se quedó paralizada, incapaz de moverse.

Habría sido capaz de reconocerlo en cualquier parte del mundo, aquellas facciones, aquellos pómulos, aquellos labios que conocía tan bien, aquel cabello castaño, aquellos ojos oscuros que Wesley había heredado...

Patrick Stafford se detuvo delante de ella.

—¿Por qué será que esto no me sorprende? —preguntó él en tono sarcástico.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

¿Patrick Stafford no estaba sorprendido de verla?

Bien, tampoco ella lo estaba. Al fin y al cabo, ¿no había sido su presencia allí lo que la había motivado a ir al rancho Fairchild? ¿Acaso no había indagado durante semanas, llamando a sus amigos de la universidad y antiguos conocidos hasta que lo había localizado? Patrick era el padre de Wesley, y ambos, padre e hijo, merecían tener la oportunidad de conocerse al fin.

Al tenerlo delante, Bronwyn recordó lo enfadado y herido que se había sentido cuando ella lo había rechazado.

«Éramos tan jóvenes...», pensó.

Estaba decidida a confesarle la verdad, pero quería hacerlo cuando no estuviera delante Wesley.

—Estoy buscando a la ayudante del ama de llaves —dijo Bronwyn.

—Estoy seguro de que esto no es una casualidad —replicó él observando la bolsa que llevaba al hombro—. Déjame pensar... ¿No querrás que te saque de algún lío? Como el papá millonario ya no está, pensaste que venir a verme era una buena idea.

La presunción de Patrick le ofendió. Después de todo lo que había tenido que pasar las últimas semanas, era demasiado para ella.

¿Creía Patrick que había acudido a él para que la mantuviera? Era algo completamente ridículo.

—Ni siquiera yo tengo en tan alta consideración mis encantos —replicó Bronwyn.

—¿Me vas a decir que es una coincidencia que hayas venido aquí justo después de la muerte del gran Theodoros?

No, no era una coincidencia. El que hubiera quedado un puesto vacante en el rancho Fairchild había sido puro azar, pero no el que ella hubiera decidido aprovecharlo. Pero no podía admitirlo en aquel momento, no hasta que tuviera el trabajo, no de una forma tan precipitada.

—¿Te importa cambiar el tono? —le pidió Bronwyn indicándole con los ojos que había un niño delante, un niño que idolatraba a quien siempre había considerado su padre.

Por primera vez, Bronwyn se planteó si no sería mejor no involucrar a

Wesley con un hombre que era capaz de hablar de una forma tan desconsiderada delante de un niño.

—¿Podrías indicarme el camino? —continuó Bronwyn—. Tengo una cita con la señorita Lipton para trabajar en la cocina. Creía que era hoy, pero parece que he llegado demasiado pronto.

—Por supuesto —contestó Patrick—. Toma el coche, sigue la carretera y encontrarás varios hoteles asequibles.

Después de la amabilidad con la que la había tratado Marie, la descortesía de Patrick fue un duro golpe para ella.

—Por favor, te agradecería si le dijeras a la ayudante de la señorita Lipton que estoy, aquí —consiguió decir—. O, al menos, orientarme para que pueda encontrarla yo.

Patrick vio que los labios de Bronwyn, esos labios hermosos y seductores que tan bien había conocido en el pasado, estaban temblando. Era evidente que aquello no podía ser una coincidencia, que debía de hacer alguna razón que explicara su repentina presencia allí. Dado que Bronwyn ya no tenía el poder de antaño para conmoverlo, ¿por qué no tratarla educadamente? Después de todo, no era más que una viuda acompañada de su hijo, y el pequeño no se merecía sufrir los errores de su madre. El chico debía de estar destrozado por la muerte de su padre.

—Sigue por este camino —dijo Patrick, señalando hacia delante—. Encontraras a Agnes en la primera puerta a la derecha.

Patrick miró al hijo de Bronwyn y vio que lo estaba observando con frialdad.

—Nos os preocupéis —añadió—. Tenemos sitio de sobra para que paséis la noche.

Bronwyn estaba sorprendida. Patrick seguía oliendo exactamente igual. Aunque no se había acercado mucho a él, había reconocido enseguida su aroma, el mismo que había aprendido a reconocer años atrás, en la época en que ella había trabajado como camarera en la cafetería de la universidad y él había sido un estudiante afortunado que no había tenido que trabajar para estudiar.

—Agnes, te presento a Bron Theodoros...

—Bronwyn Davies —corrigió ella.

Mucha gente la conocía por el diminutivo de «Bron». A Ari nunca le había gustado y la había convencido de utilizar su nombre completo poco a poco, incluso antes de que Patrick se alejara de ella.

—Bronwyn Davies y su hijo... —intentó continuar Patrick.

—Wesley —apuntó ella.

—Bronwyn tiene una entrevista concertada con la señorita Lipton mañana, pero ha llegado un día antes. Estoy seguro de que podremos acomodarlos en una habitación para que pasen la noche aquí en la casa —dijo él subrayando la última palabra—. Somos viejos amigos de la universidad.

—Conque haya una habitación en el ala de los empleados es suficiente —comentó ella.

—Hay algunas habitaciones libres allí, sí, pero están recién pintadas, y sería muy incómodo —dijo Agnes, una mujer de unos cincuenta años con el cabello sujeto en un moño detrás de la nuca, y vestida con un uniforme negro y blanco impoluto—. Podemos instalarla en el ala oeste.

El ala oeste debía de ser la más calurosa de la casa, pero eso a Bronwyn no le importaba. Mientras tuviera un techo sobre su cabeza, cualquier cosa le parecería bien.

—¿Tenemos una habitación, entonces? —quiso asegurarse Patrick.

—Por supuesto —respondió Agnes con altivez, como si se hubiera sentido ofendida por las dudas de Patrick.

—En ese caso, les mostraré yo mismo el camino —se ofreció él, sorprendiendo de nuevo a Bronwyn, que no había esperado una hospitalidad tan cálida.

Era probable que sólo estuviera comportándose así por estar rodeado de gente. En cuanto se quedaran solos, le diría que no estaba dispuesto a mantenerla un solo día, pero no le importaba, porque no era eso lo que quería. Sólo pretendía contarle la verdad sobre Wesley, aunque, después del recibimiento, ya no tenía tan claro que fuera tan buena idea.

Bronwyn y Wesley siguieron a Patrick por el vestíbulo, hasta que llegaron a unas escaleras. Aunque no eran las principales, eran anchas y elegantes. Subieron a la primera planta, donde los recibió otro inmenso

vestíbulo que parecía un salón de baile. Las paredes estaban decoradas con fotografías de caballos y retratos de la propietaria del rancho, Louisa Fairchild, en diferentes momentos de su vida.

Bronwyn sólo la había visto en un par de ocasiones, en alguno de los eventos a los que había acudido con Ari, pero nunca había hablado con ella. No estaba segura de cómo iba a reaccionar la gran señora cuando se enterara de que, la viuda de Aristóteles Theodoros, estaba en su casa.

¿Debía pedirle a Patrick que no revelara su verdadera identidad?

No, no podía hacerlo, no podía pedirle ayuda. Además, ¿cuál podría ser su excusa? ¿Podía realmente pedirle que ocultara que ella había estado casada con un criminal?

En uno de los pasillos encontraron dos habitaciones con un baño compartido. La más grande de ellas tenía una cama grande con dosel y una puerta que comunicaba con la otra, más pequeña pero con vistas a las caballerizas.

—No se puede jugar al fútbol aquí dentro, pequeño —le dijo Patrick a Wesley, mientras le enseñaba su habitación.

—Ya lo sabe —apuntó Bronwyn, que no quería que Patrick tuviera la impresión de que su hijo no había sido educado debidamente.

—Por supuesto —replicó Patrick con firmeza—, pero a Louisa no le gustaría, de modo que he preferido advertirte, por si acaso.

—Muchas gracias por hacerlo —murmuró ella.

—Si necesitáis algo, hablad con Agnes. Los empleados almuerzan en el comedor adjunto a la cocina, serás bien recibida. Hay toallas en el baño, lo digo porque supongo que Wesley querrá lavarse un poco.

El chico lo miró un poco ofendido por la sugerencia, pero Bronwyn comprendió enseguida la indirecta de Patrick.

—Sí, los dos hemos hecho un viaje muy largo y necesitamos darnos una ducha —dijo ella acercándose a su hijo—. ¿Por qué no vas tú primero, cariño?

—Como quieras —dijo Wesley, mirando con suspicacia a su madre y a Patrick.

El chico entró en el baño y ellos salieron de la habitación, cerrando la puerta.

—Ven, acompáñame al estudio —le pidió él.

Bronwyn prefirió no discutir y lo siguió, observando sus anchos hombros y sus largas piernas vestidas con unos finos pantalones de lino. Seguía siendo atractivo, pero tenía una actitud muy diferente de la del chico que había conocido en la universidad; mucho más fría, distante y seria. En los tiempos de la universidad, siempre había considerado a Patrick como un joven soñador que había querido dedicarse a estudiar Historia y a escribir, pero sin mucha convicción, como un joven todavía inmaduro. Cuando él le había pedido que se casara con él, ella lo había rechazado por pensar que todavía no estaba preparado para un compromiso tan importante. Al poco tiempo había conocido a Ari, un hombre mayor que ella y mucho más maduro que Patrick.

En aquel tiempo, Bronwyn había visto a su futuro marido como un hombre de negocios, no como a un gangster.

¿En qué momento había empezado a sospechar que el hombre con quien compartía la vida y se comportaba de una forma tan afable en familia era, en realidad, un criminal? Se había repetido la misma pregunta una y otra vez desde que habían arrestado a Ari, pero nunca había conseguido llegar a ninguna conclusión.

El estudio de Patrick era muy espacioso y luminoso. Estaba decorado con muebles de madera noble. Sobre el enorme escritorio había un ordenador de última generación y una pantalla adicional donde se mostraban a toda velocidad cotizaciones de bolsa y fondos de inversión. En un lado, había una fotografía de él con su hermana Megan, a quien reconoció enseguida. Se acercó para observarla y reconoció el estilo que tenía para la ropa y los complementos. Reconoció también sus ojos. Unos ojos que siempre había recordado luminosos y alegres. Pero también recordó que Megan siempre había representado la antítesis a su propia vida, una chica acostumbrada a estudiar en los mejores colegios y a estar rodeada de la crema de la alta sociedad.

—¿Cómo está? —preguntó Bronwyn.

—Muy bien —respondió Patrick desde el mueble bar—. Ha conocido a un buen hombre, un policía de aquí que tiene una hija de catorce años. ¿Te apetece una copa?

Aunque no sabía si debía aceptar nada de un hombre que la había recibido de una forma tan grosera, Bronwyn estaba tan cansada que necesitaba beber algo antes de darse una ducha y bajar a cenar.

—Sí, gracias, me apetece.

—¿Coñac?

Bronwyn nunca había probado el coñac hasta que había conocido a Patrick en la universidad.

—No es precisamente mi estilo —había dicho ella una noche que habían salido juntos.

—Si te acostumbras a las cosas elegantes y sofisticadas, al final ellas acabarán por encontrarte —había replicado él.

Eso había sido antes de que ella conociera a Aristóteles Theodoros, un hombre atractivo que había ocupado enseguida el lugar del padre que Bronwyn nunca había conocido.

—Gracias —repitió ella.

—Aquí siempre brindamos por los caballos y por la victoria —dijo Patrick dándole su copa—. Así que, por Louis y por la victoria de Proposición Indecente en la Outback Classic —añadió levantando su copa.

Bronwyn levantó la suya.

—Mientras tengas claro que no he venido a hacerte una... —sonrió.

—¿Por qué has venido entonces? —preguntó él después de dar un sorbo.

Bronwyn lo observó detenidamente antes de responder. Era sorprendente lo poco que había cambiado físicamente. Seguía siendo un hombre increíblemente atractivo, el hombre del que una vez había estado locamente enamorada, el hombre que había desaparecido de su vida el día en que ella le había dicho que iba a casarse con Ari. En aquel momento se había sentido muy mal, lo había visto salir de la cafetería de la universidad con el temor de que cometiera una locura. Ella misma había pasado mucho tiempo pensando si no había cometido un error, si no había dejado escapar algo que no volvería a tener el resto de su vida, si no se había atado a una persona con la que no podría compartir ni una sombra de lo que había experimentado con Patrick.

Patrick le había pedido que le contara la razón de su presencia allí.

Había llegado el momento de decirle toda la verdad. Sin embargo, otra duda la asaltó de repente. Patrick era un hombre rico y poderoso. Ella no tenía nada. ¿Y si intentaba quitarle la custodia? El Patrick que había conocido en la universidad nunca habría sido capaz de hacer una cosa así, pero no sabía lo que el tiempo podía haber hecho con su carácter y su forma de pensar. No estaba segura, y no tenía nada con lo que defenderse.

—He venido por el trabajo —dijo finalmente.

—¿Sabiendo que estaba aquí?

—Sí —confesó—, lo sabía, pero estoy aquí porque necesito el empleo. El gobierno ha requisado todo el dinero y los bienes de Ari y debo mantener a Wesley.

Podía ver en los ojos de Patrick que no se estaba creyendo la historia que le estaba contando. ¿Estaba pensando que su intención había sido volver a él para retomar su antigua relación?

Mientras tanto, Patrick sentía deseos de poder introducirse en la cabeza de las personas y ver sus pensamientos. ¿Por qué Bronwyn había ido al rancho Fairchild? No sabía cuál era la razón, pero estaba seguro de que tenía que ver con él.

—En ese caso, dejemos algunas cosas claras desde el principio —empezó Patrick—. No vas a tener ningún trato de favor por el hecho de que nos conozcamos y hayamos tenido una relación en el pasado. Y, por supuesto, no te hagas ninguna ilusión sobre nosotros dos. Tendrás que trabajar duro. Si no has aprendido nada nuevo desde tus años de camarera en la universidad, tendrás que hacerlo rápidamente.

Bronwyn tenía ganas de contarle un par de cosas sobre la vida, sobre lo que había hecho durante todos aquellos años, pero sabía que enfrentarse a él podía significar perder el trabajo. Bebió un sorbo de coñac y lo miró.

—Créeme, la idea de dormir aquí esta noche no me hace mucha ilusión. No espero mucha cortesía de las personas a las que he rechazado. Y no creo, ni por un momento, que hayas olvidado nunca que te dejé para casarme con Ari. Sé que no podrías perdonarme.

Las palabras sinceras de Bronwyn le recordaron a Patrick una de las cosas por las que se había sentido tan atraído por ella desde el principio. Antes de conocerla, todas las mujeres a las que había conocido se habían

comportado de una forma artificial con él, simulando una constante alegría y entusiasmo para impresionarlo. Bronwyn había sido la primera que le había dicho la verdad a la cara sin inmutarse, que no lo había tratado como a un ser perfecto.

El tiempo no la había cambiado. A pesar de la inestable situación en la que se encontraba, seguía siendo franca.

—¿Comprendes entonces que tenga mis dudas sobre la verdadera razón de tu presencia aquí? —preguntó Patrick.

—Claro que lo comprendo —respondió ella, aunque seguía sin estar segura de querer contarle toda la verdad, y decidió cambiar de tema—. ¿Qué te trajo aquí? Por lo que puedo recordar, tu familia no se llevaba muy bien con Louisa.

—No nos llevábamos, ésa es la verdad —respondió él—. Pero hace un tiempo nos pidió a Megan y a mí que viniéramos a verla, y lo hicimos intrigados, porque siempre habíamos tenido recelo de ella.

Bronwyn pensó que el dinero de Louisa, seguramente, había tenido algo que ver con la decisión de Patrick de pasar allí una temporada, pero decidió no decir nada.

—¿Y a qué te dedicas ahora? —preguntó en cambio, aunque ya lo sabía por los amigos comunes con los que había hablado.

—Soy inversor y agente de bolsa —respondió él—. Debe de ser que lo llevo en la sangre.

Patrick se apartó del mueble bar y se acercó a ella. Bronwyn se sintió observada. El haber crecido en las calles le había enseñado a darse cuenta de cuándo era el centro de atención y a juzgar a las personas por su instinto, por sus palabras y por sus gestos, no por su apariencia física. Patrick, sin embargo, era como un enigma para ella. Nunca había podido anticipar sus reacciones.

—¿Debo expresar mis condolencias? —preguntó él.

—Haz lo que quieras —respondió ella—. Aunque, dado que soy viuda, sería de buena educación por tu parte —añadió apurando su copa—. De todas formas, creo que debo ir a comprobar si Wesley está bien.

Wesley había llenado la bañera con más agua de la que había empleado

jamás para bañarse en la casa en la que hasta hacía muy poco había vivido en Sidney, o en la casa de veraneo de Grecia, o en la otra que su padre tenía en Queensland, o en cualquier de los lugares donde había estado.

¿Por qué su madre lo había llevado hasta allí? ¿Por qué no había buscado un empleo en Sidney para que él pudiera seguir yendo a su colegio de siempre?

Recordó lo sucedido en los últimos meses, los amigos que habían dejado de llamarlo al enterarse de que padre había sido arrestado y metido en la cárcel. De una manera imprecisa, Wesley se daba cuenta de que, abandonar la ciudad, iba a ser una buena decisión a largo plazo, pero eso no la convertía en menos dolorosa en aquellos momentos.

Hunter Valley estaba lleno de chicos ricos y bien situados, y su madre le había dejado muy claro que ellos no iban a volver a ser los mismos de antes. Ni siquiera iba a poder jugar al fútbol hasta que su madre tuviera buenas relaciones con la propietaria. A partir de aquel momento, iba a ser el hijo de una simple empleada.

Un niño sin padre.

¿Odiaba su madre a su padre por haber descubierto que había sido un criminal?

¿Quién era el hombre que le había presentado su madre bajo el nombre de Patrick? Era evidente que no le hacía ninguna gracia que estuviera allí, pero también intuía que su madre había sabido perfectamente que estaba allí antes de dirigirse al rancho Fairchild.

—Tenemos que concentrarnos en sobrevivir —le había dicho durante el trayecto hasta allí—. Eso es lo más importante. Debemos encontrar un lugar para vivir.

Su padre siempre había sido muy generoso con el dinero, pero su madre no. Siempre se había enfadado mucho cuando había entrado en su habitación por casualidad y había encontrado monedas por el suelo.

—¿No entiendes lo importante que es el dinero? —le había repetido muchas veces—. Espero que siempre tengas el suficiente como para no tener que preocuparte por él, pero debes respetarlo y conocer su valor.

¿Seguían teniendo dinero? Su padre siempre había protestado por la preocupación de su madre por el dinero, y él no lo había entendido nunca,

porque siempre habían tenido de todo.

Pero ahora todo era diferente. Ahora su padre estaba muerto.

Después de tener una discusión con su hijo acerca de la importancia de ahorrar agua, sobre todo viviendo en el campo, Bronwyn dejó que Wesley se tumbara en la cama de su habitación a leer un tebeo mientras ella se duchaba y rezaba de todas las formas posibles para conseguir aquel trabajo.

Sin embargo, después del recibimiento de Patrick, estaba empezando a plantearse si quedarse en aquel lugar era tan crucial. Bronwyn conocía a los hombres, y sabía que parte del comportamiento de Patrick atendía al orgullo herido que todavía tenía por la forma en que lo había rechazado once años atrás. Sabía que no debía hacerse ninguna ilusión sobre una posible atracción entre ellos, pero lo más importante era Wesley.

¿Estaba Patrick preparado para aceptar a un hijo? ¿Estaba dispuesto a tratarlo correctamente? Era probable que reaccionara rechazando su paternidad.

Por otra parte, se había sentido muy ofendida por la sugerencia que había hecho sobre su posible intención de obtener un trato de favor. ¿Realmente pensaba que era tan aprovechada? ¿En qué momento de su vida había dejado de trabajar para vivir? Incluso después de casarse con Ari, había seguido trabajando, ocupándose personalmente del mantenimiento y administración de todas las propiedades, preparando con los empleados las recepciones, las cenas de negocio y las reuniones de su marido. Ari se había negado a que trabajara fuera de casa, y ella había ocupado el papel de ama de casa, dejando a un lado los estudios de Nutrición y Fisiología que había empezado. Bronwyn se preguntó si un hombre como Patrick Stafford consideraría trabajo criar y educar a un niño.

Pero ¿qué sabía en realidad de Patrick? Aunque físicamente no había cambiado nada, tenía un aspecto muy distinto. Se había convertido en un agresivo agente de bolsa. El romántico soñador que había conocido una vez había desaparecido. Bronwyn se daba cuenta de que, con los años, Patrick había adquirido una madurez y una seguridad en sí mismo de las que había carecido en el tiempo en que habían estado juntos.

Sin embargo, actuaba con distancia y frialdad. ¿Era el padre adecuado

para Wesley?

Patrick no podía dormir. Le daba rabia que por culpa Bronwyn no fuera capaz de conciliar el sueño, pero así era.

¿Qué pretendía? ¿Por qué había ido al rancho Fairchild sabiendo que él vivía allí?

¿Realmente estaba interesada sólo en el trabajo? Había rechazado la idea de que su interés fuera el dinero, pero no estaba seguro de que estuviera diciendo la verdad.

¿Tenía el propósito de que retomaran su relación donde la habían dejado? ¿Estaba tan loca?

No sabía por qué, pero debía haber una razón, y estaba convencido de que tenía que ver con él. Bronwyn no había hecho nada al azar en toda su vida.

Sin embargo, lo que se preguntaba con más insistencia era si lo que lo mantenía despierto era la duda sobre la razón de que ella estuviera allí u otra cosa: ella misma.

Estaba más guapa y atractiva que nunca. Los años la habían tratado bien. Tenía una piel suave y delicada, como la de una chica de quince años. Su cabello pelirrojo, sus ojos verdes... No parecía una pobre viuda desconsolada, sino una mujer hermosa y segura de sí misma.

Seguía siendo Bronwyn.

La única mujer que había sido capaz de llegar hasta el fondo de su alma.

La única mujer que le había destrozado el corazón.

La única mujer a la que había amado de verdad.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

—El único problema que tengo para decidirme a darle este trabajo —dijo la señorita Lipton, una mujer de mediana edad con el pelo muy corto, a la mañana siguiente—, es que está usted demasiado preparada. No he tenido mucha suerte con la gente de la ciudad, todos son siempre universitarios que acaban aburriéndose.

—Yo no terminé los estudios —dijo Bronwyn intentando convencer al ama de llaves del rancho Fairchild.

—No importa, le daré una oportunidad. Tenemos un bungalow en la zona de los empleados para usted y su hijo.

—Muchísimas gracias —dijo Bronwyn.

—¿Le gustan los caballos? —preguntó el ama de llaves.

—No especialmente —respondió Bronwyn, dándose cuenta enseguida de su error.

—¿Qué la ha traído hasta aquí? Con su experiencia, podría haber encontrado un trabajo en la ciudad.

Bronwyn estaba preparada para responder a aquella pregunta. La había ensayado varias veces en los últimos días.

—Necesitaba que mi hijo cambiara de aires. Busqué un lugar distinto, más tranquilo, donde pudiera crecer con más seguridad, y pensé en Hunter Valley.

—¿Sabe que ésta es una región muy cara? —apuntó la señorita Lipton—. Se lo digo por si tiene planes de comprar una casa.

—Mi marido murió recientemente. Era muy doloroso para los dos seguir viviendo en Sidney —dijo Bronwyn, y al ver el gesto de complicidad del ama de llaves, decidió que desde aquel momento aquélla sería su razón oficial para explicar su salida de la ciudad.

—Bien, ahora le daré el uniforme oficial con el logotipo del rancho Fairchild y te enseñaré la cocina —dijo la señorita Lipton—. Bueno, ahora que lo pienso, será mejor que antes les enseñe sus habitaciones para que su hijo pueda instalarse.

—Muchas gracias —repitió Bronwyn.

Una vez que había conseguido el empleo, su siguiente preocupación era Wesley. Su hijo iba a tener demasiado tiempo libre, mientras ella estuviera

trabajando, tiempo en el que no iba a poder ocuparse de él. Tenía que conseguir su ingreso en la escuela local cuanto antes.

—¡Lipton!

El ama de llaves se irguió al escuchar el grito procedente del exterior. Bronwyn salió con ella y vio a una anciana con pantalones vaqueros y una camisa de cuadros.

—Hay un perro en la cocina. ¿Cuántas veces tengo que decir que no quiero animales merodeando cerca de la comida? Por favor, dile a alguien que se haga cargo de él.

No había duda, aquella anciana era Louisa Fairchild. Transmitía seguridad en sí misma, autoridad y carisma. La señorita Lipton parecía adorarla, y eso para Bronwyn significaba mucho.

Louisa Fairchild reparó en su presencia y la miró fijamente.

—Louisa, le presento a nuestra nueva encargada del office, Bronwyn Davies —dijo el ama de llaves—. Bronwyn, le presento a Louisa Fairchild.

Bronwyn intentó mantener la mirada de la anciana al tiempo que Louisa asentía con un gesto en señal de saludo.

—El perro, Lipton —repitió la propietaria del rancho.

Bronwyn rezó para que Louisa nunca descubriera su verdadera identidad, que había estado casada con un hombre que había envenenado caballos para amañar apuestas en hipódromos.

«Maldita sea, Ari, ¿por qué no pensaste un poco más en Wesley y en mí? ¿Por qué no te diste cuenta de que tus negocios podían arruinarnos la vida si acababas en la cárcel?», pensó.

¿Había cerrado los ojos durante todos aquellos años de matrimonio? ¿Había ignorado, conscientemente, la verdadera naturaleza de los negocios de su marido?

En aquellos momentos, todo estaría siendo más sencillo si nunca hubiera estado enamorada de Ari. Pero sí lo había estado. Había estado loca por él, por un hombre que había representado para ella todo lo contrario a lo que había vivido con Patrick. Ari se había mostrado como una persona responsable, madura, y ella había disfrutado cada uno de los días que había pasado con él.

Pero, después de lo que había pasado, tras el desengaño que había

sufrido, ¿cómo echar de menos a un criminal? ¿Cómo lamentar la pérdida de un hombre que había engañado a tanta gente y que había dejado a su esposa y a su hijo en la más absoluta indigencia, sin una casa donde vivir, sin un solo amigo en que apoyarse?

Había sido buena idea escapar de Sidney. Hasta había llegado a valorar el irse del país, empezar de nuevo en otro sitio, en algún lugar donde nadie supiera quién era, donde nadie tuviera la tentación de preguntarse cómo había sido posible que no sospechara nada durante tantos y tantos años.

Marie salió de la cocina con un perro pequeño que parecía estar famélico.

—Parece un vagabundo —apreció Louisa.

Marie miró de reojo a la anciana y se agachó.

—Quédate aquí fuera.

El perro se sentó en la puerta y bajó la cabeza obediente.

—Yo puedo vigilarlo para que no vuelva a entrar.

Bronwyn se dio la vuelta al escuchar la voz de su hijo. Wesley, que se había vuelto a poner la camiseta del Manchester United que le había regalado Ari, se había levantado del asiento de piedra en el que había estado esperando y se acercaba a ellas.

La anciana miró a Wesley como si no hubiera visto un niño en toda su vida.

—¿De dónde ha salido? —le preguntó a Louisa la señorita Lipton.

—Es su hijo —contestó el ama de llaves, haciendo un gesto con la cabeza señalando a Bronwyn.

—Sí, se llama Wesley —apuntó ella.

—Wesley Theodoros —corrigió su hijo, aunque en una voz tan baja que sólo su madre lo oyó, provocándole un pequeño ataque emocional que luchó por ocultar.

—De acuerdo, Wesley —aceptó la anciana—. Me llamo Louisa. De ahora en adelante, tu trabajo será cuidar de ese perro y mantenerlo alejado de la cocina. Bienvenida, Bronwyn, encantada de tenerla con nosotros.

Cuando Louisa se alejó, Bronwyn respiró aliviada. Uno de sus mayores temores, el que la propietaria del rancho Fairchild pudiera reconocerla, había pasado.

—¿Vienes conmigo a ver dónde vamos a vivir? —le preguntó Bronwyn a su hijo—. Trae al perro si quieres, así podrás vigilarlo mejor.

—Algunos de los empleados que hemos tenido aquí han tenido perros, no hay ningún problema —dijo la señorita Lipton—. De hecho, hay un pastor alemán que merodea por aquí como si el rancho fuera suyo. Lo llamamos Sargento.

En cuanto su madre lo dejó solo para ir a trabajar, Wesley pensó que las cosas empezaban a ir mejor. Aunque el perro no era suyo, la jefa del rancho le había dado permiso para quedárselo y cuidarlo. Le puso de nombre Beckham, y empezó a jugar con él en el exterior de la casa donde iban a vivir.

A media tarde, una mujer rubia, a la que había visto unos instantes el día anterior, se acercó a la casa y se detuvo junto a Wesley, que estaba sentado, aburrido ya de tanto mirar al perro.

—Me llamo Marie —dijo la chica—. Tu mamá me ha dicho que te llamas Wesley.

—Sí.

—Entonces, éste debe de ser tu perro. Es un buen chico. ¿Cómo vas a llamarlo?

Wesley se lo dijo.

—Muy apropiado —sonrió Marie—. Ahora debemos encontrarle a Beckham un collar. Le preguntaré a Mike si tiene alguno. Es el jefe de los cuidadores.

—Gracias —dijo Wesley, intentando ser educado para que su madre no tuviera problemas en el trabajo.

—Me recuerdas a alguien —dijo Marie.

—Mi papá siempre decía que me parezco mucho a mi madre.

—¿Están tus padres divorciados? —preguntó Marie mostrando curiosidad.

—No, mi papá murió —dijo Wesley, que recordaba muy bien las instrucciones que le había dado su madre sobre no decirle a nadie el verdadero nombre de Ari—. Fue asesinado —añadió, incapaz de contenerse.

—Oh... Cuánto lo siento —dijo Marie—. No tenía ni idea, Wesley.

Debes de echarlo mucho de menos, ¿no?

Wesley asintió, contento de que, al fin, alguien comprendiera cómo se sentía. Y no es que su madre no lo hiciera.

—Sé que debes de echarlo mucho de menos, Wesley —le había dicho la noche anterior antes de acostarse—. Imagino que es muy duro para ti.

Sin embargo, su madre tenía otras preocupaciones, como encontrar dinero para que pudiera vivir, y a Wesley estaba empezando a caerle bien aquella desconocida.

Patrick no vio a Bron en toda la mañana. Supuso que habría tenido la entrevista con la señorita Lipton y que, con un poco de suerte, no habría conseguido el empleo. No había dormido bien. De hecho, no había pegado ojo en toda la noche. Y todo por culpa de ella. No quería a ninguna mujer en su vida, y menos una cuyas intenciones eran bastantes enigmáticas. Después de pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que lo único que tenía sentido era que estuviere interesada en el dinero.

Durante el desayuno, Louisa habló de la reciente victoria de Proposición Indecente en Warrego Downs y de la inminente gala que iba a tener lugar en apoyo de la campaña de Jackson Bullock. No habló en ningún momento de la investigación que le había provocado un ataque al corazón ni de que el detective Dylan Hastings hubiera encontrado finalmente al verdadero culpable del asesinato de Sam Whittleston.

—Patrick, ¿me has oído? —le preguntó su tía.

—¿Qué?

—Si vas a seguir ignorando lo que digo, prefiero no seguir hablando.

—Lo siento, estaba despistado.

—¿No me digas?

—Yo... Estaba pensando en la magnífica forma en que trataste a Dylan Hastings. Has sido capaz de perdonar sus errores y olvidarlos.

—Soy mayor, y sé por qué cosas vale la pena preocuparse.

Patrick recordó lo que tanta gente le había comentado en los últimos días. Los que conocían a Louisa desde hacía años afirmaban que, el ataque al corazón y el incendio que había amenazado su rancho, habían cambiado a la gran señora.

—¿Por qué tendría que malgastar fuerzas en alguien que ha reconocido que cometió in error? Lo pasado, pasado está.

Lo que su tía decía tenía sentido. ¿Por qué tenía él que seguir pensando una y otra vez en Aristóteles Theodoros? ¿Por qué tenía que amargarse recordando una y otra vez que Bronwyn lo había preferido a él?

—Voy a casarme con Ari, Patrick —le había dicho ella aquel día nefasto—. No podría casarme contigo, todavía tienes muchos sueños en la cabeza, sueños que son incompatibles con una vida estable en pareja. Tú y yo estamos en momentos diferentes de nuestras vidas y tenemos valores distintos. Ari y yo, en cambio, queremos lo mismo.

¿Qué valores podían tener en común Ari y Bronwyn aparte del dinero?

—Te equivocas, Patrick —le había respondido ella a ese comentario—. Ari es un hombre maduro, y yo estoy enamorada de él.

—Patrick, ¿me has oído? —repitió de nuevo Louisa.

—Perdona, ¿qué decías?

—Megan ha llamado hace un rato. Va a venir a montar a caballo con Heidi. Dylan vendrá después. ¿Tendrás tiempo?

—¿Para qué?

—Pera conocer al hombre con quien se va a casar tu hermana.

—Ya lo conozco.

—A Megan le gustaría que fuerais amigos.

Patrick suspiró.

—Mi hermana puede casarse con quien ella quiera, Louisa.

—Ya te he dicho que él creía que había ayudado al hombre que asesinó a su hermano cuando eran pequeños, ¿verdad?

—Sí.

—Sé que esa idea lo llevó a tomarse la investigación como una especie de venganza, pero todo eso ya está aclarado. Al menos, haz un esfuerzo por tu hermana, Patrick. Por cierto —dijo la anciana cambiando de tema—, hay un perro nuevo merodeando por aquí. Le he dicho al hijo de nuestra nueva empleada que se haga cargo de él. Aunque supongo que, como irá pronto al colegio, no tendrá mucho tiempo para hacerlo.

Patrick sabía que estaba en la obligación de contarle a Louisa todo lo que sabía sobre Bronwyn, pero no estaba seguro de cuál iba a ser su

reacción. Desde luego, no iba a gustarle la idea de tener en su casa a la viuda de Aristóteles Theodoros. Además, en cierto modo, era una especie de traición, ya que era evidente que Bronwyn no tenía ninguna intención de envenenar a los caballos de Louisa.

¿O sí? ¿Había ido hasta el rancho Fairchild siguiendo algún plan oculto urdido con alguno de los socios de su difunto marido? ¿Había elegido aquel lugar pensando que su antiguo novio de la universidad nunca llegaría a sospechar sus verdaderas intenciones?

Un trabajo en las cocinas era un lugar ideal. Le daba la posibilidad de tomarle el pulso al lugar, de saber cómo funcionaban las cosas. Y, si algo llegaba a sucederle a un caballo, nadie sospecharía de ella. ¿Era capaz Bronwyn de hacer algo así?

—Sobre la nueva empleada... —empezó Patrick. Pero justo en ese momento, sonó su teléfono móvil y reconoció en la pantalla el nombre de uno de sus clientes, a quien le había aconsejado recientemente sobre unas inversiones.

—Patrick —dijo una voz al otro lado, mientras él se excusaba con su tía y se levantaba de la mesa—. Eres el mejor —apuntó y Patrick supo que había consultado las cotizaciones y había visto lo bien que iban—. ¿No deberíamos vender ahora?

—No, no lo creo —respondió él—. Las acciones están subiendo. Deja que sigan así.

Patrick sabía que tener satisfecho a su cliente le conseguiría una buena publicidad que correría de boca en boca. Sonrió al darse cuenta de que había sido el rechazo de Bronwyn lo que lo había llevado descubrir su verdadera vocación, y, aunque nunca llegaría a tener una fortuna tan abultada como la de Ari, estaba contento con lo que había conseguido.

Cuando colgó y volvió a la mesa, Louisa ya se había ido. Seguramente estaba ya con los caballos, su verdadera pasión.

«Bronwyn es incapaz de hacerle daño a un animal», se dijo Patrick. «A pesar de haber estado viviendo con ese tipo tanto tiempo, no puede haber cambiado tanto».

Se estaba metiendo en un problema sin darse cuenta porque, al no decirle nada a su tía sobre la verdadera identidad de Bronwyn, se estaba

haciendo su cómplice, y eso era un gesto que Bronwyn no se merecía.

«Tengo que decírselo a Louisa», pensó. Bronwyn no era igual que su difunto marido. Eso era lo que iba a decirle a Louisa.

—Esto servirá de collar —dijo Walt, uno de los cuidadores, mostrándole a Wesley una tira de cuero con una hebilla y poniéndosela a Beckham—. Y seguro que por aquí tengo que algo que puedas usar de correa —añadió buscando en un cajón—. Veamos... ¡Aquí está! Vamos a ver si nos sirve.

Wesley la ajustó al collar.

—Es perfecto —dijo el chico—. ¡Gracias!

En ese momento, Louisa apareció en el establo.

—Vaya, parece que ya está todo arreglado —dijo la anciana.

—Se llama Beckham —dijo Wesley.

—Un nombre muy interesante.

—Se lo he puesto por David Beckham, el jugador de fútbol.

—No sé mucho de fútbol —comentó Louisa.

Wesley miró a la señora esperando a que se fuera, ya que no podía estar muy interesada en él y en sus preocupaciones.

—¿Te gustan los caballos, Wesley?

—Nunca he montado ninguno. Mi papá...

Wesley no terminó la frase al recordar la advertencia de su madre. Pero ¿por qué no debía hacerlo? Sabía que su padre nunca había envenenado a ningún caballo personalmente. Lo sabía por los periódicos que había leído a escondidas sin que su madre se diera cuenta.

—¿Sí? —preguntó Louisa expectante.

—Mi papá sabía mucho de caballos —dijo Wesley.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

La anciana lo miró con ternura; y Wesley se dio la vuelta para que no viera las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Lo siento mucho —dijo Louisa—. Quizá te gustaría aprender sobre caballos a ti también. Sería una forma de recordar a tu padre, ¿no crees? Así podrías llegar a ser como él.

Wesley no estaba seguro de querer ser como su padre. Lo había deseado

durante toda su vida, pero a raíz de su arresto todo se había vuelto confuso. ¿Quería realmente ser como su padre y acabar en la cárcel por robar dinero y engañar a otros, a otros que eran inocentes, que no habían hecho nada?

—Era un hombre débil, Wesley —le había dicho en cierta ocasión su madre.

En cualquier caso, aquella anciana estaba siendo muy agradable con él. Seguramente era una de esas personas mayores de las que hablaba tanto su madre, personas que estaban solas sin nadie con quien hablar y nadie a quien querer.

—Sí, me gustaría aprenderlo todo sobre los caballos —dijo Wesley, finalmente.

—Tengo que adelgazar un poco —dijo Helena, una de las cocineras, cortando una zanahoria y poniéndola en una pila para lavarla.

Y era cierto. A Helena le sobraban al menos quince kilos. Bronwyn siempre se había preocupado por las personas como ella. Por eso había empezado a estudiar Nutrición en la universidad antes de conocer a Ari. Su propia madre había tenido ese problema. Había sido una mujer sana durante la época en que habían vivido en la calle. Después de empezar a vivir con Ari, la abundancia la había llevado a engordar mucho, lo que le había provocado problemas cardíacos que habían terminado por costarle la vida.

Bronwyn se había prometido aquel día mantenerse siempre forma, con buena salud, y ayudar a otras personas a no cometer el mismo error de su madre.

—No siempre he sido así —reconoció Helena—. Yo antes tenía un tipo parecido al tuyo.

—Deberías empezar por beber zumos naturales en lugar de eso —le sugirió Bronwyn refiriéndose al refresco que tenía en la mano—. Si uno toma algo con alto valor nutricional, siempre tiene menos hambre. De hecho, hay estudios que relacionan este tipo de bebidas con la obesidad. Parece que nos incitan a comer más.

—¿Tú crees? Me gustaría perder peso, pero siempre que empiezo una dieta acabo perdiendo la paciencia.

—A mí, por ejemplo, la comida sana me hace sentirme mejor. Por eso

prefiero comer frutas y verduras.

—Tienes razón.

—¡Claro que tiene razón! —exclamó Howard, el cocinero—. Comes demasiadas guarrerías.

—Pero son bajas en calorías —protestó Helena.

—Son bajas en todo —replicó Howard—. No tienen nada.

—Apuesto a que haces mucho deporte —le dijo Helena a Bronwyn.

—Ahora no —dijo ella—. Pero cuando estaba casada...

—Wesley me dijo que tu marido ha muerto —dijo la voz de una mujer detrás de ella.

Bronwyn se dio la vuelta y vio a Marie.

—Pobrecita —se lamentó Helena—. ¿Qué ocurrió?

Ocultarle a Louisa Fairchild su verdadera identidad era una cosa, pero mentir deliberadamente a sus compañeras era muy diferente. Bronwyn esperaba que aquellas mujeres llegaran a ser sus amigas. Vivían en bungalows pegados al suyo.

—Fue asesinado —admitió Bronwyn.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Helena—. Siento habértelo preguntado. Debe de haber sido terrible para ti. No tienes que hablar de ello si no quieres.

Todos debían de sentir curiosidad por la historia, pero nadie preguntó nada.

—Creo que todos deberíamos empezar a hacer un poco de ejercicio —dijo Howard cambiando de tema—. Yoga, no sé, algo...

—¿Cuándo podríamos hacerlo? —preguntó Marie.

—Antes de empezar a trabajar o antes de que anochezca —propuso Howard—. Seguro que Louisa nos facilitaría un lugar para hacerlo.

—¿Y por qué no se lo preguntas? —replicó François, otro cocinero.

—Lo haré.

—Un momento, ¿quién va a enseñarnos? —quiso saber Helena.

Bronwyn lo valoró unos instantes. Mientras había estado casada con Ari, se había mantenido en forma haciendo yoga y corriendo. En la universidad, había jugado en varios equipos y había ayudado a las animadoras en sus ejercicios.

—Supongo que yo podría hacerlo —dijo.

—Louisa está sorprendida por lo bien que monta Megan a caballo —le dijo Dylan a Patrick aquella tarde mientras estaban apoyados en la barandilla de la terraza.

—Debería hacerlo muy bien —dijo Patrick—. Ha estado montando toda su vida.

Guardaron silencio unos instantes y Dylan bebió un poco de su jarra de cerveza.

—Supongo que en tu trabajo tienes acceso a los antecedentes delictivos de mucha gente, ¿verdad? —preguntó Patrick.

—Depende de quién estemos hablando y por qué. ¿En quién estás pensando?

—En Jackson Bullock. Louisa va a apoyarlo en su campaña por la presidencia de la federación, y no me gustaría ver su reputación perjudicada por un hombre como él.

—Está fuera de mis posibilidades —dijo Dylan—. Él y su padre son muy buenos guardando confidencialmente toda información personal relativa a ellos. Sería muy difícil encontrar algo sobre él en una investigación rutinaria. ¿Por qué sospechas de él?

—Creo que podría tener relación con el crimen organizado. Los socios de la federación tienen el derecho de saber a quién están votando. Louisa nunca apoyaría a un hombre que fuera un delincuente.

—Si quieres saberlo, no eres la primera persona en pensarlo —asintió Dylan.

Los ojos de Patrick se dirigieron hacia las casitas de los empleados. Bronwyn estaba junto a la suya, jugando al fútbol con su hijo, que intentaba meterle un gol mientras el perro los miraba interesado.

—¿Quiénes son? —preguntó Dylan.

—Una nueva empleada y su hijo.

—Ah.

—Ayuda en la cocina —añadió Patrick—. La conocí en la universidad, es una antigua novia. Para serte sincero, no me hace mucha ilusión que esté aquí.

Dylan permaneció en silencio.

—Dice que sabía que yo estaba aquí antes de venir —comentó Patrick sintiéndose culpable por estar confesándole aquello a Dylan sin habérselo dicho antes a Louisa.

—¿Crees que quiere volver contigo?

—Ella dice que lo único que quiere es trabajo. Ha estado mucho tiempo casada con un hombre muy rico que ha muerto, recientemente, dejándola sin nada.

—Qué raro.

—Sí, yo nunca habría permitido que algo así le hubiera sucedido —afirmó Patrick.

—Eso suena a sentimiento de protección.

—¿Hacia ella? —preguntó Patrick—. No, esa mujer sabe cuidar de sí misma, créeme. Bueno, puede que económicamente no.

En cierto modo, estaba siendo injusto con ella, ya que Bronwyn siempre había trabajado para salir adelante. Incluso había vivido en la calle.

—Es duro ser madre soltera —comentó Dylan.

Patrick sabía que el detective lo decía por propia experiencia. Había criado solo a su hija durante mucho tiempo, y no lo había hecho nada mal. Heidi era ahora una adolescente encantadora y bien educada.

—¿Ha estudiado en la universidad?

—Sí, pero no terminó la carrera —respondió Patrick, que había investigado en secreto el currículum académico de Bronwyn.

—¿Qué carrera?

—Nutrición y Fisiología. Por lo que recuerdo, decía que quería ayudar a la gente a sentirse más segura de sí misma, comiendo mejor y estando en forma. Seguro que desde entonces ha cambiado de opinión.

Patrick pensó en contarle a Dylan la verdadera historia sobre ella, pero entonces se dio cuenta de que, si Megan la veía, Louisa averiguaría definitivamente la identidad de Bronwyn. Megan siempre había querido defender a su familia, y estaba seguro de que iba a considerar a Bronwyn una amenaza.

La pelota con la que estaba jugando Wesley voló por encima de la barandilla y el chico corrió tras ella.

Dylan la tomó ágilmente y se acercó al pequeño.

—¿Les importaría jugar con nosotros? —les preguntó Wesley—. Así seríamos cuatro.

—Claro —dijo Dylan presentándose.

Patrick miró a Bronwyn y vio en sus ojos que a ella le gustaba tan poco la idea de su hijo como a él.

Capítulo 4

—¿Juegas bien? —le preguntó Wesley a Dylan.

—Antes jugaba mucho al fútbol. Todavía puedo correr mucho —sonrió el detective.

Wesley valoró la situación rápidamente. No quería ir en el mismo equipo que Patrick, pero tampoco quería que su madre fuera con aquel hombre. Lo mejor era que su madre y él jugaran contra ellos.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer una sugerencia, Patrick se le adelantó.

—Vamos a darles una paliza, pequeño —dijo Patrick tomando la pelota y acercándose a él.

Wesley se sintió contrariado. Pero, en cuanto empezaron a jugar y los dos hombres se quitaron la camiseta que llevaban, vio que Patrick estaba en muy buena forma, y empezó a pensar que había elegido el compañero ideal para ganar.

Bronwyn sólo quería controlar la pelota y pasársela a Dylan, pero se cayó al suelo al lado de Patrick.

—¿Estás bien? —le preguntó él inclinándose sobre ella.

—Por supuesto —contestó Bronwyn.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

¿Por qué sus manos se habían puesto a temblar al escuchar su nombre en labios de él?

Levantó la mirada y vio la barbilla de Patrick con el hoyuelo que siempre había tenido, sus pómulos prominentes como los de Viggo Mortensen y su cuerpo perfecto. Todavía estaba en buena forma.

—Creo que tengo que volver al trabajo —dijo ella mirando el reloj—. Voy a ayudar a hacer la cena.

—Creía que trabajabas fregando los platos.

—Me han encontrado más ocupaciones.

Patrick le ofreció su mano para ayudarla a levantarse, pero ella simuló no darse cuenta.

Dylan estaba hablando con Wesley sobre el perro.

—No va a pasar nada raro mientras estés aquí, ¿verdad? —le preguntó Patrick—. Ya sabes a lo que me refiero.

—Pues, si te soy sincera, no tengo ni idea.

—A los caballos. Nadie los va a envenenar, ¿verdad?

Bronwyn se quedó mirándolo perpleja y, sin decir nada, se alejó hacia la cocina.

Tenía que decírselo a Louisa antes de que se enterara por Megan y su tía pensara que no podía confiar en él.

No quiso sacar el tema durante la cena, ya que Louisa invitó a Megan, a Dylan y a su hija Heidi. Afortunadamente, se fueron pronto para poder pasar tiempo con la pequeña, ya que al día siguiente tenía que volver a la escuela de Sidney donde estaba estudiando arte, la misma escuela en la que había estudiado Megan.

Encontró a Louisa en la caballeriza hablando con uno de los entrenadores sobre los ejercicios que había hecho Proposición Indecente aquella mañana. Patrick aprovechó para ver a su caballo, Segunda Oportunidad, y recordó los tiempos de la universidad en que había llevado a Bronwyn a casa de sus padres. Habían paseado a caballo por la playa, y aunque ella nunca había montado a caballo, había demostrado ser una verdadera atleta. Poco después, los padres de Patrick habían muerto en un accidente.

—¿Me estabas buscando? —le preguntó Louisa.

—Sí —contestó él—. Es sobre la nueva empleada, Bronwyn Davies —empezó en el tono apresurado que utilizaba de pequeño con sus padres cuando se veía en la obligación de confesar alguna travesura.

—Sí, creo que esta mañana quisiste decirme algo.

Patrick volvió a maravillarse por los reflejos que aquella mujer tenía a sus ochenta años. A pesar del ataque al corazón que había tenido, seguía estando mentalmente mejor que cualquier anciano de los que la rodeaban. Llevaba un bastón desde que había salido del hospital, pero Patrick sospechaba que lo utilizaba más como símbolo de autoridad que porque realmente lo necesitara para apoyarse.

—Es la viuda de Aristóteles Theodoros —dijo Patrick, lamentando

enseguida el haberlo dicho de una forma tan directa al recordar el débil estado del corazón de su tía.

—¿Y crees que no lo sabía ya?

—¿Cómo?

—La he visto en recepciones y fiestas durante años. Además, Megan me ha contado que te dejó para casarse con Ari hace años. Patrick, espero que no le guardes rencor todavía. Sería un comportamiento infantil en alguien como tú.

—¿Megan te lo ha dicho? —preguntó Patrick desconcertado—. ¿Cuándo?

—Hace varias semanas. Estuvimos hablando de ti, de que eres un soltero empedernido, de tus dudas sobre Dylan... Salió el tema y ella me lo contó sin ninguna mala intención. Sólo me dijo que creía que, desde entonces, recelabas de todas las mujeres.

—¿Te dijo eso?

—Yo le respondí que te consideraba lo suficientemente inteligente y maduro como para no culpar a todo el sexo femenino por un desengaño.

—Me alegro, porque así es —dijo Patrick.

No había sido ningún monje. Había salido con multitud de mujeres y hasta tenido un par de novias serias, aunque no había querido casarse con ninguna de ellas. Una cosa sí tenía clara. Cuando volviera a pedirle a una mujer que se casara con él, lo haría conociendo su respuesta por adelantado.

—¿No ves, de todas formas, un poco raro que se haya presentado aquí de repente? —le preguntó Patrick a Louisa—. Ella afirma que sabía perfectamente que yo estaba aquí.

—¿En serio? —preguntó Louisa, vagamente interesada—. Me gusta mucho su hijo. De hecho, creo que deberías enseñarle a montar a caballo poco a poco. Dale a Campero, ya es un poco mayor, es tranquilo y no le hará nada.

—¿Crees que me sobra el tiempo para hacer de niñera?

—Creo que eres el hombre adecuado para pasar tiempo con un chico que echa mucho de menos a su padre y que necesita tener una figura masculina a su lado.

—¿Tienes algún otro motivo para pedirme esto, Louisa?

—¿Como cual?

—Como intentar que Bronwyn y yo volvamos a salir juntos.

—¿Crees que me sobra el tiempo como para dedicarme, además, a hacer de casamentera? Tu vida amorosa no es asunto mío, Patrick. Me gusta Wesley Theodoros, y creo que hay pocas cosas más importantes en este mundo que educar a un niño.

Eran unas palabras sorprendentes en boca de aquella anciana. También demostraba su emoción y su vehemencia al hablar de Heidi. Louisa quería tanto a sus caballos que era fácil olvidarse de que también podía amar a un ser humano.

—¿Tengo que tomármelo como una orden? —preguntó Patrick.

—No —contestó Louisa—. Es sólo una petición.

Y, sin decir nada más, salió de la caballeriza golpeando el suelo con su bastón.

A Bronwyn empezaba a gustarle trabajar en la cocina. Marie, Helena y Howard le habían dado la bienvenida en su círculo con hospitalidad y cariño, y todos habían empezado a hacer yoga en el salón de la casa de ella. Ninguno había tenido el valor de pedirle a Louisa un lugar para hacerlo, aunque todos creían que la gran señora no habría puesto el mayor inconveniente si lo hubieran intentado.

En su cuarta noche en el rancho Fairchild, después de acostar a Wesley y de que Beckham se recostara a los pies de la cama, Bronwyn salió al porche y se puso a hacer cuentas.

¿Cuánto dinero podía ahorrar? ¿Podía permitirse soñar con una casa propia para ella y para su hijo? ¿Había alguna posibilidad de que pudiera terminar sus estudios?

Plantearse aquellas cuestiones le permitió dejar de pensar en los dos asuntos que martilleaban su cabeza todas horas.

El primero era el si debía decirle la verdad a Patrick sobre Wesley. Los recuerdos que tenía de él eran agradables, pero no podía permitir que su hijo se convirtiera en una pieza de ajedrez entre ellos dos.

El segundo asunto era Ari.

Bronwyn lo había amado, había estado enamorada de él, pero descubrir

la verdad sobre su vida, sobre lo que en verdad había hecho durante todos aquellos años, había vuelto su mundo y sus sentimientos del revés.

Después de darle vueltas a las cuentas, Bronwyn hizo planes para ir al colegio más cercano con el objetivo de apuntar a Wesley. Mientras tanto, Louisa le había dicho a Wesley que quería que aprendiera a montar a caballo.

¡Y era Patrick quien le iba a enseñar!

Un ruido captó su atención. Intentó mirar entre la oscuridad y vio la silueta de un hombre.

Era Patrick.

Llevaba una azada en la mano y ropa de trabajo, como si hubiera estado haciendo algo en la pradera cercana a los bungalows.

—¿Todavía estás despierta?

—Sí.

—El trabajo duro es bueno. Así puedes ver cómo vive la otra mitad del mundo.

—Nunca lo he olvidado —dijo Bronwyn, recordando la frase que tantas veces él le había dicho en la universidad—. Si te acuerdas, yo servía mesas mientras tú estudiabas las guerras napoleónicas y la antigua Grecia. Luego, mientras tú te ibas de copas con tus amigos, yo seguía sirviendo mesas.

«No debería hablarle así al sobrino de la jefa», pensó Bronwyn. «Estoy poniendo en peligro mi trabajo».

—Lo siento. Patrick. Ha sido un día muy largo. Olvida lo que he dicho.

Patrick la miró como si no le bastara con esa disculpa.

—Es evidente que, con el tiempo, te has vuelto un hombre muy trabajador y práctico. Supongo que el hecho de que te rechazara te ha sentado muy bien.

—¿A qué te refieres?

—Pareces satisfecho con tu vida —respondió Bronwyn, intentando poner fin a aquella conversación cuanto antes.

—Lo que me ha sentado bien ha sido el trabajo —dijo, apoyándose en la azada—. Descubrí lo que realmente quería en una mujer.

—¿Y qué es? —preguntó ella, oyendo unos ladridos dentro de la casa.

—Una persona que no quiera depender de mí.

—Ya te he dicho que no...

Un grito procedente del interior de su casa la dejó con la palabra en la boca.

Corrió a toda velocidad y entró en la habitación de su hijo.

La luz de la mesilla de noche estaba encendida, Wesley estaba de pie en la cama. En el suelo, Beckham ladraba y le enseñaba los dientes a una serpiente.

Helena, que se había levantado y había entrado en la casa, gritó detrás de ella.

Entonces, casi sin darse cuenta, alguien atacó a la serpiente y la cortó por la mitad.

—Gracias, Dios mío... —murmuró Bronwyn, viendo a Patrick con la azada en la mano.

Marie, que también había acudido por los gritos, coreo las palabras de Bronwyn.

Wesley bajó de la cama y tomó al perro.

—¡Buen chico! —exclamó mirando a su madre—. La serpiente no lo mordió, mamá. Él me defendió, se enfrentó a ella.

Patrick tomó los dos extremos de la serpiente y los llevó fuera, mientras Helena y Marie regresaban a su casa.

—Dios mío... —dijo Bronwyn acostando a su hijo en la cama, temblando todavía de la impresión.

—Beckham lo ha hecho muy bien —dijo Patrick, entrando de nuevo en la habitación—. Ha sido tan valiente como Rikki-Tikki-Tavi.

—¿Y quién es Rikki-Tikki-Tavi? —preguntó Wesley, mirando el lugar donde había muerto la serpiente.

—¿No has oído hablar de Rikki-Tikki-Tavi? —le preguntó Patrick, abriendo los ojos—. Era mi historia favorita cuando era niño. Yo también tenía mucho miedo de las serpientes.

Patrick prefirió no decir que había sido una serpiente la que había matado a uno de sus perros. Al matar a la que había amenazado a Wesley, en cierto modo, se había vengado por la muerte de su viejo labrador.

—Rikki-Tikki-Tavi era una mangosta de la India.

—¿Qué es una mangosta? —preguntó Wesley, emocionado al tiempo

que Beckham se subía a la cama con él.

Bronwyn lo miró, pero Wesley la ignoró, y ella no quiso insistir. Le había dicho a su hijo que no quería que el perro se subiera a la cama, pero después de aquel acto de valor, no podía llevarle la contraria.

—Mamá, él me dijo que la serpiente estaba aquí —dijo el pequeño—. Empezó a ladrar y yo pude subirme a la cama para que no me mordiera. Quise poner a salvo también a Beckham, pero tenía miedo.

—Fuiste muy valiente y muy listo —dijo Patrick.

Bronwyn se emocionó al escuchar aquellas palabras en labios de Patrick, el verdadero padre de Wesley.

—¿Qué es una mangosta? —repitió Wesley.

—Si quieres, mañana puedes venir a mi despacho y lo miramos juntos en Internet, porque ahora mismo no lo recuerdo muy bien, y podría equivocarme.

«Podría equivocarme», repitió Bronwyn para sí. No recordaba haberle escuchado nada parecido a Ari en toda su vida.

—¿Te gustaría? —le propuso Patrick.

—¡Sí! —respondió Wesley—. ¿Tú sabes quién es Rikki-Tikki-Tavi, mamá?

—Claro —respondió ella—. Pero no me acuerdo bien de la historia.

—Yo tampoco, pero la miraremos juntos —dijo Patrick—. La historia de Rikki-Tikki-Tavi la escribió un escritor llamado Rudyard Kipling.

—¡El libro de la selva! —exclamó Wesley.

—Muy bien —dijo Patrick—. Pues, como iba diciendo, Rikki-Tikki-Tavi era una mangosta y vivía en la India.

Bronwyn estaba impresionada por la facilidad de Patrick para contar la historia. Se recostó en la cama junto a su hijo y se dejó llevar por el relato. Patrick emulaba con la voz a todo tipo de animales, a las serpientes, a los tigres, a los monos...

Estaba cautivada por su dulce voz. Empezó a recordar lo que aquella voz le había hecho sentir en el pasado, siempre que no decía cosas como: «No estoy seguro de lo que voy a hacer en el futuro...», «tal vez escribir un libro...»

Había sido tan poco realista...

Era evidente que la vida le había enseñado mucho, ya no era un romántico con demasiados sueños en la cabeza y pocos planes reales.

Cuando la historia acabó, Wesley se incorporó en la cama.

—Quiero ver cómo es una mangosta —dijo—. ¿Por qué no hay mangostas en Australia?

—¿Sabes? —respondió Patrick—. Yo me pasé toda mi infancia haciéndome la misma pregunta que tú. Odio a las serpientes.

—Tú mataste a la serpiente, y era muy grande —dijo el pequeño—. A mí me dio mucho miedo.

—No te preocupes, ya verás como no vuelves a ver ninguna más —dijo Patrick—. Nunca habían aparecido por aquí. ¿Sabes que hace poco hubo un gran incendio? Es posible que la serpiente tuviera que irse de su casa y que por eso haya llegado hasta aquí.

—Entonces, es posible que haya más por los alrededores, ¿no? —preguntó Wesley.

—Tienes razón. Si te parece, voy a dar una vuelta por los alrededores para asegurarme de que no haya más.

—Sí, por favor... Muchas gracias, señor.

—Por cierto, Louisa me ha pedido que te pregunte si te gustaría montar a caballo —dijo Patrick.

—Eso es muy generoso por su parte —dijo Bronwyn—, pero tiene que empezar a ir al colegio.

—Será sólo un rato de vez en cuando —dijo Patrick—. Por cierto, ¿cómo piensas ir hasta allí?

Bronwyn ya lo había consultado con sus compañeras, que le habían sugerido que esperara a que alguno de los empleados del rancho se desplazara hasta allí para pedirle que los llevara.

Se lo dijo a Patrick.

—Podrías estar esperando todo el día —comentó él—. Te propongo otra cosa. Yo os llevaré mañana en mi coche. Luego regresaremos e iremos a montar a caballo.

Bronwyn no estaba muy segura de cómo interpretar aquella repentina muestra de interés de Patrick hacia su hijo, el hijo de ambos. Hacía menos de una hora, él le había hablado de lo que el rechazo de ella le había hecho,

de lo que había buscado desde entonces en una mujer, en un tono que había dejado claro que no la consideraba entre las candidatas.

Sin embargo, Patrick se estaba portando muy bien con Wesley.

—Si tienes miedo, avísame —dijo Bronwyn arrojando a su hijo.

—No lo tengo —dijo Wesley, que no quería parecer asustado delante de Patrick.

Cuando salieron de la habitación y cerraron la puerta. Bronwyn acompañó a Patrick hasta el porche.

—Bronwyn, ¿tienes miedo? —le preguntó él.

—Sí, pero, al menos, ahora confío en el perro —contestó ella sonriendo—. Muchas gracias por lo que has hecho. ¿En serio odias tanto a las serpientes?

—Cuando era pequeño, una serpiente mató a mi perro.

—Nunca me lo habías contado.

—No es algo que me guste recordar. En cualquier caso, yo también confío en Beckham. Por no mencionar a Wesley. Siento haber sugerido que tu intención al venir aquí era vivir de mí o algo parecido. Pero, sigo sin saber la verdad. ¿Por qué estás aquí, Bronwyn?

¿Había llegado el momento? ¿Debería arriesgarse?

—Me gustaría mucho decírtelo, pero creo que ahora no es el mejor momento —dijo ella—. ¿Te importa esperar hasta...? Ahora mismo he conseguido una oportunidad para empezar de nuevo. El jefe de la cocina está interesado en mis conocimientos sobre nutrición. Marie y yo tenemos algunas ideas sobre platos que le podrían servir a Louisa a reponerse más rápidamente de su ataque al corazón. Y, además, hemos empezado a hacer ejercicio para ponernos en forma, y es muy divertido.

—Nunca terminaste la carrera, ¿verdad? —preguntó Patrick, que sabía la respuesta pero quería conocer los sentimientos de Bronwyn al respecto.

—No —contestó ella—. Me hubiera gustado mucho, pero Ari insistió en que no era buena idea, que no era necesario.

—¿Cómo lo estás llevando?

—Intento no pensar en ello —dijo Bronwyn—. Nunca supe nada acerca de... Bueno, ya sabes, todos sus asuntos ilegales. No lo supe hasta que lo arrestaron. Al principio, me negué a creerlo. Después, me sentí como una

verdadera estúpida. Pero nunca he dejado de verlo como a una persona que significó mucho para mí. Nunca podré verlo como a un monstruo. No puedo odiarlo, porque lo amé de verdad. Lo único que pasa es que resultó que no era la persona que yo creía que era.

Patrick estaba conmovido por la confesión que Bronwyn le estaba haciendo. Le recordó a la antigua Bronwyn, a la chica que veía la vida llena de personas que actuaban basándose en motivaciones no siempre fáciles de entender.

Por un momento, pareció que le estaba hablando como a un amigo, algo a lo que Patrick no estaba acostumbrado. Las mujeres nunca querían entablar una amistad con él, sólo casarse para tener la vida resuelta. Bronwyn nunca había sido así. Nunca había tenido reparos en mostrar sus verdaderas opiniones y sentimientos.

Había llegado el momento de marcharse. Una cosa era hablar con Bronwyn amigablemente, apoyar a su hijo, darle clases de equitación por petición de Louisa, matar a una serpiente, llevarlos en coche al colegio...

Pero pasar tanto tiempo con Bronwyn... Seguía siendo la representación de la belleza femenina. Todo en ella era asombroso. Incluso allí, en medio de la oscuridad, su rostro era la encarnación de la perfección.

Si seguía un minuto más allí, iba a correr el riesgo de querer tocarla.

—Bueno, buenas noches —dijo de una forma un poco violenta, y se fue sin mirar atrás.

Mientras regresaba a la casa, se dio cuenta de la facilidad con que había evitado explicar por qué estaba en el rancho Fairchild. A pesar de todo lo que había sucedido, Patrick seguía pensando que, de una manera o de otra, tenía algo que ver con el dinero.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Durante los días siguientes, Patrick estableció una rutina con Wesley. El chico había empezado a ir a colegio y tomaba el autobús escolar todas las mañanas. Alrededor de las cuatro de la tarde, Patrick se acercaba por el bungalow y lo encontraba tomando la merienda. Cuando el pequeño terminaba, iban juntos a la caballeriza, donde montaban a Segunda Oportunidad y a Campero.

Cuanto más tiempo pasaba con el pequeño, más impresionado estaba. Wesley era un gran chico, educado, amable y animado. Además, era un atleta natural, y le costó muy poco aprender a montar a caballo.

El primer viernes después de que Wesley empezara el colegio, salieron a montar a caballo por la tarde cerca del lago Dingo.

—¿Cómo se consigue envenenar a un caballo? —le preguntó Wesley.

Patrick se alarmó ante la pregunta, despertando de nuevo las sospechas que había tenido desde la llegada de Bronwyn. Aunque, quizá, Wesley sólo lo preguntaba por curiosidad, por comprender mejor lo que le había sucedido a su padre.

—No lo sé muy bien —contestó Patrick—. El veterinario podría informarte mejor. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, sólo era curiosidad.

El chico se había sonrojado y se notaba que estaba algo nervioso.

—¿Has hecho la pregunta por lo que le pasó a tu padre?

—¿Cómo sabes tú eso? —replicó el chico—. Tú no conociste a mi padre.

—En realidad sí, y la señorita Louisa también.

—Mamá dice que no quiere que sepáis nada, porque, en caso contrario, empezaríais a pensar que también nosotros dos queremos envenenar a vuestros caballos.

En ese momento fue Patrick quien se sonrojó. Efectivamente, lo había pensado cuando Bronwyn se había presentado en la casa. Pero los días habían pasado, y se había convertido en una empleada popular y muy querida. La había visto varias noches paseando con Helena, y sospechaba que Bronwyn la estaba ayudando a perder peso. La obesidad siempre había sido una obsesión para Bronwyn a causa de la muerte de su madre.

—El hecho es que los dos lo sabemos —continuó Patrick—. Pero no tengo ni idea de cómo se envenena a un caballo.

—¿Los hace ir más despacio o más deprisa?

—Supongo que ambas cosas, depende del veneno que se utilice.

—Entonces, supongo que lo que hizo mi padre fue envenenar a los caballos para que fueran más despacio y así hacer que sus amigos ganaran las apuestas.

—Supongo que sí —dijo Patrick—. Pero, como te digo, no soy ningún experto en el tema.

Por otra parte, los delitos que había cometido Ari eran tan numerosos y tan turbios que Patrick había preferido no investigar demasiado.

—¿En qué estás pensando, pequeño?

—En que me gustaría devolverle su dinero a la gente que perdió en las apuestas. No pudieron recuperarlo, ¿verdad?

Patrick se sintió conmovido por el sentido de la justicia de Wesley, por su empatía hacia las víctimas de su padre.

—No, no lo recuperaron —apuntó Patrick intentando pensar en algo que pudiera consolar al chico—. Pero... No sé si sería posible hacer lo que dices. No fue culpa tuya, tu madre y tú no tenéis ninguna responsabilidad en lo ocurrido. El dinero de tu padre fue requisado. Además, no debes olvidar que la gente que perdió su dinero estaba apostando, es decir, estaban preparados para perderlo.

—¿Tú qué opinas de todo esto?

—Wesley, es evidente que engañarlos no estuvo bien —respondió Patrick—. Pero no fue culpa tuya ni de tu madre.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Te refieres a tu padre? ¿Quieres saber por qué engañó a tanta gente e hizo cosas ilegales? No sabría qué decirte... Para las personas que no incumplen la ley ni hacen daño a los demás, intentar comprender por qué otros sí lo hacen es difícil.

—Perjudicó a mucha gente.

Patrick tenía la impresión de estar adentrándose en un terreno espinoso.

—¿Te refieres a que les quitó su dinero?

—Una vez escuché a mamá hablar por teléfono. Mi padre arruinó a

mucha gente. Algunos de sus amigos fueron a la cárcel. La esposa de un amigo suyo tuvo que ser ingresada en un sanatorio por problemas mentales. Y también hizo daño a los pequeños.

—¿A los pequeños? —repitió Patrick sin saber a qué se refería Wesley.

—Eso es lo que dijo mamá aquel día —aclaró Wesley—. Creo que se refería a niños.

—¿No crees que tal vez estaba hablando de personas sin dinero y sin influencia? En el círculo que se movía tu padre, no todos tenían el mismo poder, y algunos pudieron verse muy perjudicados cuando se descubrió todo.

—Me gustaría poder ayudarlos de alguna manera. Cuando mi padre fue a la cárcel, mamá dijo que tal vez era una oportunidad para que él aprendiera de sus propios errores. Pero lo mataron, y no pudo hacerlo. Yo siempre he creído que lo mató algún amigo suyo. Mamá también lo cree.

Patrick pensó que la afirmación del chico tenía muchas posibilidades de ser cierta.

—De alguna manera, yo sabía que estaba haciendo cosas malas —continuó Wesley como si estuviera pensando en voz alta—. No es que tuviera pruebas ni nada parecido, pero... No sé, siempre tuve esa sensación.

—Wesley, tú no pudiste hacer nada para evitarlo, y tu mamá tampoco. Ninguno de los dos podía cambiarlo.

Wesley lo miró desconsolado.

—Era una persona adulta —añadió Patrick—, y tomó sus propias decisiones. Estoy seguro de que nada de lo que pudierais haber dicho podría haberle hecho cambiar de forma de ser.

—Mi mamá se volvió loca cuando se enteró de todo. Se puso muy enferma. Intentó que yo no me diera cuenta, pero no lo consiguió.

—Debes de echarlo mucho de menos —murmuró Patrick.

No importaba lo que hubiera hecho Ari, lo que él pensara de él ni lo que le había pasado, aquel chico era su hijo.

—A veces no lo veía en varios días —continuó Wesley—. Me gustaba cuando me llevaba con él a navegar. También estuvimos juntos en las carreras una vez.

—¿Te gustaría ir de nuevo?

—Creo que a mi mamá no le gustaría.

Patrick se preguntó si Bronwyn habría cambiado de opinión al respecto, ahora que trabajaba en el rancho Fairchild.

—Nunca le ha gustado todo lo relacionado con el juego y las apuestas —dijo Wesley.

—Si te llevara a las carreras, sería para que vieras a los caballos —dijo Patrick—. Son increíbles.

—Antes no me gustaban —admitió el chico—. Ahora, sin embargo, me gusta verlos galopar por las mañanas antes de ir al colegio, mientras mamá va a la cocina. Me gusta mucho Proposición Indecente. Me gusta verlo correr.

—A mí también —dijo Patrick.

Patrick, Patrick, Patrick...

Bronwyn llevaba todo el día escuchando a su hijo hablar de él. Que si Patrick esto, que si Patrick aquello... Y eso que todavía no le había dicho por qué había ido allí. Él no había vuelto a insistir, y ella empezaba a sentirse aliviada de no tener que hacerlo, de no tener que enfrentarse a su reacción al decirle que Wesley era su hijo.

Todavía no era el momento.

La noche estaba calurosa, de modo que salió al porche y se acercó a las caballerizas. Campero, el caballo que montaba su hijo, fue hacia ella como si la reconociera. Bronwyn lo acarició.

«¿Dónde estaría la raza humana de no haber sido por los animales?», pensó Bronwyn.

Todas las personas necesitaban el contacto con ellos. En algunas ocasiones, eran un sustituto perfecto. Como para Helena, que le había confesado, en uno de sus paseos nocturnos, que no había salido con nadie en los últimos tres años.

Tras el arresto de Ari, el amor había pasado a un segundo plano en la vida de Bronwyn. A medida que pasaba el tiempo, empezaba a valorar más otro tipo de relaciones, como la amistad o la maternidad.

—No has montado desde que has llegado aquí, ¿verdad?

Bronwyn se dio la vuelta al reconocer la voz.

—Sólo soy una empleada —respondió ella—. No he venido para pasarlo bien, sino para trabajar.

—¿Ni siquiera has traído botas?

—Sí, las había metido en la bolsa, pero sólo porque iba a trabajar a un rancho. Por cierto —añadió cambiando de tema—, gracias por enseñarle a Wesley a montar.

Aqué! era un buen momento. No había nadie alrededor.

—Lo pasa muy bien contigo —dijo Bronwyn.

Tenía que soltarlo. Tenía que aprovechar que en aquellos días la relación entre ellos era cordial.

—¿Quieres que busque un caballo para que puedas montar? —le preguntó Patrick.

—No te molestes —dijo Bronwyn.

—Siempre me llama la atención cuando alguien utiliza esa expresión —comentó él.

—¿Qué quieres decir?

—Es como aceptar la monotonía, como si la vida no te interesara —apuntó él.

—Sí me interesa la vida.

—Pero no es tan emocionante como cuando estabas con Ari, ¿verdad?

—No, no exactamente —contestó ella.

Bronwyn llevaba mucho tiempo atrapada entre sus propias emociones y lo que los demás esperaban de ella. Esperaban que se sintiera furiosa por la traición de su difunto marido y triste al mismo tiempo por su pérdida. Sin embargo, lo que experimentaba en su interior era algo más complicado.

—Simplemente, nunca pensé que llegaría a estar en esta situación —explicó ella.

—¿Por tener que salir adelante por ti misma?

Bronwyn lo miró fijamente, como defendiéndose.

—Para una mujer como tú, que pasó su infancia en la más absoluta indigencia, encontrarte de repente así, y con un hijo de diez años, debe de ser muy duro —dijo Patrick.

Bronwyn lo miró y su enfado desapareció. Recordó las incontables noches del pasado en que había tenido que lidiar con borrachos y

vagabundos. Recordó el miedo constante que había sentido, la necesidad de estar siempre alerta, el temor a que pasara algo de repente. Esa sensación de angustia había cambiado para siempre su forma de ver la vida.

Pensar que volvía a encontrarse en la misma situación no hacía despertar dentro de ella ninguna declaración de principios, no sentía la tranquilidad de saber que podía enfrentarse a ello y sobrevivir como ya había hecho una vez, sino un temor irracional.

Pero no estaba viviendo en la calle. Estaba en el rancho Fairchild. Y Patrick Stafford estaba acariciándole la mejilla. Y las mangas de su vestido de seda.

Y besándola.

Bronwyn no sabía qué pensar. Era agradable estar en aquel lugar rodeada de caballos y animales, pero no le gustaba aquel contacto con él. En cierto modo, era una forma de traicionar la memoria de Ari.

Pero necesitaba aquellas caricias, necesitaba sentirse viva, y posó sus manos sobre el pecho de él suavemente.

Patrick apenas era consciente de lo que estaba sucediendo. Tenía entre sus brazos a Bronwyn, la mujer de la que una vez había estado enamorado, la mujer que todavía deseaba. Y ella también lo deseaba.

¿O no era así? ¿Podía Bronwyn desearlo realmente después de todo lo que había pasado? ¿Después de casarse con Ari y abandonarlo?

Patrick se apartó de ella, confundido por su propia iniciativa y por la forma en que había reaccionado ella. No podía acusarla de intentar seducirlo. No había hecho nada. Había sido él quien se había acercado a ella y había dado el primer paso.

—Esto era lo que querías, ¿no? —le preguntó él.

—¿Cómo dices? —replicó Bronwyn como saliendo de un trance.

—Querías que esto sucediera entre tú y yo.

—Habría sido absurdamente optimista por mi parte —apuntó echándose para atrás.

¿Tenía razón Patrick? ¿Había deseado de alguna manera que sucediera aquello entre los dos?

—Todavía no sé que te ha traído aquí, por qué estáis en el rancho Fairchild Wesley y tú. Hay muchas cosas que no entiendo, pero sí tengo

algo claro, necesito que os vayáis cuanto antes. Los dos.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que os larguéis de aquí.

—Pero... Tú no eres quien decide... No eres el que me ha contratado...

—Louisa ha confiado en mí para que la ayude en la administración de esta propiedad. ¿Estás dispuesta a discutirlo con ella?

Bronwyn no podía creerlo. ¿La estaba despidiendo? Ni siquiera había recibido su primera nomina, Wesley acababa de empezar el colegio, por no hablar de que todavía tenía que decirle...

Pero Patrick acababa de darle una nueva razón para echarse atrás. Si llegaba a enterarse de la verdad, era capaz de hacer cualquier cosa.

No sabía qué hacer ni qué decir. Nunca había llegado a pensar que tendría que rogarle, pero...

—Necesito este trabajo, Patrick —dijo desesperada.

—Estoy seguro de que encontrarás algo mejor en Sidney o en cualquier otra parte, un trabajo en el que puedas desarrollar mejor tus conocimientos.

—¿Por qué me haces esto? ¿Qué te he hecho? ¿Qué te ha hecho Wesley?

—Porque has venido hasta aquí, donde yo vivo, y has intentado seducirme siguiendo algún tipo de estrategia que todavía no comprendo, todo para salirte con la tuya.

—¿Disculpa?

Había hecho bien en no decirle nada. Si era capaz de manipular lo que había pasado durante los últimos días de aquella manera, era impensable la mala influencia que podía ser para Wesley.

—Yo también puedo ponerme a pensar mal de ti —dijo Bronwyn—. Según me han contado por ahí, tu hermana y tú vinisteis aquí con el único objetivo de conseguir el dinero y la herencia de Louisa.

Patrick se quedó estupefacto. ¿Quién había podido decir algo así?

—No tengo por qué contestar a eso —dijo temblando de furia en su interior—. Pero voy a hacerlo. Así podrás decirle la verdad a esas cotorras de la cocina.

—Nunca he querido decir que...

—Louisa es nuestra tía-abuela —la interrumpió él—. Vine aquí porque

siempre me había intrigado el enfrentamiento que había existido entre ella y mi abuela. Y sí, vine para defender los derechos de mi familia. Sentía que Louisa le había robado a mi abuela su parte de esta propiedad. Eso pensaba entonces. Pero ahora, me siento honrado de la oportunidad que nos ha dado de conocerla. En las últimas semanas, ha sido acusada de asesinato, ha tenido un ataque al corazón y ha visto cómo el fuego destruía gran parte del lugar por el que ha luchado toda su vida. Pero no se ha rendido. No puedo hacer otra cosa que quererla y admirarla. Lo creas o no, haberla conocido mejor ha sido algo que nunca podré sustituir con dinero. ¿Has sentido tú algo parecido alguna vez, Bronwyn?

—Según tengo entendido —dijo ella ignorando la pregunta—, todo el mundo puede dejar sus bienes a quien le plazca. ¿Por qué has asumido, como algo evidente, que este rancho debía ser dividido entre Louisa y su hermana?

—Porque así es como yo lo habría hecho.

Aquella conversación estaba empezando a ser interesante.

—De modo que... Si alguna vez tuvieras un hijo o una hija, le dejarías todas tus posesiones, ¿es eso lo que quieres decir?

—Por supuesto —dijo él—. Y si tengo más de un hijo, todos mis bienes serán divididos a partes iguales entre ellos. Nunca me han gustado los favoritismos. Si hay algo que un hijo necesite de sus padres es amor.

—Me alegra mucho que lo tengas tan claro —dijo Bronwyn guardando la calma— porque, Patrick Stafford, tú ya eres padre.

Se hizo el silencio.

Patrick la miró paralizado, como si lo hubieran golpeado.

No podía articular ni una palabra.

¡Por fin comprendía por qué Bronwyn estaba allí!

¿Cómo era capaz de intentar engañarlo con una mentira tan burda cuando había tantas formas de demostrar un engaño parecido?

Bronwyn era mucho más inteligente que todo eso.

—Gracias por decírmelo —dijo él fríamente.

—Yo no...

—Porque estoy dispuesto a luchar para hacer valer todos mis derechos como padre. Puede que Wesley haya pasado hasta ahora toda su vida

contigo, pero dudo mucho que una mujer, que ha sido capaz de mentir a su hijo sobre la verdadera identidad de su padre, sea la persona adecuada para educarlo. Porque también mentiste a Ari, ¿verdad?

—No lo sabía, al principio no lo sabía. Sólo era un bebé, era como todos los bebés. Yo sólo...

—Déjame que lo dude —la interrumpió él—. Incluso los niños pequeños guardan asombrosos parecidos con sus padres. Así funciona la genética. Es la forma que tiene la naturaleza de impedir que un padre se encuentre en la situación de Ari. Por no hablar de mí. Bronwyn, mírame a los ojos y dime que estabas segura de que Wesley era hijo de Ari cuando nació. Dímelo.

—Nunca he dicho tal cosa. He dicho que no lo sabía —dijo Bronwyn lamentando haberle confesado la verdad—. Patrick... Me hubiera gustado decírtelo en otras circunstancias, pero...

—¿En otras circunstancias? ¿Cuándo? ¿Después de que yo te hubiera prometido hacerme cargo de él y mantenerte?

—Deberías dejar de decir eso de una vez —dijo Bronwyn—. Son cosas que hacen mucho daño y son muy difíciles de olvidar. No me extraña que hayas pensado todos estos años que me casé con Ari por dinero. ¿Crees que me ataría a ti sólo por dinero? ¿Para poder vivir sin trabajar? ¿Depender de ti? Si lo crees de veras, entonces es que no me conoces de nada.

—Estoy furioso —dijo Patrick, lamentando lo que había dicho llevado por el calor del momento—. Siento haber dicho esas cosas.

—Patrick... —dijo ella, aprovechando aquel momento de debilidad—. He venido hasta aquí para decírtelo. Por eso estoy aquí. Iba a decírtelo esta noche, pero...

Pero entonces la había besado. Y después la había despedido.

A pesar de todo, Patrick seguía sin querer que Bronwyn se quedara allí. Wesley, sí. Wesley era un chico maravilloso, era su hijo, y quería tenerlo cerca de él. Su afecto por el pequeño había ido creciendo poco a poco durante aquellos días. Ahora que sabía que era su hijo, se sentía orgulloso y había nacido en su interior la certeza de que sería capaz de hacer cualquier cosa por él, para protegerlo.

Intuía que Bronwyn estaba diciendo la verdad, que aquella había sido la

razón de que hubiera buscado trabajo en el rancho Fairchild, y no las sospechas que había tenido, sospechas que ahora le parecían absurdas y propias de una mente paranoica. Sabía que tenía que dar marcha atrás, que no podía despedirla, que incluso Louisa pondría el grito en el cielo si llegaba a enterarse de cómo se había comportado.

Pero no podía ceder.

—Escucha —dijo Patrick—. Dejemos este tema tranquilo por ahora. Hablaré con mis abogados. Si Wesley es mi hijo, quiero darle todo lo que necesite y la oportunidad de tener un padre. Si eso es lo que querías, lo has conseguido.

Sí, era lo que había ido a buscar al rancho Fairchild, pero no le gustaba como había dicho la palabra «abogados». Si aquel asunto llegaba a los tribunales, el dinero acabaría por imponerse a cualquier otra cosa.

Tenía que actuar con rapidez. Tomar a Wesley y salir de allí aquella misma noche. ¿Acaso Patrick no acababa de despedirla? Estaba en paro y sin hogar. No era un buen perfil para pedir la custodia de su hijo ante un juez.

—Vine aquí con la esperanza de que Wesley pudiera conocer a su padre —dijo Bronwyn.

Un padre al que pudiera admirar. Pero ¿era Patrick Stafford esa persona? Empezaba a dudarlo. Patrick guardó silencio, y Bronwyn se dio la vuelta y caminó solo hacia el bungalow.

Por segunda vez en su vida, estaba sola en el mundo, sin trabajo y sin un lugar donde vivir.

Y el responsable era Patrick Stafford, el hombre por el que había ido hasta allí con la esperanza de que Wesley pudiera empezar de nuevo.

Capítulo 6

Patrick estaba despierto dándole vueltas a la revelación que le había hecho Bronwyn, sintiendo un súbito amor por Wesley; satisfecho por su forma de ser. Bronwyn había hecho un excelente trabajo con él. Entraba dentro de lo razonable que un chico que había nacido y crecido rodeado de la influencia de Aristóteles Theodoros hubiera sido algo arrogante e insensible. Incluso él mismo y su hermana Megan, a pesar de haber crecido en una familia que nunca había sido tan poderosa como el difunto marido de Bronwyn, habían estado siempre acostumbrados a tener de todo, a no valorar en su justa medida el esfuerzo necesario para ganarse la vida. Pero Wesley no era así. No era un niño malcriado ni consentido, tenía unos modales extraordinarios, disfrutaba de las cosas sencillas, como jugar al fútbol o montar a caballo.

Sí, Bronwyn le había dicho la verdad. Eso no implicaba, por supuesto, que no tuviera otras intenciones. Para empezar, necesitaba dinero desesperadamente, y era comprensible que esperara que él la ayudara a mantener a Wesley, algo que Patrick estaba deseando hacer.

Pero, sobre todo, estaba emocionado y muy alterado por haber descubierto que era el padre de Wesley. Siempre había querido tener hijos. Lo único que siempre le había faltado había sido la mujer ideal.

Al preguntarse por qué nunca había encontrado ninguna, sintió miedo de que la respuesta fuera Bronwyn. ¿Había rechazado a todas las mujeres que había encontrado porque, de una manera u otra, nadie había conseguido desplazar a Bronwyn de su corazón?

Una cosa era cierta. Todas las mujeres que había conocido, exceptuando a su hermana y a Louisa, le habían dicho siempre lo que sabían que él quería oír en lugar de ser sinceras. Patrick siempre había rechazado casarse con una mujer a la que no pudiera considerar su igual en todos los sentidos.

¿Tenía miedo de volver a ser rechazado?

Había sido un duro golpe para él ser rechazado por una mujer de la que había estado enamorado, y, más aún, después de saber que ella iba a casarse con otro.

Estaba emocionado. Tenía ganas de tomar el teléfono y llamar a su hermana para contarle la noticia, decirle que era el padre de un chico

extraordinario, un chico que sentía empatía por las personas a las que había engañado Ari, un chico que era capaz de enfrentarse a una serpiente sin echarse a llorar.

También Louisa iba a estar encantada con la buena nueva. De hecho, ya tenía una relación especial con el chico. Wesley le había contado a su tía la historia de la serpiente y cómo Beckham había actuado con valentía. Louisa le había dicho que el perro se merecía una recompensa, y había ido a la cocina inmediatamente, donde había conseguido un hueso espléndido.

¿Cómo iba a reaccionar su tía al saber que había despedido a Bronwyn? Se arrepentía de haberlo hecho. No por la reacción que fuera a tener Louisa, sino porque había sido un error. Tenía que pedirle perdón y asegurarse de que se quedaba allí.

Si ella se quedaba, Wesley se quedaría también. El chico tendría una habitación en la casa principal. ¿Qué cosas le gustaría tener en su habitación? ¿Estaban todas sus cosas en Sidney?

Se levantó de la cama y salió al vestíbulo. La habitación donde Wesley había dormido la primera noche que había pasado allí podía ser ideal para él. O tal vez la que había usado Bronwyn, que era algo más grande.

Bronwyn estaba sentada en el sofá del salón del bungalow, en medio de la oscuridad, con una lamparita encendida, incapaz de dormir.

Había metido todas sus cosas en la bolsa y se había sentado a leer un libro titulado *Atardecer rojo* que le había dejado Marie, un libro que le estaba costando mucho leer, ya que relataba la historia de un padre y un hijo.

Llevaba veinte minutos sin poder pasar de la segunda página cuando Marie apareció en la puerta.

—He visto la luz encendida —dijo Marie—. ¿Qué haces despierta a estas horas? —le preguntó con los ojos adormilados.

—Yo podría preguntarte lo mismo —contestó Bronwyn.

—No dejo de darle vueltas a una cosa, no puedo dormir.

Desde que la conocía, Bronwyn siempre había pensado que Marie ocultaba algo que no deseaba contar a nadie. Había intentado acercarse a ella, pero había sido en vano. La madre de Marie había muerto

recientemente. Siempre que la veía triste o preocupada y le preguntaba qué le pasaba, ella respondía mecánicamente que estaba pensando en su madre.

Bronwyn, que había perdido a su propia madre, podía llegar a entenderla sin mucho esfuerzo.

Y para ser sincera, ella tampoco había confiado en Marie.

Pero ¿qué podía perder?

Wesley no sabía que Patrick era su padre, y no tenía muy claro cómo decírselo. Algo le decía que podía confiar en Marie, que era una persona que iba a guardarle el secreto.

—Se acabó —dijo Bronwyn—. Tengo que contárselo a alguien o voy a estallar.

Empezó a relatarle la historia despacio, en susurros, de principio a fin, y Marie escuchó en silencio, a veces reaccionando con incredulidad, otras con tristeza y siempre con una tierna complicidad.

—El problema es —dijo Bronwyn—, que es un hombre poderoso. Tiene dinero y es sobrino de Louisa Fairchild. Yo no soy nadie. Y ya he podido comprobar lo paranoico y vengativo que puede llegar a ser.

—Yo no estoy tan segura. ¿No crees que tenía derecho a sospechar de tus verdaderas intenciones al venir aquí? Es un hombre honesto, pero creo que tiene miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? Yo soy la que tiene miedo. Las cosas que me ha dicho esta noche sobre la custodia de Wesley, sobre sus abogados... Me ha despedido. ¿Qué tengo que perder si tomo a Wesley y me voy?

—Mucho —respondió Marie—. En primer lugar, porque te va a resultar muy difícil ocultarte. Esta familia es muy poderosa. Además, el que te haya despedido está completamente fuera de lugar. He observado mucho a Louisa Fairchild desde que estoy aquí, y estoy convencida de que no apoyará a su sobrino en esa decisión, aunque sea de su familia. La gente murmura sobre ella, especula sobre la decisión que tomó de echar a su hermana y desheredarla, pero es una mujer justa.

A pesar de las palabras de Marie, Bronwyn no las tenía todas consigo. Si Louisa había sido capaz de hacer algo así con su propia hermana, ¿por qué iba a defenderla a ella, a una desconocida?

—Creo que no deberías irte —continuó Marie—. No sería justo para

Wesley. Debes tener en cuenta que tú has estado con él toda la vida, pero Patrick apenas lo conoce.

—Todavía no sabe que es su padre. Espero que Patrick no cometa ninguna locura antes de que se lo diga.

—Deberías decírselo a tu hijo cuanto antes, Bronwyn.

—Lo sé, pero no sé cómo hacerlo. Wesley todavía adora a Ari.

—Creo que sir Walter Scout escribió algo sobre esto en cierta ocasión —dijo Marie como pensando en voz alta.

—Sí, algo sobre las telarañas en las que todos nos enredamos cuando nos empeñamos en mentir. Pero ésa no era mi intención. Sucedió así.

—Creo que deberías concentrarte en recuperar tu empleo, Bronwyn.

—¿Cómo?

—Creo que deberías decirle a la señorita Lipton que Patrick te ha despedido. Sentirá tanta pereza por tener que contratar a otra persona que te ayudará.

—¿Y qué le puedo decir sobre la razón de que Patrick me haya despedido?

—¿Pasaría algo si le dijeras la verdad?

—¿El qué? ¿Que Patrick me besó y después me despidió? —preguntó Bronwyn sonriendo maliciosamente.

—Tengo que hablar contigo.

Patrick estaba en su despacho, delante del ordenador. Había caído en la cuenta de que, probablemente, Wesley nunca había puesto en duda que Ari fuera su padre. Si eso era cierto, las cosas iban a ser algo más complicadas. Se había levantado temprano, había despachado los asuntos importantes y se había puesto a buscar un campo de fútbol en los alrededores, con la idea de llevar a Wesley a jugar en algún momento.

Su tía estaba delante de él y parecía enfadada.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya está el desayuno listo?

—No tengo el estómago muy católico esta mañana —dijo Louisa mirándolo fijamente.

Patrick intuyó que el motivo de su enfado era él.

¿Qué había hecho? ¿Tenía algo que ver con la conversación que había

tenido con Bronwyn la noche anterior? ¿Acaso le había contado Bronwyn algo...?

—¿Desde cuándo crees que tienes derecho a propasarte con una de mis empleadas y después despedirla para encubrir tu comportamiento? Eso es acoso sexual, Patrick. Estoy asombrada contigo.

Patrick no podía creerlo.

—No me importa si Bronwyn fue tu novia en el pasado o no. Si fuera tu ex mujer también me daría igual. No tienes ningún derecho a hacer algo así.

—Tienes...

«Tienes razón, maldita sea, tienes razón», pensó él.

—Es una madre que está sola, y la has despedido sin ninguna razón. ¿Qué se te pasó por la cabeza? ¿Estabas tan fuera de ti que no pudiste reprimirte?

—Yo...

—¿Sí? —lo interrumpió Louisa—. Ya puedes ir yendo a su bungalow y decirle que está readmitida. Y será mejor que esto no vuelva a repetirse o te pondré de patitas en la calle, ¿me has entendido? ¿Acaso no te importa lo que pueda pasarle? ¿Estás tan preocupado por ti mismo, que eres incapaz de pensar en los problemas que podría llegar a tener una mujer, sola como ella, con un niño de diez años?

—Lo siento —dijo Patrick, dándose cuenta de que no era el mejor momento para decirle a su tía que él era el padre de Wesley, ya que sólo iba a conseguir avivar la furia de la anciana.

—A quien le tienes que pedir perdón es a ella, no a mí.

—Lo haré ahora mismo —dijo Patrick—. ¿Quieres que la ascienda?

—Creo que sabes perfectamente lo que espero de cada persona que vive aquí —dijo Louisa firmemente—. Sería lo más adecuado.

—Bien, lo haré ahora mismo —dijo Patrick, sintiéndose muy pequeño al lado de la determinación de aquella mujer.

—Eso espero.

Al ver a Bronwyn sentada en una mecedora en el porche de su casa, con las manos juntas y el rostro lleno de nerviosismo, Patrick se sintió más arrepentido que nunca por lo que había hecho la noche anterior. Había ido a

las cocinas para hablar con el chef, admitir su error, darle la orden de aceptar de nuevo a Bronwyn y preguntarle si cabía la posibilidad de ascenderla.

—Lo siento —dijo, acercándose a ella pero manteniendo la distancia para evitar tentaciones—. Me comporté muy mal, estoy avergonzado de mí mismo por haberme aprovechado de ti y por haberte despedido sin justificación. He hablado con tu jefe. Estás readmitida y, además, tienes un nuevo puesto como ayudante de cocina y asesora en todo lo relativo a la nutrición. Esto, por supuesto, si aún quieres trabajar aquí. Además, voy a hablar con Louisa. He pensado que podríamos crear un nuevo puesto de entrenadora de deportes que podría venirte como anillo al dedo.

—Gracias —dijo ella escuetamente, sin que la tensión de sus hombros se relajara—. Wesley está en el colegio. Patrick, no lo sabe. Estos últimos meses han sido traumáticos para él.

—Lo comprendo.

—¿Puedo pedirte que dejemos las cosas como están de momento? No te estoy diciendo que guardes el secreto, sólo que seas discreto para que Wesley no se entere por otra persona.

—¿Cuándo has pensado decírselo?

—No estoy segura... Pero hoy no. Por favor, entiéndelo, son demasiadas cosas al mismo tiempo, y Wesley no es más que un niño.

—Quiero ser parte de su vida, Bronwyn.

—Yo también quiero lo seas.

Patrick la miró, incapaz de no reconocer lo hermosa que era y reprimiéndose para no besarla. Había sido una tontería por su parte haberla acusado de seducirlo. Era él quien deseaba besarla, sentirla de nuevo entre sus brazos como en el pasado. Quería acariciar aquella piel suave, saborear su boca, descubrir cómo el tiempo había moldeado su cuerpo.

En cierto modo, pensaba que aquel deseo tenía que estar originado por un amor verdadero y sincero. Pero sabía que, con frecuencia, las personas amaban desmesuradamente y no eran correspondidas.

Lo que había sucedido la noche anterior y la reacción de Bronwyn era la mejor prueba de que ella ya no sentía nada por él.

«Deja de imaginar cosas. No estás enamorado de ella», intentó

convencerse Patrick.

Intentó concentrarse en su hijo, en la ilusión que le hacía empezar a estar con él, a convertirse en su padre.

—Pero ¿cuándo has pensado decírselo? —insistió—. Aunque seamos discretos, ¿no crees que no debemos correr el riesgo de que se entere por casualidad?

—¿Por qué tendría que pasar algo así, Patrick? Por lo que yo sé, los únicos que lo sabemos somos tú y yo —dijo ignorando que se lo había confesado la noche anterior a Marie—. Yo no voy a decírselo a nadie, y espero que tú hagas lo mismo.

—Bronwyn, sabes que tengo que hablar con mi abogado, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó ella, asustada.

—Tenemos que llegar a un acuerdo sobre la custodia.

—No voy a negarme a que pases tiempo con él —dijo Bronwyn con la voz temblando de desesperación.

—Lo sé, pero, aun así, tenemos que llegar a un acuerdo y ponerlo por escrito. Es la mejor forma de hacerlo, Bronwyn.

—¿La mejor forma de hacerlo? ¿Es que no te importa someter a Wesley a todo eso? ¿Quieres verlo delante de un juez mientras nosotros nos peleamos por él?

—Pero... ¿No has dicho que no vas negarte a que pase tiempo con él? ¿Por qué tendríamos que pelearnos?

—Creo que debería ir al trabajo —dijo levantándose de la mecedora sin responder a su pregunta—. Gracias por... —añadió sin ser capaz de terminar la frase.

—¿Por ser tan razonable?

Bronwyn asintió levemente como si eso no fuera lo que ella estuviera pensando pero estuviera dispuesta a aceptarlo.

—Siento haberte despedido ayer, Bronwyn, me comporté como un idiota —dijo Patrick con la necesidad de sincerarse con ella—. Louisa se ha puesto hecha una furia conmigo. Es una mujer honrada.

Bronwyn asintió con una sonrisa tímida y entró en el bungalow. Patrick observó su hermoso pelo y pensó otra vez que tenía que buscarse un buen abogado.

El ayudante del chef, François, era ahora el jefe inmediato de Bronwyn. Tenía unos cincuenta años, era bajito, un poco gordo y verdaderamente encantador. Trataba con delicadeza a Marie y a Bronwyn, casi podía decirse que flirteaba con ellas, pero, en realidad, se dirigía a ellas como si fueran sus primas. Era protector y generoso.

Bronwyn estaba empezando a disfrutar de su trabajo. Aunque ella y François no siempre coincidían en los alimentos más adecuados para la dieta de Louisa, el chef escuchaba atentamente sus sugerencias.

—Dime una cosa —dijo François—. ¿Por qué las mujeres francesas tienen menos celulitis que vosotras las australianas, con estas dietas estrictas a las que os sometéis?

—Si quieres hacer la prueba, estoy dispuesta a enseñar las piernas delante de cualquier francesa que puedas conocer —sonrió Bronwyn.

—Bueno, pero tú eres la excepción. Y Marie.

Bronwyn observó que Helena bajaba la cabeza avergonzada y fue hacia ella.

—No te preocupes, en poco tiempo tú serás la tercera excepción.

—Ojalá se pudiera adelgazar más deprisa —dijo Helena.

—Helena, Helena... —dijo François dirigiéndose a ella—. Si hubieras vivido en el siglo XVI, los artistas holandeses te habrían retratado una y otra vez. Habrías sido su musa.

Bronwyn sonrió. Helena tenía treinta y dos años. El chef era algo mayor, pero a veces creía ver una chispa de deseo entre ellos. En cierta ocasión, Helena le había contado que habían ido juntos a una degustación de vinos y que él la había llevado a visitar su casa, un loft encantador.

Bronwyn recordó entonces el beso que le había dado Patrick.

Lo recordó con sentimientos enfrentados porque, aunque no le había gustado su reacción posterior, el beso había sido apasionante.

Para ser sincera, Patrick la atraía aún más que en el tiempo que habían pasado juntos en la universidad. Estaba más atractivo, era más maduro y más seguro de sí mismo. Pero no quería empezar ninguna relación. Trabajar en el rancho Fairchild le había dado una libertad y una independencia que no había disfrutado desde que se había casado con Ari.

Marie se acercó a ella mientras registraba en un ordenador la comida que estaban preparando para Louisa.

—¿Qué tal estás? —preguntó Marie.

Bronwyn se sintió culpable por haberle dicho a Patrick dos días antes que no le había contado a nadie la verdad. No es que dudara de la discreción de Marie, pero le había mentado.

—Parece que las cosas van mejorando —dijo ella hablando en voz baja a pesar de que el ruido de la cocina amortiguaba la conversación.

—¿Hay alguna posibilidad de que vosotros dos volváis a estar juntos? —preguntó Marie.

—Ahora mismo no quiero estar con nadie —respondió—. Ya sabes lo importante que es para mí que Wesley...

—Lo sé —dijo Marie, y Bronwyn supo que podía contar con ella.

En ese momento, Louisa apareció en la cocina, y a Bronwyn le dio un vuelco el corazón. Sin saber por qué.

—¿Puedo robarte a tu ayudante un momento? —le preguntó la anciana a François.

El chef asintió.

—Por favor, ven conmigo —dijo Louisa.

Sin saber lo que quería la anciana, con mil miedos agolpándose en su interior. Bronwyn la siguió al vestíbulo.

—Señorita Fairchild, quisiera darle las gracias por...

—¿Por qué? —sonrió Louisa.

—Por el ascenso —contestó Bronwyn.

«Y por apoyarme», pensó, pero no lo dijo en voz alta, ya que no quería ahondar en la diferencia de opiniones con su sobrino ni en las lealtades familiares.

—Fue idea de Patrick —dijo Louisa—. Me comentó que no llegaste a terminar tus estudios en la universidad, y creo que, si lo hicieras, sería bueno para todos, incluida yo. Me ha hecho ver que no todos mis empleados se preocupan por su estado de salud y por su forma física como deberían. Éste es un negocio moderno y quiero dar a todo el mundo lo mejor. Así que...

Louisa la guió hasta una sala que parecía no haber sido utilizada durante mucho tiempo.

—Algunos aparatos son muy antiguos —empezó Louisa—. No sé siquiera si funcionarán todavía. Mi antiguo entrenador quería utilizar esta sala para el entrenamiento de los jockeys, pero al final no salió bien. Por eso me gustaría que me aconsejaras. He oído que sabes yoga y se te dan bien los deportes. ¿Qué necesitas para acondicionar esto?

—¿Cuánto quiere gastar? —le preguntó Bronwyn, mirando a su alrededor.

—Quiero que esté a la última. Quiero que lo utilicen mis empleados y los jockeys. Pero van a necesitar que alguien los entrene, y había pensado en ti.

—En mí... —dijo Bronwyn, incapaz de contener la emoción—. Bien. Creo que deberíamos empezar por esos espejos, en mi opinión...

—¿Qué te parece si me haces una lista con todo lo que creas necesario? —le propuso Louisa—. Patrick estará encantado de ayudarte en todo.

—Seguro que sí —dijo Bronwyn dubitativa.

—Y te prometo que no volverá a importunarte —dijo Louisa firmemente, mirándola fijamente, con voz autoritaria.

—No la defraudaré.

—François tendrá que arreglárselas de vez en cuando en la cocina sin ti —continuó la anciana como pensando en voz alta—. Creo que este nuevo trabajo te absorberá la mayor parte del tiempo, sobre todo al principio. De hecho, prefiero que dejemos esta conversación aquí para que puedas ir pensando en todo lo que vas a necesitar y en cómo te vas a organizar.

La anciana, apoyándose con altivez en su sempiterno bastón, se dirigió a la puerta.

Pero Bronwyn pensó que no debía dejar que una mujer de su edad subiera las escaleras sola y, aunque no sabía cómo se lo iba a tomar, corrió hacia ella.

—Puede que tengamos que hacer algo con estas escaleras si va a venir aquí tanta gente —dijo Bronwyn con diplomacia.

Louisa no entendió a qué se refería, y empezó a subir los peldaños mientras Bronwyn llamaba su atención sobre algunos desperfectos en la

piedra con la que estaban hechos, aprovechando para sujetarla.

Cuando llegaron arriba, Louisa se volvió hacia ella.

—Eres una chica lista —dijo la anciana, sin aclarar nada sobre sus comentarios acerca de las escaleras—. Le diré a Patrick que se pase por aquí en cuanto pueda.

Capítulo 7

Patrick la encontró en el gimnasio, tomando notas en uno de los ordenadores portátiles que utilizaban algunos de los empleados del rancho Fairchild. Parecía estar haciendo un inventario de las máquinas de la sala y su estado de conservación.

Cuando Bronwyn advirtió su presencia, se dio la vuelta hacia él, sonrojándose.

Patrick se dio cuenta.

¿Qué significaba aquella reacción?

—Me alegro de que estés aquí —dijo ella en un tono impersonal—. Necesito que me ayudes para saber qué considera Louisa adecuado que haga en este...

—Lo que tú quieras —le aclaró él—. Ésas fueron sus palabras.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué, de repente, quiere gastarse tanto dinero en acondicionar este sitio y en una idea que ya ha intentado en el pasado y que no funcionó?

—Bueno, supongo que tiene la impresión de que no puso el suficiente interés en su momento. Se ha tomado muy en serio todo este asunto. Quiere que todos sus empleados gocen de buena salud y que los jockeys estén bien entrenados.

—En ese caso... —dijo Bronwyn, que no se creía del todo la explicación que le acababa de dar—, creo que lo primero es hacer una lista de los empleados que están interesados en utilizar estas instalaciones y de lo que desean hacer aquí.

—¿Qué deseas tú, Bronwyn?

—Siempre lucho para conseguir lo que quiero por mí misma —dijo Bronwyn—. Una casa para mí y para Wesley, eso es lo quiero y eso es lo que tengo.

—¿Satisfacía Ari tus deseos?

De alguna manera, Bronwyn sintió que, por primera vez, Patrick no se estaba refiriendo al dinero, sino a algo más profundo.

—¿Emocionalmente?

—Sí.

—Estaba enamorada de él —contestó Bronwyn, aunque no le apetecía hablar de aquello, y menos con él—. Había momentos en que realmente me lo pasaba muy bien con él, era como si fuéramos uno, pero... Tú y yo éramos también amigos.

—¿Y Ari y tú no?

—No quería decir eso. No nos relacionábamos de igual a igual, aunque eso fue lo que yo quise, lo que yo elegí.

Algunas veces, Bronwyn había echado de menos estar con alguien de su edad, con experiencias parecidas y objetivos comunes, alguien que hubiera visto las mismas películas o escuchado la misma música.

—¿Lo elegiste a él porque era mayor que yo? —preguntó Patrick como dudando de sí mismo.

—Sí —contestó Bronwyn.

«Porque era más maduro», pensó ella.

—Patrick, somos los padres de Wesley. Sé que te sientes rechazado, pero, por favor, no dejes que eso...

Bronwyn guardó silencio.

—No dejes que eso, ¿qué?

—El no ser capaz de perdonar a alguien te consume por dentro —aclaró Bronwyn—. Te lo digo por experiencia. He pasado mucho tiempo últimamente autodestruyéndome.

—¿Por Ari?

—Y la verdad es que él tenía tantas cosas que reprocharme como yo a él —dijo evitando contestar directamente.

—¿Nunca lo intuyó? —preguntó Patrick, admitiendo que se refería a Wesley.

—Si lo hizo, nunca lo dijo —dijo Bronwyn, recordando la forma de ser de su difunto marido—. Nunca lo habría admitido.

—¿Y todavía quieres que Wesley siga creyendo que ese tipo era su verdadero padre?

—¡No para siempre! —exclamó Bronwyn, asaltada por todos los miedos que la habían atenazado en los últimos días, temerosa de que Patrick quisiera alejar a Wesley de ella haciéndose con la custodia.

Patrick intentó adivinar a qué atendía su ansiedad. La tarde anterior

había salido a montar con Wesley, y había disfrutado del paseo más que en ninguna otra ocasión, sabiendo que tenía a su lado a su hijo. Aunque le había costado un mundo, había hecho honor a su palabra y no le había dicho nada.

—Tengo miedo —dijo Bronwyn—. Miedo de cómo puede llegar a afectarle todo esto, miedo de que Wesley se enfade conmigo por haberle mentido durante tanto tiempo, aunque fuera por su propio bien.

—¿Por su propio bien? ¿Por qué tendría que haber...?

—Ari nunca habría...

—Entonces no siempre era tan maravilloso como dices.

—Sí, siempre lo era —dijo ella—. Pero yo siempre supe que...

¿Qué había sabido ella? Nada. Ni siquiera había sospechado nada sobre la naturaleza de los negocios de su marido. Y sin embargo, siempre había tenido la sensación de que él no habría comprendido que Wesley no fuera hijo suyo. Cualquier hombre habría reaccionado mal ante una noticia como ésa, pero Ari...

—Nunca supe nada concreto sobre él. No sabía nada de sus negocios. Pero una parte de mí, de alguna manera, lo sospechaba. ¿Tiene algún sentirlo?

—Claro que lo tiene —dijo Patrick comprensivo—. Cuando uno se enamora de verdad, en cierto sentido deja de ver las cosas como son en realidad. No sé si sucede de una manera consciente o inconsciente, pero es así. Una vez tuve...

—Tuviste, ¿qué?

—Tuve un socio en un negocio. No había vuelto a pensar en él desde hace mucho tiempo. Hizo cosas ilegales, cosas que no eran honradas ni éticas. Durante meses hice como que no me estaba enterando de nada. Y no es que tuviera pruebas, pero, inconscientemente, algo me decía que había cosas que no iban bien. Cuando la verdad salió a la luz, me quedé estupefacto, porque comprendí que, de alguna manera, siempre lo había sabido.

Lo había comprendido. Había escuchado el relato de sus vivencias con Ari y había comprendido lo que había querido decir. Se produjo un momento de complicidad que le recordó a los que habían vivido en el

pasado, aquéllos que parecían haberse perdido para siempre, como la felicidad efímera de la infancia.

—Gracias —susurró Bronwyn.

—¿Por qué?

«Por ser mi amigo en el pasado y ahora», pensó para sí.

Pero no lo dijo en voz alta. Tenía miedo de la reacción de él.

—Estoy muy ilusionada con este trabajo —cambió Bronwyn de tema.

Pero Patrick, que la estaba observando, supo que no le había dado las gracias por nada que tuviera que ver con el trabajo.

En condiciones normales, Dylan Hastings habría sido la última persona en que Patrick hubiera confiado. Pero no podía preguntarle a Louisa si conocía a algún abogado de divorcios en quien pudiera confiar, ya que la anciana averiguaría enseguida la verdad con la astucia que le caracterizaba.

Además, Dylan ya había pasado por un divorcio, por lo que debía de tener experiencia.

Cuando al día siguiente Dylan, Megan y Heidi pasaron por el rancho antes de que la chica fuera a la escuela de Sidney, Patrick vio la oportunidad. Mientras Megan y Heidi visitaban las caballerizas para ver sus caballos y despedirse de ellos, Patrick y Dylan se sentaron en el porche con una cerveza y Patrick empezó a buscar una manera de plantearle al detective la cuestión que le interesaba sin romper la promesa que le había hecho a Bronwyn.

Recurrió a la vieja estrategia de hablar de un amigo de la universidad y trasladar su historia a esa persona. Le contó que ese amigo acababa de descubrir que era padre de un hijo y estaba buscando un abogado para garantizar sus derechos sobre él.

—¿Cuántos años tiene el chico? —preguntó Dylan.

—Diez —admitió Patrick a regañadientes, pensando que, quizá, estaba dando demasiada información.

Le pareció ver un extraño gesto de ironía en el rostro de Dylan, aunque el detective no desveló lo que estaba pensando.

—¿Qué pretende sacar tu amigo de esta situación?

—Sus derechos como padre —contestó Patrick.

—¿Qué derechos? ¿Pasar tiempo con él? ¿Visitarlo?

—La custodia compartida. También sé que no le gustaría tener que enfrentarse a la madre del chico en los tribunales, que quiere evitarlo a toda costa.

—Personalmente, creo que la custodia compartida es lo mejor; que ambos padres sean responsables por igual de la educación de su hijo. Sin embargo, por experiencia y como representante de la ley, le recomiendo a tu amigo que ponga todo por escrito.

—Eso es lo que había pensado decirle —asintió Patrick.

Y eso es lo que iba a hacer.

—Podría recomendarte a un buen abogado —dijo Dylan finalmente—. Pero también debo advertirte que tu amigo tendrá mucha suerte si la madre accede a esas condiciones.

—Creo que sí accederá —dijo Patrick, aunque entonces recordó que ése no había sido el caso que le había tocado vivir al detective, cuya hija, Heidi, había sido educada por él después de que la madre desapareciera desentendiéndose completamente de ella—. Yo... —quiso decir Patrick para disculparse.

—No te preocupes —dijo el detective—. Ahora mi hija tiene a Megan.

Dylan había pronunciado aquella frase, el nombre de su hermana, con un amor infinito, y Patrick sintió que parte de los celos que había sentido hacia él, por haber acusado injustamente a Louisa de la muerte de Sam Whittleston, desaparecían.

El abogado que Dylan le recomendó se llamaba Everett Wyatt, y a Patrick le cayó bien desde el primer momento. El abogado le dejó claro, nada más empezar a hablar, que si estaba buscando a un abogado despiadado que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para ganar la custodia, independientemente del daño emocional que eso pudiera causar, se había equivocado del todo al ir a verlo.

—Mi primer caso fue muy incómodo —empezó Everett—, y me enseñó muchas cosas sobre la ley, la gente y el tiempo. Te pasas la vida luchando en los tribunales y la infancia de tu hijo transcurre sin que te des cuenta. Aquella pareja quería luchar hasta el final para intentar tener la custodia,

pero, para cuando consiguieron que empezara el juicio, habían pasado cuatro años. En lugar de haberlos empleado en suavizar las cosas y arreglarlas poco a poco, hicieron lo contrario, y cuando llegó el juicio tuvieron que recordarlo todo de nuevo. Eso les impidió superarlo y los destrozó durante mucho tiempo.

Patrick dio gracias por haber encontrado a un abogado que, además de ser honrado, fuera inteligente.

Cuando le contó al abogado toda la historia, incluso el desagradable incidente que había sucedido la noche que la había besado, Everett guardó silencio por unos instantes.

—¿Está la madre dispuesta a enfrentarse a usted?

—Creo que quiere ser justa, pero, cuando llega la hora de la verdad, se echa atrás. Todavía no le ha dicho al chico que soy su padre.

—Y usted quiere que lo haga, ¿verdad?

—Creo que es lo que debe hacer, ¿no?

—Sí, es lo justo, y deben hacerlo cuanto antes. Recuérdele de vez en cuando que el chico debe conocer la verdad, pero no comenta el error de decírselo usted mismo. No debe olvidar que ese chico cree que su padre era un criminal y que ha muerto. No es deseable que usted esté delante cuando sepa la verdad. Hizo lo correcto al devolverle el trabajo a la madre y ascenderla, porque lo que usted hizo aquella noche no es ético ni bueno para sus intereses. Yo, en su lugar, intentaría no enemistarme con ella ni volver a cometer errores de ese tipo. Sobre todo el intentar propasarse con ella.

Patrick sabía que el abogado tenía razón, y volvió a arrepentirse de haber besado a Bronwyn.

—Está bien, creo que deberíamos ponernos en contacto con la madre para trasladarle nuestras intenciones —dijo el abogado empezando a tomar notas.

—¿No cree que antes debería tener una pequeña conversación con ella?

—Bajo estas circunstancias, desde luego que no.

—¿Qué circunstancias?

—Lo que hizo aquella noche, con que uno tenga un poco de mala intención, podría ser interpretado como acoso sexual y abuso de poder.

—Voy a tener que trabajar con ella todos los días.

—Entonces, asegúrese de que mantienen una relación estrictamente profesional.

Cuando regresó al rancho Fairchild, Patrick se enredo en una larga conversación con Louisa acerca de una recepción que quería dar en la casa la tarde de antes de la carrera de Warrego Downs. Discutieron también de la evolución de la campaña por la presidencia de la federación y de la forma en que podían acomodar a todos los invitados, de forma que las consecuencias del incendio que había sufrido el rancho se disimularan lo más posible.

Pero Patrick apenas prestó atención a lo que su tía le dijo. Se imaginó de pronto a Wesley viviendo en un entorno como aquél, rodeado de constantes peligros, como incendios, serpientes, arañas venenosas... De repente, veía problemas por todas partes. Todavía le resultaba increíble que Wesley fuera su hijo, el fruto del amor que una vez había compartido con Bronwyn, la mujer más hermosa que jamás había conocido.

Incapaz de dejar de pensar en ella, Patrick bajó al gimnasio. Bronwyn había organizado ya tres clases al día. La primera era de aeróbic, la segunda de yoga y la tercera de pilates. Además, le había preguntado a Louisa si era posible que se ausentara un par de horas a la semana para mejorar su preparación asistiendo a clases adicionales. Quería obtener el certificado de profesora oficial de yoga y pilates.

Patrick estaba empezando a pensar que no había nada que Louisa fuera capaz de negarle a Bronwyn.

—Es una pena que no montes mejor a caballo —le había llegado a decir la anciana a Bronwyn—. Serías la mujer perfecta.

Para una mujer como Louisa, aquello era casi como decir que, prácticamente, la consideraba una hija.

Cuando entró en el gimnasio, la encontró instalando algunas de las máquinas que habían llevado aquella misma mañana. Había seis nuevas bicicletas estáticas.

No estaba sola. Marie y Helena estaban echándole una mano. Se había aprendido el nombre de Helena después de referirse a ella delante de

Bronwyn como «la gordita».

—Se llama Helena —había protestado Bronwyn—. Ha perdido tres kilos en las últimas dos semanas y tiene mucha fuerza de voluntad.

Patrick había asentido, satisfecho por su determinación, por su fuerza, por ver que la pasión que siempre había puesto en todos los aspectos de su vida seguía allí, dirigiendo los pasos de Bronwyn, ayudando a los demás.

Marie lo vio y Patrick volvió a pensar que había algo extraño en aquella chica. Era hermosa, pero parecía encerrar innumerables secretos que no compartía con nadie.

Esperó unos minutos hasta que las tres consiguieron instalar las máquinas y se quedó a solas con Bronwyn.

—Solo venía a comprobar que lo que habías pedido ha llegado correctamente —dijo Patrick.

—Sí, todo está perfecto —dijo ella.

—¿Dónde está nuestro hijo?

—Montando a caballo con tu hermana —contestó Bronwyn.

Patrick se preguntó con curiosidad cuál sería la relación entre Megan y Bronwyn después de tantos años. Recordó que, cuando Bronwyn lo rechazó, Megan no culpó a Bronwyn por hacerlo. Sólo el enterarse de que se había casado con Ari le había hecho perderlos nervios.

—¿Te importa cambiarte y pedalear un poco conmigo? —le pidió Bronwyn señalando una de las bicicletas.

Patrick, que tenía muy presente el consejo que le había dado su abogado de mantener la relación con la madre de Wesley en un plano estrictamente profesional, asintió educadamente.

—Me cambio ahí dentro y vuelvo enseguida —dijo metiéndose en los vestuarios.

Bronwyn estaba sorprendida de haberle propuesto aquello. La amistad entre ellos se había hecho más fuerte, después de la conversación que habían tenido sobre Ari, en la que él le había demostrado su comprensión. Patrick era la persona que mejor la conocía en aquel lugar, a excepción de Wesley.

¿O había algo más que amistad?

Eso era algo que no quería ni plantearse.

A los pocos minutos, Patrick apareció vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de deporte.

—Me gusta más salir por el campo —dijo él—. Hay un camino muy bonito cerca de aquí. ¿Tienes bicicleta?

—Tenía una en Sidney, pero tuve que venderla para...

Bronwyn se detuvo para no volver a sacar el tema del dinero, y Patrick se dio cuenta de que aquél era un tema muy sensible para ella. Quizá todavía se sintiera herida por las acusaciones que le había hecho el primer día, aunque ya no creía en ellas. Después de hablar con Louisa, se había dado cuenta de lo infantil que había sido al sospechar algo así de Bronwyn. Después de conocer la verdad, creía firmemente que la intención de ella al ir allí había sido la de que él conociera a su hijo.

—Louisa tiene un par de bicicletas que los empleados utilizan de vez en cuando —dijo él—. Podríamos salir por ahí alguna vez.

Patrick se subió a la bicicleta que había al lado de ella.

—Perdona si insisto con esto, pero ¿puedo preguntarte cuándo le dirás a Wesley la verdad?

—No lo sé, Patrick. Para ser sincera, tengo mucho miedo.

—¿De qué?

—De que me odie. Piénsalo. Pensará que le mentí a él y a Ari. Se sentirá confuso, y ya ha pasado demasiado.

—He hablado con mi abogado esta mañana —confesó Patrick.

Bronwyn siguió pedaleando, intentando controlarse.

—Cree que, tal vez, sería bueno que tuviéramos una conversación todos juntos con Wesley, siempre que te parezca bien.

—Wesley no necesita tener ninguna conversación con nadie.

—¿Crees que tú te bastas para tratar con él? ¿Que no necesita a nadie más?

—Yo sé escucharlo y lo conozco. No tiene ningún problema. Sólo está pasando una mala racha, eso es todo.

—¿De qué tienes miedo, Bronwyn?

Tenía miedo de que alguien alejara a su hijo de ella. Se imaginaba a Wesley en los tribunales, compareciendo ante algún experto psicólogo,

siendo acusada de no haber sido una buena madre. Tenía miedo del poder de Patrick, de lo que él pudiera llegar a hacer.

—¿Qué es lo que quieres?

—La custodia compartida —dijo él—. Cualquier otra cosa sería injusta.

—Es un niño de diez años. ¿Crees de verdad que pasar la mitad de su vida lejos de mí sería bueno para él?

—Creo que es lo justo. Wesley y yo tenemos derecho a conocernos, como tú misma has reconocido.

Bronwyn guardó silencio y siguió pedaleando.

Aquel viernes por la tarde, mientras los empleados del rancho Fairchild daban la bienvenida a los invitados a la recepción, entre los que estaban los dos candidatos a la presidencia, Patrick estaba convencido de haber cometido un error al haberle contado a Bronwyn su charla con el abogado. Aunque él sentía que podía llegar a confiar en ella, Bronwyn parecía lejana y desconfiada.

Bronwyn debía de haber recibido la carta de Everett el día anterior, igual que él.

—Patrick, quiero hablar contigo —le dijo Louisa. Acabó de colocar una de las mesas y siguió a su tía hasta su despacho.

Cuando entró, Louisa se acercó a él con un sobre en la mano.

—¿Quieres decirme qué significa esto? —preguntó la anciana.

—Disculpa, Louisa, pero creo que esta carta no iba dirigida a ti —respondió Patrick.

¿También estaba espiando sus cartas y abriéndolas sin su autorización?

—La encontré en la mesa de tu despacho mientras buscaba el informe que te había pedido sobre la campaña de Andrew Preston.

—Deberías haber hecho como si no la hubieras visto.

—¿Eres el padre del hijo de Bronwyn Davies? —preguntó la anciana yendo directamente al grano.

—Wesley no lo sabe todavía, y le he prometido a su madre que no diría nada hasta que ella hable con él, así que, por favor, te pido discreción.

—¿Y pretendes tener la custodia compartida o como se llame? —preguntó Louisa de nuevo.

—Así es.

—¿Y lo dices tan tranquilo? ¿Pretendes alejar de su madre a un niño y vivir bajo mi techo? —le espetó Louisa bajando la voz.

—No pretendo...

—¿La custodia compartida? ¿Quieres el cincuenta por ciento del tiempo cuando ese niño ha pasado toda su vida con su madre? Ella es su madre.

—Es que...

—Piénsalo bien, Patrick. Eso no ocurrirá jamás mientras vivas aquí. Debes de haberme juzgado mal si piensas que yo puedo llegar a permitir una barbaridad semejante. ¿Un cincuenta por ciento? ¿Qué crees que es ese hijo? ¿Un paquete de acciones?

—Es mi hijo.

—En ese caso, creo que deberías empezar a comportarte de una forma más decente. Patrick, tú tienes dinero, esa mujer no tiene nada. Sé que crees que haces lo correcto al recurrir a un abogado, a uno de los caros, para hacer valer tus derechos como padre, y todo porque Bronwyn te rechazó por otro hombre.

—Eso no tiene nada que ver...

—No te saldrás con la tuya. Yo también puedo contratar abogados, y lo haré si me obligas. Si insistes en apartar a ese hijo de su madre, tendrás que vértelas conmigo, no con ella. Si quieres de verdad conocer a tu hijo, empieza por mostrarle a esa mujer un poco más de respeto.

—Como quieras, pero quiero que me des tu palabra de que no vas a decir nada sobre todo esto a nadie.

—Por cierto —dijo Louisa, negándose a responder—, dado que son de mi familia, no seguirán viviendo en una casita para empleados.

—Lo sé, Louisa, sé lo que intentas hacer, pero Wesley todavía no sabe nada, tienes que tomarte las cosas con un poco más de calma. Yo también quiero que vivan aquí, pero Bronwyn no quiere decirle nada todavía.

—De acuerdo —aceptó Louisa—. No diré nada de momento, excepto a ella.

Louisa miró por la ventana pensativa.

—Ahí está Jackson Bullock —señaló la anciana con la cabeza—. Cielo santo... Ojalá pudiera confiar en él.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

—La jefa quiere hablar contigo —le dijo Helena, asomándose por la puerta del gimnasio.

Bronwyn había perdido parte del miedo que había tenido desde principio a hablar con Louisa, pero todavía la ponía nerviosa. La anciana se estaba portando muy bien con ella, y Bronwyn se sentía obligada a no defraudar sus expectativas, a hacer honor a la responsabilidad que le había dado.

Empezaba a ser feliz en el rancho Fairchild. En cuanto llegara Wesley de la escuela, entraría corriendo la cocina, se tomaría la merienda y repasarían juntos los deberes. Los días que no tenía clase, pasaba las tardes montando a caballo.

Con Patrick.

Louisa la estaba esperando en el vestíbulo, al pie de las escaleras.

—Ven conmigo —le pidió la anciana.

Bronwyn la siguió a través de varias salas y pasillos, decorados con fotografías y retratos de caballos, hasta que llegaron a su despacho.

—Por favor, cierra la —puerta —le pidió Louisa, cuando estuvieron dentro.

Bronwyn obedeció como la empleada que era.

—Me he enterado, aunque no ha sido Patrick quien me lo ha dicho, que el padre de tu hijo es él —empezó Louisa.

A Bronwyn se le cayó el mundo encima. Se sentía impotente ante aquella mujer. Si Louisa se aliaba con Patrick para obtener la custodia de Wesley, ella, por mucho que lo intentara, no podría hacer nada contra ellos.

—También me he enterado de que pretende que Wesley pase la mitad del tiempo con él.

Bronwyn no dijo nada.

—Le he dicho que nunca permitiré nada parecido en mi casa —continuó Louisa—. Nadie tendrá mi apoyo para cometer semejante barbaridad. Le he hecho saber a mi sobrino que, si persiste en su actitud, si sigue adelante, tendrá que enfrentarse a mí.

—¿A usted? —preguntó Bronwyn que, aunque estaba conmovida, no estaba segura de haber entendido bien—. No quiero ser un motivo de

enfrentamiento entre ustedes dos.

—Y no lo vas a ser —le aclaró Louisa—. Aunque conozco a Patrick y a su hermana Megan desde hace poco tiempo, tengo total confianza en ellos. Pero Wesley y tú también sois de mi familia. A partir de ahora, este rancho será vuestra casa para siempre.

Bronwyn se enterneció con el gesto de la anciana y sus ojos se humedecieron de la emoción. Pero parpadeó varias veces para reprimirse. Haber vivido tanto tiempo en la calle, además de haber estado casada con un hombre como Ari, le había enseñado a desconfiar de las intenciones de los demás.

¿Estaba intentando Louisa tomarla bajo su control? ¿Esperaba algo a cambio?

—¿Por qué está haciendo esto? —le preguntó.

—Los niños deben estar con sus madres —respondió la anciana—. Patrick no sabía que soy muy sensible hacia este tema, aunque sospecho que ya lo ha descubierto.

—Muchas gracias por su amabilidad y su generosidad —dijo Bronwyn, que todavía no se sentía del todo segura.

—Quiero que Wesley y tú viváis en esta casa.

—No quiero que seamos tratados de una forma distinta a...

—Pero sois diferentes, querida. Sois de la familia.

—Pero Wesley no...

—Sí, lo sé. Patrick me dijo que el chico todavía no sabe la verdad.

—Señorita Fairchild... —empezó Bronwyn.

—Por favor, llámame Louisa.

—Louisa, yo... Estoy enormemente agradecida por tu gesto, pero estoy acostumbrada a trabajar, no me gusta aceptar favores a cambio de nada.

—¿Quién ha dicho que vayas a dejar de trabajar?

—Lo que quería decir era... —intentó excusarse Bronwyn, que se había sonrojado—. Ya has sido muy buena conmigo. Si pudiéramos dejar las cosas como están...

—¿No quieres vivir aquí? ¿No quieres hacerlo a pesar de que sería muy bueno para Wesley?

¿Sería bueno para su hijo vivir en aquella casa? Por un lado, era cierto

que, de ese modo, podría pasar más tiempo con su padre, con Patrick, pero...

—No me gustaría que mis compañeras, el resto de los empleados...

—No quieres destacar por encima de ellos, ¿verdad? —apuntó Louisa pensativa—. Supongo que si yo hubiera tenido la oportunidad de elegir ser una Fairchild o no... Sí, seguramente habría elegido poder integrarme mejor con los demás.

—Te agradezco mucho tu confianza en mí —dijo Bronwyn—, sobre todo sabiendo que soy la viuda de Aristóteles Theodoros.

—Bueno, querida —dijo la anciana, poniéndole la mano sobre el hombro—. Creo que será mejor que volvamos a la fiesta.

—¿No estarás esperando que...? —dijo Bronwyn, pero se detuvo al darse cuenta de que el comentario que había estado a punto de hacer podía ser interpretado como una impertinencia.

—Esperar, ¿qué?

—Bueno... Esperando que Patrick y yo... Es una historia que terminó hace mucho tiempo.

—¿Crees que estoy haciendo todo esto para que volváis a estar juntos? No, Bronwyn, eso sólo os concierne a vosotros dos. Además, después de cómo se ha comportado contigo desde que has llegado aquí, entendería que lo consideraras un idiota.

Patrick vio a Bronwyn salir del despacho de Louisa. Sonrió tímidamente y ella le devolvió el gesto sonrojándose.

Era la segunda vez que le pasaba. ¿Por qué?

¿No le había dicho Louisa que no tenía nada que temer de él?

Miles de sentimientos se agolpaban en su interior. Dado que Louisa había dejado claro su propósito de luchar contra él si decidía seguir adelante en su objetivo de conseguir la custodia compartida, tal vez podía relajarse un poco, pasar por alto temporalmente los consejos que le había dado su abogado y permitirse ser un poco más cercano con Bronwyn.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí —contestó ella.

Bronwyn parecía estar guardando las distancias. Patrick se dijo que no

era de extrañar. Haber confiado tanto en una persona como Ari, para descubrir después que todo había sido una farsa, debía de haberle afectado mucho.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo o comer algo? Por cierto, ¿dónde está Wesley? —preguntó él.

—La última vez que lo vi, estaba corriendo con Beckham de un lado para otro. Quiere entrenarlo.

—¿Cuándo se lo vas a decir, Bronwyn?

—No lo sé —contestó ella—. Creo que debería decírselo yo sola. Dado que no sé cómo va a reaccionar, creo que, si está a solas conmigo, se sentirá más seguro para expresar sus sentimientos.

—¿Y si lo haces este fin de semana?

Bronwyn intentó valorar la posibilidad.

—¿Te apetece venir conmigo mañana a las carreras? —le preguntó Patrick.

El rostro de Bronwyn reaccionó de nuevo con suspicacia.

—Sólo te estoy pidiendo una cita —añadió Patrick.

Una cita. Una cita con su antiguo novio. Una cita con el padre de su hijo, con el hombre que una vez le había pedido que se casara con él a pesar de no estar preparado.

Pero Patrick ya no era aquel joven de antaño. En los últimos días, lo había observado detenidamente hablando con los empleados, yendo de aquí para allá, incluso flirteando un poco con Helena, alabando su coraje y su fuerza de voluntad, algo que había conseguido que ella se sonrojara.

Sí, aquel nuevo Patrick era un hombre que le interesaba conocer, pero no quería poner en peligro su recién conquistada independencia.

—Bueno —dijo Bronwyn—, mañana no hay clases.

—Trato hecho, entonces —sonrió Patrick satisfecho—. Proposición Indecente va a competir. Es mi favorito.

—Y el favorito según todas las apuestas, por lo que he oído.

Cuando salieron a la pradera donde estaban los invitados, un grupo de periodistas se abalanzó sobre ellos con sus cámaras. En un acto reflejo, aprendido a base de años de enfrentarse a la prensa a la salida de su casa en Sidney, Bronwyn bajó la cabeza ligeramente. Era considerada por todos una

mujer atractiva y, al haber estado casada con Aristóteles Theodoros, era bastante probable que alguien la reconociera.

—No te preocupes —dijo Patrick, pasándole el brazo alrededor de los hombros.

—Señorita Theodoros —preguntó uno de los periodistas—. ¿Se ha adaptado bien al rancho Fairchild?

—Esto es una fiesta —respondió Patrick en su lugar—. La señorita Davies es una amiga de la familia y además trabaja aquí. Si alguien la molesta tendrá que largarse por donde ha venido.

Bronwyn vio a Jackson Bullock entre los presentes. Nunca le había gustado aquel hombre. Ari lo había apoyado durante años, y siempre le había extrañado que no hubiera sido implicado en la red de la que se beneficiaba su marido para amañar las carreras.

No tenía muchas ganas de cruzarse con él.

—Esto es horrible —dijo Patrick—. ¿Dónde está Wesley? —preguntó mirando a su alrededor.

Dieron una vuelta por la propiedad y aprovecharon para ir a la zona de los bungalows intentando encontrar el pequeño.

—Por cierto, ¿cuándo te vas a mudar a la casa grande? —le preguntó Patrick.

—Creo que no es una buena idea —respondió ella—. Wesley y yo estamos muy bien aquí por el momento.

—Quería proponerte algo —dijo él—. La semana que viene había planeado ir a Sidney. Estoy intentando sacar entradas para un partido de fútbol. Podríais quedaros en mi casa. Tengo habitaciones de sobra.

—Estaría muy bien, pero... —dijo Bronwyn, que tenía la impresión de que aquello estaba yendo demasiado deprisa—, prefiero estar aquí. Tengo que dar clase.

—¡Patrick! —exclamó Wesley metiéndose entre los dos con el perro entre las piernas—. ¡Mira lo que hace Beckham! —gritó entusiasmado levantando el brazo—. ¡Corre a por ella! —añadió tirando la pelota pequeña.

El perro corrió tras ella, la tomó entre los dientes y regresó muy obediente para sentarse junto a Wesley.

—¿Jugamos un poco al fútbol, Patrick? —le preguntó el chico.

—Estaba llevando a tu madre hasta la fiesta para que pueda comer un poco —dijo él.

—Está bien —dijo el pequeño alterado—. ¡Y mañana vamos a las carreras! Louisa me ha dicho que puedo ir con vosotros, si no os importa, claro.

—Por supuesto que no, cariño —dijo Bronwyn.

—Verás lo bien que nos lo vamos a pasar —sonrió Patrick.

—¡Bien! —exclamó Wesley—. ¡Ven, Beckham! ¡Vamos a la barbacoa!

—¡No dejes que salte encima de las mesas o se lleve comida! —le advirtió Bronwyn.

—¡Descuida! —gritó Wesley.

—Parece muy contento —comentó Patrick, mientras observaban al chico corriendo con Beckham.

—Y lo está —dijo ella—. Es la primera vez que le veo feliz desde que Ari fue arrestado.

—El otro día, mientras cabalgábamos, me dijo que quería indemnizar de alguna manera a las víctimas de Ari —dijo Patrick.

—Va a ser un golpe para él enterarse de que su padre eres tú —comentó Bronwyn.

—Es un chico muy fuerte, acabará aceptándolo.

—Lo sé, pero... No sé, de alguna manera, tengo la sensación de que es mejor esperar.

—¿Por qué? ¿Es porque no estás segura de poder confiar en mí? —preguntó Patrick.

Bronwyn lo miró detenidamente. En realidad, en quien no confiaba era en ella misma. Estaba disfrutando como nunca de su nueva vida, y no quería hacer nada que pusiera en peligro su independencia. Sin embargo, las proposiciones que le hacía Patrick eran tentadoras. Se sentía atraída por él, y era evidente que estar a su lado podía darle una seguridad que nunca podría conseguir sola.

¿O tal vez era ella quien estaba yendo demasiado deprisa?

Al fin y al cabo, lo único que le había propuesto era ir juntos a las carreras.

—Confío en ti, Patrick —confesó.

Al día siguiente, Bronwyn se puso muy elegante para ir a las carreras. Como era el día libre de Marie, Bronwyn le había pedido que fuera con ellos.

—Me siento como si fuera de carabina —dijo Marie, mientras las dos se arreglaban frente al espejo en el bungalow de Bronwyn.

—Me sentiré más segura si vienes conmigo. Además, la hermana de Patrick, Megan, estará allí. Es muy simpática.

—¿Por qué te casaste con Ari? —le preguntó Marie—. Quiero decir... Estabas saliendo con Patrick, y...

—Ari era muy romántico. Cuando lo conocí, fue como si hubiera encontrado lo que estaba buscando. Por aquel entonces, Patrick no era como es ahora. Estaba estudiando en la universidad, y sus planes de futuro eran muy vagos. No podía confiar en él. Estaba enamorada de él, pero no se tomaba el mundo en serio. Nunca había luchado en serio por nada en la vida.

—Como decías, está claro que ha cambiado mucho —contentó Marie.

—Sí, ha cambiado, pero entonces todo era distinto —repitió.

Bronwyn se preguntó si había cometido un error al casarse con Ari.

¿Qué habría pasado si hubiera elegido a Patrick? Habría llegado a convertirse en el hombre que era en aquellos momentos?

No estaba nada segura.

—¡Lo está consiguiendo! ¡Lo está consiguiendo! —exclamó Louisa mirando la pista de carreras con unos prismáticos—. ¡Vamos, chico, adelante! —animó a Proposición Indecente, que encaraba los últimos metros—. ¡Sí! ¡Ha ganado! ¡Lo ha conseguido!

El palco donde estaban sentados se llenó de aplausos y vítores.

Mientras se descorchaba una botella de champán, Louisa se acercó a Bronwyn.

—Patrick me ha dicho que va a ir a Sidney la semana que viene. Sería un buen momento para que fueras con él y acudieras a esas clases de perfeccionamiento que me comentaste. Además, Patrick me ha dicho que

puedes quedarte en su casa.

—¿Tienes algún interés especial en todo esto? —le preguntó Bronwyn.

—Ninguno —contestó la anciana, con franqueza.

Patrick se acercó a ella y le dio una copa de champán.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Vendréis conmigo a Sidney?

Bronwyn asintió, pero no se sentía muy contenta. No le gustaba que otras personas decidieran por ella, además de odiar la idea de depender otra vez económicamente de un hombre, aunque sólo fuera durante una semana.

Mientras Patrick conducía su Range Rover camino de Sidney, iban escuchando en la radio del coche El Hobbit. Wesley iba sentado detrás, con Beckham a su lado, cautivado por la narración. Había sido idea de Patrick.

Bronwyn estaba impresionada.

«Empieza a comportarse como un padre», pensó.

El apartamento de Patrick era muy grande, con una decoración minimalista muy sencilla. Justo lo que le gustaba a Bronwyn. Tenía unas vistas fantásticas de la bahía y del hipódromo.

Beckham se instaló enseguida en el sofá del salón.

—¡Bájate de ahí! —le ordenó Bronwyn furiosa—. ¿Ha estado Louisa aquí alguna vez? —le preguntó a Patrick.

Wesley tomó al perro en brazos.

—No —contestó Patrick—. Pero me gustaría mucho que pasara aquí alguna noche cuando venga a ver correr a sus caballos. Me está empezando a caer muy bien. Cuando más la conozco más la quiero. Lo mismo le pasa a Megan. La muerte de nuestros padres le afectó a mi hermana más que a mí. Desde entonces, ha estado buscando una familia. Por eso su relación con Dylan y con Heidi es tan buena.

Bronwyn guardó silencio pensativa.

—Ven aquí, pequeño —le dijo Patrick a Wesley—. Te enseñaré tu habitación.

El chico lo siguió hasta una habitación grande y luminosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Patrick al advertir cierta incomodidad en Wesley.

Bronwyn, que los había acompañado, sabía perfectamente lo que debía

de estar pensando su hijo. Aquel lugar se parecía demasiado a la casa que habían tenido antes de la muerte de Ari.

—Mamá, ¿puedo llamar a Collin? —preguntó Wesley.

—¿Quién es Collin? ¿Un viejo amigo del colegio? —preguntó Patrick.

—Hijo, estamos aquí de visita —dijo Bronwyn.

—Claro que puedes, Wesley —dijo Patrick—. Quiero te sientas como en casa. A partir de ahora, ésta será tu habitación siempre que vengas por aquí. De hecho, creo que deberías ir pensando en qué cosas te gustaría tener.

Bronwyn no podía más que reconocer que Patrick lo estaba haciendo muy bien. Estaba cumpliendo su promesa de no decirle nada a Wesley, pero estaba haciendo todo lo posible para que su hijo se sintiera bien.

—Ten —dijo Patrick dándole a Wesley su teléfono móvil—. ¿Por qué no llamas a Collin y quedas con él?

El chico tomó el móvil sin pensarlo dos veces y marcó el número de su amigo.

—Me gustaría hablar con su madre, Wesley —se adelantó Bronwyn, ya que sabía que a los padres de Collin no les iba a hacer ninguna gracia que su hijo quedara con Wesley, el hijo de Aristóteles Theodoros.

Al cabo de unos minutos, Bronwyn habló con la madre de Collin y, contra todo pronóstico, se mostró receptiva. Quedaron en que Bronwyn iría a buscar a Collin a la salida del colegio y que acompañaría a los dos chicos para que no se quedaran solos.

—Hablando del colegio, creo que tienes cosas que hacer, jovencito —le dijo Bronwyn a Wesley.

El profesor de Wesley había sido comprensivo y no había puesto impedimentos en que se ausentara una semana, aunque le había encargado algunas tareas.

Una de ellas era visitar el museo de la ciudad. La otra, ir al zoo.

Collin los acompañó al zoo.

Al principio, Wesley estuvo un poco nervioso. Tuvo miedo de que su amigo le hiciera preguntas incómodas sobre Ari. Pero enseguida se pusieron a jugar al fútbol juntos y se olvidaron de todo lo demás.

—¡Vamos a ver las serpientes! —exclamó Collin, después de un rato.

—¡No te lo vas a creer! —replicó Wesley—. El otro día entró una serpiente enorme en mi habitación —empezó abriendo mucho los ojos.

—¡Venga ya!

—Te lo prometo —dijo Wesley—. Beckham se puso a gritar y ladrar, se enfrentó a ella y se portó muy bien, mejor que una mangosta. Por cierto, ¿habrá mangostas aquí?

—¿Qué es una mangosta?

Wesley estaba empezando a relajarse. Le explico a Collin qué era una mangosta, mientras pasaban por las jaulas de los animales.

Cuando llegaron a la zona de las serpientes, Collin le habló en voz baja.

—Mi papá dice que el tuyo era una serpiente.

—¡Eso no es verdad! —protestó Wesley.

—¿El qué no es verdad? —protestó Collin—. ¿Acaso no era un monstruo? ¿Acaso no engañó a todo el mundo?

Wesley guardó silencio avergonzado.

—Ese tipo, en cambio, es muy simpático —añadió Collin refiriéndose a Patrick, que estaba junto a su madre a unos metros de distancia detrás de ellos.

—¡Mamá, mamá! —exclamó Wesley llamando a Bronwyn—. Dile a Collin que lo de la serpiente que me atacó es verdad. Patrick, ¿crees que habrá mangostas por aquí?

—Enseguida lo averiguaremos —contestó él, subiéndolo a hombros.

Al menos, su amigo Collin tenía razón en algo. Patrick era muy simpático.

No encontraron mangostas en el zoo, pero sí osos enormes, leones marinos y fieros leones. Cenaron allí mismo, en el restaurante del zoo, y llevaron a Collin a su casa.

Cuando regresaron al apartamento de Patrick, Wesley aprovechó para sacar a pasear a Beckham por la calle, bien sujeto con una correa, y después se puso a hacer una redacción sobre todo lo que había visto en el zoo.

Cuando llegó el momento de irse a la cama, Bronwyn le leyó un cuento que había comprado aquella misma tarde.

Cuando terminó, su hijo murmuró lo que tantas veces había pensado aquella tarde.

—Mamá, Collin me dijo que papá era una serpiente.

Bronwyn intentó recordar si ella había calificado de aquella manera a Ari en presencia de su hijo. No tenía conciencia de ello, aunque durante el viaje que habían hecho hasta Hunter Valley había perdido los nervios en tantas ocasiones, que no podía estar segura.

Parecía un buen momento para decirle a Wesley que Patrick era su verdadero padre, pero le daba rabia romper aquella magnífica racha de alegría que estaba viviendo su hijo.

—Lo siento, Wesley— dijo Bronwyn—. Debe de haberte hecho mucho daño.

—Pero papá también era una buena persona, ¿verdad? Siempre me decías que era muy bueno, ¿te acuerdas?

¿Qué podía decirle?

—Wesley, la gente es muy complicada. Nunca es fácil decir si alguien es bueno o es malo, A veces hacen cosas buenas, y otras no. Pero es difícil saberlo. Es difícil saber por qué una persona se comporta de una manera y no de otra.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero mucho, Wesley.

Cuando salió de la habitación de Wesley, vio que Patrick estaba sentado en el sofá del salón, con un juego de mesa extendido y un disco de Alison Kraus en su cadena de música.

—¿Te apetece una partida de Scrabble?

—Por supuesto —contestó Bronwyn entusiasmada por la idea, ya que no jugaba desde hacía mucho tiempo.

—Mañana tengo algunas cosas que hacer —comentó él—. Dado que tú tienes que ir a clases de yoga, había pensado que podía llevarme a Wesley conmigo. Estaré vigilándolo en todo momento. Después, puedo llevarlo a dar una vuelta, o incluso podemos ir al museo, tal y como le encargó el profesor.

—Sí, estaría bien —dijo Bronwyn, mirando sus fichas y poniendo sobre

el tablero una palabra muy larga.

—No has cambiado —sonrió Patrick simulando estar triste—. Siempre me ganabas con palabras larguísimas que desconocía —añadió anotando en una hoja de papel los puntos que había conseguido ella.

Bronwyn le sacó la lengua para burlarse de él.

—Por cierto —continuó Patrick mirando sus fichas—, tendrás que buscarte un apartamento mientras estés aquí. Yo tengo varios, pero ahora mismo están alquilados.

—¿Un apartamento? —preguntó Bronwyn desconcertada.

—¿Significa eso que no te importa vivir conmigo?

—No, lo que quiero decir es que ya tengo una casa. Vivo en un bungalow en el rancho Fairchild. Y Wesley también.

—Sí, yo también suelo estar allí a menudo —sonrió Patrick—, pero, a partir de ahora, tendré que venir más de vez en cuando, y tú deberías estar aquí también. Me gustaría ayudarte en todo lo que pueda, pero no estoy dispuesto a mantenerte del mismo modo que hacía Ari.

Bronwyn lo miró incapaz de contener la furia.

—Creía que ya habíamos dejado este asunto claro, Patrick. Por supuesto que no vas a mantenerme, porque Wesley y yo viviremos en el rancho Fairchild. Te recuerdo que tu tía piensa igual que yo —dijo Bronwyn.

—No se me olvida —replicó Patrick—. Pero yo también debo recordarte que todavía no le has dicho nada a Wesley, y quiero que tengas muy claro que no te mantendré aunque lo hagas.

—¿Por qué insistes tanto en ese tema? ¿Crees realmente que eso es lo que yo quiero?

—Las personas no cambian con el tiempo. Disimulan algunas cosas, pero no su verdadera personalidad. Y tú demostraste cuál era la tuya cuando dejaste al hombre con el que habías estado saliendo dos años, para irte con un tipo cuyo único atractivo era su dinero.

—Bien, si es lo que quieres, vamos a recordar esta historia que tanto te obsesiona —dijo Bronwyn—. Cuando me pediste que me casara contigo, yo te pregunté cuáles eran tus planes. Tú me respondiste en primer lugar que no tenías ni idea. En segundo lugar, que pretendías ser escritor, aunque no sabías qué escribir, ciencia-ficción, poesía, un ensayo... Después,

cuando te dije que no estaba dispuesta a estar manteniendo a un artista durante años, me dijiste que sólo iba a ser temporal, que cuando fueras famoso tú me mantendrías a mí. Te dije que eso era una fantasía, te dije que no quería que nadie me mantuviera, que quería tomar mis propias decisiones...

—Y eso es lo que hiciste, si mal no recuerdo, casándote con el primer multimillonario que encontraste. Dime una cosa, ¿sabías que estabas embarazada?

—No, no lo sabía y, por favor, baja la voz, Wesley está en la habitación de al lado —susurró Bronwyn—. Mira Patrick... Me enamoré de Ari. Y sí, he de reconocer que el hecho de que nunca llegara a conocer a mi padre seguramente tuvo algo que ver en ello, pero nunca, nunca fue por el dinero.

Patrick guardó silencio y empezó a rememorar el pasado. Se vio a sí mismo como un joven universitario, entusiasmado por aprender, enamorado de Bronwyn, enfrentado a sus padres por un trabajo que siempre había considerado despreciable y aburrido.

Tras su muerte, se dio cuenta de lo equivocado que había estado. Descubrió una profesión fascinante para la que, además, tenía una sorprendente facilidad. Para él era como un juego, una diversión que lo llenaba de alegría y buenos momentos.

Al recordar las cosas que le había dicho a Bronwyn, se avergonzó de sí mismo. Bronwyn nunca había tenido un padre que hubiera cuidado de ella. Siempre se había valido por sí misma. Y, en lugar de admirarla, en lugar de aplaudir su valentía y su coraje, había pasado los últimos diez años considerándola una vividora, una mujer que había buscado a un multimillonario para sentarse y no hacer nada.

Y lo había hecho porque había sido mejor que aceptar la verdad, que aceptar que se había enamorado de otro.

No era de extrañar que tuviera dudas sobre si debía contarle a Wesley la verdad o no.

¿Qué debía pensar Bronwyn de él? Seguramente que seguía siendo el mismo joven celoso e inmaduro de entonces.

¿Y por qué le afectaba a él tanto?

Patrick levantó la mirada de las fichas, miró a Bronwyn y lo supo.

Le afectaba tanto porque no había vuelto a conocer a nadie como ella, nadie que le dijera la verdad, nadie que no le tuviera miedo.

Le afectaba porque estaba enamorándose otra vez.

Enamorándose de Bronwyn Davies.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

A Bronwyn la semana se le pasó volando. Para Patrick, en cambio, fue una tortura. No dejaba de imaginársela en la habitación de al lado, durmiendo cada noche en su cama. Durante la fiesta ella le había dicho que confiaba en él, pero dudaba de que fuera suficiente para que aceptara volver a ser su amante.

Intentó disfrutar todo lo posible, fueron juntos a ver un partido de fútbol, a las carreras y a un parque de atracciones.

Cuando regresaron al rancho Fairchild, encontraron a Dylan, Megan y Heidi en la casa. Heidi acababa de montar a caballo y se puso a jugar con Beckham, enseñándole a Wesley cómo conseguir que lo obedeciera.

Patrick intentó que Bronwyn se tomara una copa con su hermana y con Dylan, pero la madre de Wesley prefirió ir al gimnasio para comprobar si se había producido algún cambio en su ausencia. Además, necesitaba poner un poco de distancia entre Patrick y ella. Había pasado una semana entera con él, había disfrutado cada momento gracias a su amabilidad y jovialidad. Después de la conversación que habían tenido la noche en que habían jugado al Scrabble, Patrick no había vuelto a sacar el tema de Wesley, lo cual le había hecho las cosas más fáciles a Bronwyn.

Sus amigas le dieron la bienvenida, alborozadas, y Marie se acercó a ella en cuanto vio la ocasión.

—¿Y bien? —preguntó, esperando algún tipo de revelación romántica sobre la semana que habían pasado juntos.

—Nada —contestó Bronwyn—. Nos lo pasamos bien los tres juntos, eso es todo.

Bronwyn no quería revelar sus nuevos sentimientos a nadie. No quería empezar una relación con nadie, y así se lo hizo saber a Marie, después de contarle la conversación que habían tenido frente al tablero de Scrabble.

—Bueno... —dijo Marie sonriendo—. Espero que al menos le ganaras.

—Pues, si he de serte sincera, no pude. Siempre se le ha dado muy bien ese juego.

—Hay algo que deberías ver —dijo Marie, dándole un par de periódicos de unos días atrás donde estaba relatada la fiesta de recepción que había dado Louisa en el rancho. En ellos se la calificaba como la viuda del

criminal Aristóteles Theodoros.

—Pobre Wesley —dijo Bronwyn—. Gracias por haberme avisado. La verdad es que, incluso en Sidney, los padres de los amigos de Wesley no se sintieron muy cómodos. Y aquí, creo que va a ser aún peor.

—¡Qué injusticia! —protestó Marie.

—¿Quién ha dicho que la vida tenga que ser justa?

Durante los días siguientes, las personas que al principio habían sido tan atentas y generosas con ellas empezaron a evitarla. Sus clases empezaron a quedarse vacías y sólo Helena y Marie se quedaban a hablar con ella después de entrenar.

—Esto terminará pasando —dijo Marie una tarde después de dar clase—. En realidad, no tienen nada contra ti, sino contra las cosas que hizo Ari.

—A mí me pasaría lo mismo —admitió Bronwyn.

En ese momento, Patrick entró en la sala y las dos amigas de Bronwyn los dejaron solos.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—¿No lo ves? —replicó Bronwyn invitándolo a mirar a su alrededor—. Los empleados de Louisa no parecen muy por la labor de seguir viniendo por aquí a que les dé clase la viuda de Aristóteles Theodoros.

Patrick se quedó callado, y Bronwyn se preguntó qué estaba pensando.

—Es normal —intentó Bronwyn quitarle importancia—. Al fin y al cabo, lo acusaron de envenenar caballos. Cualquier persona que sea mínimamente honesta sentiría desprecio hacia una cosa así.

—Eso no implica que tengan que despreciarte a ti también —protestó Patrick indignado, una reacción que hizo sonreír a Bronwyn.

Pero, entonces, pensó en su hijo, y se dio cuenta de que lo debía de estar pasando mucho peor que ella.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

—¿El qué?

—¿He visto mal o has sonreído?

—Sí, he sonreído, pero... No sé cómo va a afectar todo esto a Wesley. Sobre todo en el colegio.

—No te preocupes por eso —afirmó Patrick—. Es un chico fuerte y muy deportista. Ya ha hecho algunos amigos.

Bronwyn asintió.

—¿Quieres que hable con Louisa para que tenga una conversación con los empleados? —preguntó él.

—No —contestó ella horrorizada—. Eso nunca. Tendrán que darse cuenta por sí mismos de que yo no soy como Ari. Dales un poco de tiempo.

—Y así volverán a confiar en ti, ¿verdad?

—Eso es.

—Bronwyn... —dijo Patrick—. Creo que no es necesario seguir esperando para decirle a Wesley la verdad. Puede que, en estos momentos, saber que soy su padre lo ayude.

—Tengo que reconocerte que si he estado demorando el momento, ha sido por desconfianza —admitió Bronwyn—. Tenía mucho miedo de que te volvieras contra mí, que intentaras alejarme de él.

—Jamás haría algo así, Bronwyn —replicó Patrick indignado—. Aunque no es una justificación, comprende que, si he llegado a ser tan grosero contigo en algunas ocasiones, ha sido porque todavía me siento dolido por la forma en que me rechazaste para casarte con Ari. En cierto modo, era más fácil para mí pensar que lo hiciste porque era un hombre muy rico que enfrentarme a la realidad, es decir, que te casaste con él enamorada. Tenías razón. No estaba preparado para el matrimonio. Fuiste más inteligente que yo al rechazarme.

Aquella confesión le llegó al corazón. Patrick iba a dejar de atacarla por lo que había sucedido en el pasado. Ya no creía que se hubiera casado con Ari por dinero.

Pero lo más importante era que Patrick acababa de demostrarle lo mucho que había cambiado, la madurez que había adquirido con el tiempo.

Había llegado el momento de decirle a Wesley la verdad. Era probable que se enfadara con ella, pero se merecía saber que Patrick era su padre. Y Patrick se merecía estar con su hijo.

—¿Y bien? —preguntó él impaciente—. ¿Cuándo vamos a decirle que soy su padre?

Entonces, sucedió.

Bronwyn miró por encima del hombro de Patrick y vio a alguien en la puerta del gimnasio.

Era su hijo.

—Wesley... —dijo Bronwyn nerviosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?
—¿Qué has querido decir? —preguntó el chico. —¿A qué te refieres?
Patrick se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—Wesley, soy tu padre biológico. Tu madre y yo nos conocimos antes de que se casara con Ari. Se casó con él, pero estaba embarazada de mí. Eres mi hijo.

Bronwyn intentó leer en el rostro de su hijo intentando adivinar sus pensamientos.

—Oh... —murmuró Wesley.

—Y, si me dejas, si te parece bien, me gustaría estar a tu lado para siempre —continuó Patrick.

—Claro... —dijo Wesley pensativo—. ¿Y no ibas a decírmelo? —le preguntó a su madre.

—Claro que iba a hacerlo, cariño, es sólo que no sabía cómo ni cuándo. Quise que viniéramos a este rancho porque sabía que Patrick vivía aquí, porque quería que os conocierais.

—Mentiste a mi... Mentiste —dijo Wesley, sintiendo por primera vez cierto reparo en calificar a Ari como su padre.

—Wesley... Ari también era tu padre —dijo Patrick—. A mí no me molesta. Tú lo querías, era muy importante para ti, y lo entiendo.

—Pero nos abandonó a mí y a mi mamá.

—Porque lo asesinaron —le recordó Bronwyn.

—No, quiero decir... —replicó el pequeño—. Lo arrestaron, lo metieron en la cárcel, y nosotros nos quedamos sin nada, nos dejó sin nada.

—Wesley... En la vida hay que trabajar para vivir —dijo su madre—. No debemos esperar que nadie nos mantenga. Lo importante es conservar los recuerdos agradables, como cuando te enseñó a montar en bici, cuando salíamos a navegar, cuando jugaba al fútbol contigo... Se preocupaba de ti, y creía que eras su hijo.

—Pero era mentira. Tú le mentiste. Eres tan mala como él.

Wesley empezó llorar y, para evitar que lo vieran, echó a correr escaleras arriba.

—¡Wesley! —exclamó Bronwyn, haciendo el ademán de ir tras él.

Pero Patrick la tomó del brazo y la detuvo.

—Necesita estar solo —dijo él—. Está enfadado, asustado, confuso... Déjale espacio.

Bronwyn quería ir tras él, hablar con su hijo y decirle que lo que había hecho...

Lo que había hecho, ¿qué? ¿Lo había hecho porque no había tenido otra opción? ¿Porque había sido necesario? ¿Porque había sido lo más fácil para ella?

Bronwyn se derrumbó y se sentó en el suelo.

—Wesley tiene razón —murmuró—. Soy tan mala persona como lo fue Ari.

—Creo que voy a ir a comprobar que no hace ninguna locura —dijo Patrick poniéndose en cuclillas para poder mirarla a los ojos.

—Wesley es un chico sano. No hará nada raro.

—Lo sé, pero... Está muy enfadado.

Wesley tomó una piedra del suelo y la tiró contra la fachada del bungalow con todas sus fuerzas.

—¡Jovencito!

El pequeño se dio la vuelta. Era Louisa Fairchild.

—¿Qué quiere? —preguntó Wesley.

—A mí no me llames de usted —dijo la anciana.

—¿Qué quieres, Louisa?

—No vuelvas a tirar piedras contra la casa. Si no estás de buen humor, lo mejor que puedes hacer es ir a las caballerizas y pedirle a alguno de los preparadores que te deje hacer algo. Es una buena forma de desahogarse. Pero no vuelvas a hacer cosas tan destructivas como ésta.

—Está bien —dijo Wesley encaminándose a la caballeriza.

Pero le daba igual adónde ir. ¿Quién era?

Hasta hacía unos meses todo el mundo le había llamado Wesley Theodoros. Desde que habían llegado al rancho Fairchild, todos le llamaban Wesley Davies.

Pero, de repente, había descubierto que un hombre a quien no conocía

de nada era su padre.

—¿Por qué estás tan enfadado? —le preguntó Louisa.

—Pregúntaselo a él —contestó Wesley señalando a Patrick, que estaba saliendo de la casa y se dirigía hacia ellos.

—Gracias —dijo Patrick, encaminándose hacia las caballerizas.

—No me extraña que esté enfadado —dijo Louisa una vez que su sobrino le contó lo que había pasado—. Pero no te preocupes, le he dicho que vaya a las caballerizas.

—Creo que iré con él —dijo Patrick.

—¿Está enfadado con su madre?

—Más bien, creo que está enfadado con el mundo.

—Lo entiendo —susurró Louisa pensativa—. Intenta animarlo. Dile que ser hijo tuyo le hará tener una nueva posición.

—No creo que sea lo más adecuado en estos momentos —dijo Patrick.

—Veo que no quieres malcriarlo —observó Louisa satisfecha.

—Ahora no se trata de eso, Louisa —replicó él—. Cuando un chico como él pasa por tantas cosas, acaba por agarrarse a las cosas importantes.

—Creo que vas a hacerlo muy bien, Patrick.

—¿El qué?

—Eres el padre de ese chico, y lo vas a hacer muy bien.

Patrick se sintió inmensamente honrado por el comentario de su tía y pensó en lo maravilloso que podría ser todo si Bronwyn llegaba alguna vez a tener la misma opinión que Louisa.

Patrick tomó un rastrillo y fue hacia el establo donde estaba Wesley trabajando.

—Si quieres que me vaya, sólo tienes que decirlo —le dijo Patrick muy tranquilo—. Sólo pensé que te gustaría tener compañía.

Wesley no respondió. Parecía desconectado del mundo. Incluso ignoraba a Beckham, que había estado buscándolo por todo el rancho hasta que lo había encontrado.

—Apártate, Beckham —protestó el chico, cuando el perro se acercó a él.

—Wesley, sé que estás enfadado —empezó Patrick—, pero espero que

puedas perdonar a tu madre.

—Pues no puedo, así que no insistas. Me ha destrozado la vida.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Patrick, intentando contener la risa ante una frase tan rimbombante.

—He estado toda mi vida creyendo que era hijo de Aristóteles Theodoros, y resulta que ahora descubro que era mentira. Que soy tu hijo, aunque tú tampoco lo sabías.

—No, no lo sabía, pero creo que deberías enfocar las cosas de otra manera. Cuando yo lo supe, también me enfadé un poco, pero, ahora, estoy muy contento y muy orgulloso de ser tu padre, y espero que no creas que eso va a arruinarte la vida.

—Soy un hijo ilegítimo. Un bastardo. ¿No es ésa la expresión que se utiliza?

—No, no lo eres. Tu madre no estaba casada cuando se quedó embarazada, y Ari figura como tu padre en la partida de nacimiento. De modo que ninguna de las dos afirmaciones que has hecho es cierta. Pero, aunque lo fueran, eso no conseguiría que me sintiera menos orgulloso de ti o que te quisiera menos.

—Mi madre es igual que él.

—No, Wesley, no lo es. Tu madre sólo hizo lo mejor para ti. Imagina lo confusa que debió de sentirse cuando descubrió que estaba embarazada pero no era de Ari.

—Prefiero no preguntarme cuándo lo supo.

—De lo que puedes estar seguro es de que, desde el primer momento, siempre quiso hacer lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? Es una mentirosa, eso es lo que es.

Patrick prefirió no seguir insistiendo sobre ese asunto ya que, en cierto modo, también él pensaba de una forma muy parecida al chico.

—Espero que puedas perdonarla —dijo en cambio.

—¿Y se supone que también debo perdonar a mi... a Ari?

—Wesley... Uno debe perdonar a los demás por sí mismo, para sentirse mejor.

El chico lo miró con interés.

—Y no es fácil —continuó, pensando en lo difícil que le estaba

resultando a él perdonar a Bronwyn por haber elegido a Ari antes que a él —, pero hay que hacerlo, porque de lo contrario ese dolor va creciendo en nuestro interior y nos hace tomar decisiones que son malas para nosotros. Al principio, te crees superior a la otra persona, piensas que tú no has cometido ningún error, y el otro sí. Pero enseguida te das cuenta de que por ese camino no vas a ninguna parte. Porque, Wesley, todos, absolutamente todos, cometemos errores.

—Yo nunca habría mentido como lo hizo ella —protestó el chico.

—Espero que tengas razón —dijo él—. Es una actitud muy noble. A mi tampoco me gusta mentir, y sé que a tu mamá tampoco. Pero tienes que entender que tu mamá estaba en una situación muy difícil. Quizá decir la verdad habría sido más fácil para ella, pero tuvo que pensar en muchas más cosas.

—Eso no es una excusa.

Patrick guardó silencio unos minutos y se puso a limpiar el establo con Wesley.

Cuando terminaron, el chico dejó su rastrillo apoyado en la pared.

—Voy a ir a darle de comer a Beckham.

—Buena idea —dijo Patrick.

—¿Cómo debería llamarte? —le preguntó el chico.

—Como tú prefieras. Dado que a Ari le llamabas papá, seguramente no te sentirás muy cómodo llamándome a mí lo mismo.

—Puede que tengas razón —admitió Wesley.

—Sólo quiero que hagas lo que te salga de dentro.

—Está bien —asintió Wesley—. Vamos, Beckham —añadió haciéndole una señal al perro.

Aquella noche, Patrick encontró a Bronwyn sentada en el porche de su bungalow.

—¿Está Wesley dormido? —le preguntó sentándose en las escaleras.

—Sí, acabo de acostarlo.

—¿Todo va bien?

Bronwyn negó con la cabeza.

—¿No crees que seria un buen momento para que os mudarais a la

casa?

—¿Por qué?

—Louisa acababa de contratar a una nueva cuidadora a la que le vendría muy bien este bungalow. Wesley y tú tendríais dos habitaciones enormes para vosotros solos.

—Es muy tentador, desde luego —murmuró Bronwyn.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Bueno, pero no nos alejemos mucho. Si Wesley se despierta, quiero estar cerca. No quiero dejarlo solo.

—No te preocupes.

Caminaron hasta las caballerizas, confundiéndose con la oscuridad de la noche y el fuerte olor de los animales.

En cierto momento, Bronwyn sintió el brazo de Patrick en su hombro.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo besarte? —le pidió él.

Bronwyn también quería besarlo, no podía negarlo.

—¿Crees que es una buena idea?

—¿Buena idea? Creo que es una magnífica idea.

—Ah, bueno... —sonrió ella—. En ese caso...

Patrick la besó, y ella enseguida empezó a saborear su boca, a recorrer su rostro con los labios. Era algo más que un beso, algo más que una intensa excitación. Se estaban besando entregándose por entero, cada fibra de sus cuerpos estaba encendida.

Bronwyn se separó lentamente y lo miró.

—¿Te ha gustado? —le preguntó él.

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí.

Bronwyn asintió.

Entraron en la caballeriza y Patrick la llevó al establo donde había estado con Wesley.

—Louisa le pidió esta mañana que lo limpiara.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Pensó que sería una manera mucho más sana de canalizar su ira.

—Hizo muy bien —apuntó ella—. Me gusta tu tía, Patrick.

—Inspira mucho amor, ¿verdad? Cuando vine aquí por primera vez, tenía muchos prejuicios hacia ella, pero, al mismo tiempo, empecé a tener un curioso sentimiento de protección.

En ese momento, oyeron un ruido cerca de la puerta.

Patrick tomó a Bronwyn de la mano y se escondieron detrás de una pared para no ser vistos. Bronwyn lo miró confusa, pero él hizo un gesto para que no dijera nada.

Patrick se asomó para ver quién andaba por allí. Finalmente, cuando los pasos se alejaron, Patrick se relajó.

—¿Qué pasa? —preguntó Bronwyn.

—Era Marie Lafayette. ¿Qué estaría haciendo aquí?

—Hacer una visita a los caballos, supongo.

—¿La has visto hacer algo extraño?

—No, nada. Confío en ella.

—Sí, lo sé, pero creo que esa mujer oculta algo.

—¿Como qué?

—No lo sé. Cuando llegó aquí, hubo algunos problemas con sus papeles. Supongo que no te habrá contado nada personal, ¿verdad?

—No, pero yo tampoco se lo he preguntado. Es una mujer decente.

—Es demasiado reservada.

—¿Desde cuándo es eso un crimen?

—Bronwyn, deberías ser un poco más escéptica de vez en cuando.

—Es una buena persona. La conozco, y me cae bien.

—Que te caiga bien no es suficiente.

—Siempre he confiado en mi instinto.

En lugar de seguir discutiendo, Patrick la miró con ternura.

—Espero que tengas razón. Ahora, creo que deberíamos volver y ver que Wesley está bien.

Al día siguiente, Bronwyn y Wesley se trasladaron a la casa grande. La ayudante del ama de llaves les asignó las habitaciones que habían utilizado la primera noche de su llegada al rancho Fairchild, y les comunicó que Louisa contaba con ellos para comer.

Bronwyn le dijo que sería un honor para ella.

—Tengo entendido que es usted el nieto de la señorita Louisa, señorito Wesley —dijo Agnes.

—Así es —dijo el pequeño un poco cohibido.

Mientras deshacían las maletas y guardaban la ropa, Wesley entró en la habitación de Bronwyn.

—¿Mamá? —empezó el chico—. ¿Podría cambiarme el nombre? Me gustaría llamarme Wesley Stafford a partir de ahora.

Bronwyn lo miró pensativa. Tenía mucho miedo a concederle a su hijo algo así, ya que podía significar el primer paso para perderlo.

No, eso no pasaría nunca. Louisa le había dado su palabra. Además, en cualquier caso, había perdido el miedo a que Patrick llegara a comportarse de una forma incorrecta. Empezaba a verlo como a un amigo, como a alguien con quien podría compartir la educación de Wesley.

—Patrick y yo no estamos casados —observó ella.

—¿Y eso qué más da? Soy su hijo.

—Sí, pero... Sé que Patrick está muy orgulloso de ti, pero has vivido siempre conmigo, lo lógico sería que llevaras mi apellido. ¿Te lo ha sugerido Patrick?

Wesley bajó la mirada incómodo.

—¿Lo ha hecho? —insistió su madre.

—Salió el tema por casualidad —contestó Wesley.

¿Estaba protegiendo su hijo a Patrick?

—¿Cuándo fue?

—Mamá... Todo el mundo sabe que estuviste casada con Ari. Aquí, en el colegio... Por eso se preguntan cómo es que ahora llevo tu apellido.

Bronwyn empezó a entender a qué se refería su hijo.

—¿Quieres decir que piensas que eres ilegítimo? No es verdad, Wesley, no lo eres.

—Pero la gente siempre me lo pregunta, me pregunta por qué llevo tu apellido. Lo ven como algo raro. Y yo me sentiría como un tonto diciéndoles que soy el hijo de Patrick Stafford, porque ni siquiera llevo su apellido.

—Todavía no se lo has dicho a nadie, ¿verdad?

Wesley volvió a bajar la mirada.

—Escucha, déjame hablar esto con Patrick, ¿vale?

—¿Por qué no puedo elegir yo?

—No te estoy diciendo que no puedas elegir, sólo digo que no debemos precipitarnos.

—Yo sé lo que quiero.

—No lo dudo, pero es algo que tengo que discutir con tu padre.

—¿Es que te dan igual los problemas que todo esto me causa? A ti nunca te importan mis problemas —protestó Wesley saliendo de la habitación y cerrando de un portazo.

Bronwyn se sintió culpable, como si estuviera destrozando la vida de su hijo.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Aquella misma tarde, Bronwyn volvió a encontrarse con Patrick en la clase de yoga. Le corrigió un par de posturas, pero cada vez que la tocaba no podía sino recordar el beso que se habían dado en el establo la noche anterior, y eso la llevaba a preguntarse cómo sería volver a hacer el amor con él.

Al mismo tiempo, tenía que tratar con él el asunto del apellido de Wesley. De alguna manera, sentía como si una red invisible se estuviera tejiendo a su alrededor para entregarla a los brazos de Patrick, animándola para que iniciara una relación con él. Sabía que no era nada complicado dar el primer paso, que todas las cosas que los rodeaban favorecían el que los dos volvieran a estar juntos, pero no era lo que ella deseaba. Necesitaba tiempo para disfrutar de su reciente independencia, tiempo para descubrir quién era estando separada, sola, libre. De hecho, aunque sabía que la custodia de Wesley iba a obligarla a contratar a un abogado, era reticente a hablar con Louisa. No sólo porque se sentía incómoda al tener que pedirle que hiciera honor a la promesa que le había hecho, sino porque recurrir a ella significaría depender de la gran señora y de su dinero.

Cuando terminó la clase, Patrick esperó a que todos se fueran para quedarse a solas con ellas, tal y como Bronwyn había supuesto que iba a hacer.

—Wesley me ha dicho que quiere cambiarse el apellido por el de Stafford —le dijo yendo directamente al grano—. ¿Le has sugerido tú esa idea?

—Sí —contestó él con franqueza—. Creo que sería muy bueno para él.

—¿No crees que habría sido mucho mejor si me lo hubieras comentado a mí primero?

—Sí, lo reconozco, me di cuenta en cuanto se lo dije. Debería habértelo dicho a ti antes. Lo siento mucho.

—No me va a dejar en paz hasta que se salga con la suya —dijo Bronwyn, renunciando a enfadarse con él al ver que admitía su error—. Ya sabes cómo le está afectando todo esto. Cuando va al colegio, todo el mundo le llama por mi apellido de soltera, y él no sabe qué decir.

—No puedes echarme a mí la culpa de eso.

—No, claro que no, pero el hecho es que tú y yo no estamos casados. Si Wesley empieza a utilizar tu apellido, la gente me verá como una madre soltera y asumirá que Wesley se siente más cerca de ti que de mí.

—¿Acaso importa lo que piensen los demás?

—A mí sí me importa, y a Wesley también.

—En ese caso, creo que tengo la solución perfecta. Todo el mundo estará de acuerdo en que es lo mejor para Wesley.

—¿De qué se trata?

—Casémonos.

—Eso sería un error monumental —replicó ella enseguida.

—¿Por qué? —sonrió Patrick.

—Porque no quiero casarme con nadie. No quiero depender de ti ni de nadie.

—Todo el mundo depende de alguien, Bronwyn. Así es como aprendemos a valorar y a querer a los demás.

—Puede ser, pero, ahora mismo, necesito abrirme camino por mí misma.

—¿Y por qué casarte conmigo habría de impedírtelo? ¿Crees que lo que yo quiero es que te quedes todo el día en casa, en la cocina y embarazada?

Bronwyn se echó a reír sólo de pensarlo. Pero, entonces, recordó el daño que le había hecho a Patrick cuando lo había rechazado en la universidad, y comprendió el acopio de valor que debía de haber hecho para proponerle matrimonio por segunda vez, aunque en esa ocasión lo estuviera haciendo más por Wesley que por ella.

¿O tal vez también lo hacía porque se preocupaba por ella?

—Esto no es por ti, Patrick —dijo Bronwyn poniendo la mano en el brazo de él—. Si quisiera casarme con alguien, sería contigo...

—¿De verdad? —preguntó Patrick, emocionado como un niño.

—Sí, claro que sí, pero... Necesito estar sola en estos momentos. Necesito espacio para mí misma.

—Lo entiendo, pero sigo pensando que sería lo mejor para Wesley.

Bronwyn reflexionó por unos instantes. El haber crecido en la indigencia, siempre acompañada de su madre, le había hecho sentir una constante ansiedad por encontrar una figura masculina a la que aferrarse.

—No quiero que nos precipitemos, por favor —dijo Bronwyn.

—Entonces... ¿no quieres que Wesley utilice mi apellido?

—Ahora mismo, no. Quizá, más adelante... Patrick, date cuenta que apenas te conoce.

—¿No crees que cuanto antes lo hagamos mejor será para él?

—¿Por qué insistes tanto? ¿Tienes algún otro motivo? El que Wesley cambie de apellido no va a solucionar todo por arte de magia.

Alguien carraspeó desde la puerta para anunciarse. Al volverse, vieron a Louisa.

Aunque la anciana debía de haber oído las últimas palabras de Bronwyn, prefirió no comentar nada al respecto.

—Tienes una llamada —dijo la propietaria del rancho—. Parece importante. Es alguien que dice que lleva un tiempo intentando dar contigo. Creo que ese artículo en el periódico lo ha puesto sobre la pista.

Bronwyn tomó la nota que le dio Louisa. Sólo había un nombre.

Craig Scott, abogado.

—Gracias, Louisa —dijo Bronwyn.

—Es el número de su casa. Parecía muy interesado en hablar contigo.

—¿No te dijo qué quería?

—No tuvo la oportunidad —replicó Louisa—. Bronwyn, tú y yo tenemos que hablar. Me gustaría darte algunos nombres de abogados especializados en divorcios y custodias de paternidad —añadió lanzándole una mirada gélida a su sobrino.

—Creo que te estás equivocando —dijo Patrick.

—Ah, ¿sí? —dijo Louisa retándolo.

—No estoy intentando quitarle a Wesley —dijo Patrick—. Lo único que sucede es que el chico no se siente a gusto con tanto jaleo de apellidos, con el estigma de ser el hijo de Aristóteles Theodoros, con el problema de llevar el apellido de soltera de su madre... Lo único que he hecho ha sido sugerir una posible solución que satisfaga a todos. Además, a él le gusta la idea de tomar mi apellido.

—Largo de aquí —le ordenó Louisa.

—¿Qué?

—Fuera de mi casa —repitió Louisa—. Te lo dije. Te advertí de que no lo toleraría.

—Le he pedido a Bronwyn que se case conmigo —se apresuró a decir Patrick—. No me merezco estas acusaciones gratuitas. He estado hablando con el chico para intentar convencerlo de que perdone a su madre, para hacerle ver que no es una mala persona, sino todo lo contrario, una mujer excelente. Y ya le he pedido disculpas a Bronwyn por no haberle consultado a ella antes la idea del cambio de apellido.

—Gracias a ti, Wesley convertirá la vida de su madre en un infierno hasta que consiga la idea que tú le has metido en la cabeza —protestó Louisa furiosa.

Aquella reacción no era justa. Había cometido un error, pero lo había admitido enseguida.

—Está bien, lo arreglaré —se rindió Patrick.

—¿Cómo? —preguntó Bronwyn, que no era capaz de pensar en ninguna solución que pudiera resolver el lío que había provocado.

—Le diré que tú y yo todavía no estamos preparados para comprometernos —propuso él—. Le diré que es mejor que, de momento, siga utilizando tu apellido. Le sugeriré, incluso, que puede usar el apellido de Ari si lo prefiere.

—Sí, seguro que eso lo hará muy popular en el colegio —ironizó Louisa.

—Pero es un comienzo —valoró Bronwyn—. Gracias, Patrick. Creo que si le dices que tú y yo pensamos igual en este asunto, él se sentirá más seguro.

—Gracias —dijo él—. ¿Debo hacer las maletas? —añadió mirando a su tía.

Louisa hizo un gesto enigmático con la cabeza y se dirigió a las escaleras.

Patrick y Bronwyn fueron hacia ella, pero Louisa hizo que se apartaran.

—Es hora de que me vaya a la cama.

—Yo te acompañaré —se ofreció Bronwyn.

La anciana no opuso resistencia, y Patrick se quedó solo en el gimnasio.

En aquellos momentos, Bronwyn sentía adoración por aquella mujer. No sólo la había apoyado y le había demostrado con palabras que estaba dispuesta a poner en práctica la promesa que le había hecho, sino que le había otorgado su confianza y su apoyo incondicional.

—Louisa, gracias por haberme dado un lugar en esta casa —dijo Bronwyn—. Gracias por ser mi amiga, muchas gracias.

—No sé si estoy siendo un buen apoyo para ti.

—¿A qué te refieres?

Llegaron a lo alto de las escaleras y la anciana, apoyándose en su bastón, se volvió hacia ella.

—Cuando te miro, me veo a mí misma. Una mujer tierna y sensible sería una influencia más beneficiosa para ti. Suelo ser muy dura con Patrick. No quiero que ningún hombre te haga daño, pero... Las experiencias que he tenido en mi vida me han llevado a veces a tener demasiados prejuicios hacia los hombres.

—Todo el mundo se enamora alguna vez —dijo Bronwyn—. Es una experiencia universal —añadió intentando tantear el terreno para intentar adivinar algo sobre el pasado de aquella asombrosa mujer, para averiguar por qué había echado a su hermana de la casa en su juventud.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Louisa—. Lo que sucede es que hay algunas personas a las que se les da mejor que a mí perdonar una traición. Si hay algo en este mundo que no pueda soportar es que una madre se vea obligada a separarse de su hijo.

—Louisa, no creo que Patrick esté intentando nada parecido —dijo Bronwyn con sinceridad—. Creo que, simplemente, cometió un error, actuó sin pensar. Creo de todo corazón que lo único que busca es la felicidad de Wesley Y está muy orgulloso de él. ¿No crees que es lógico que quiera que Wesley lleve su apellido?

—Lo cierto es que lo que dices tiene sentido... —musitó la anciana—. Puede que esté viendo problemas donde no los hay. No debería animarte a que seas tan escéptica. ¿Comprendes ahora por qué te he dicho antes que no estoy siendo una buena influencia para ti? Puede que sea mejor que confíes en Patrick, que confíes en que él hará lo mejor para Wesley. Yo, de alguna manera, cuando lo pienso fríamente, también lo creo. Al fin y al cabo, todos

cometemos errores alguna vez.

—Louisa, yo creo en las buenas intenciones de Patrick, me preocupo por él, pero... Puede que tú mejor que nadie puedas comprender la necesidad que tengo en estos momentos de ser independiente. Quizá sea algo que necesite el resto de mi vida. Aunque suene raro, amaba a Ari, pero, de alguna manera, me sentía enclaustrada. Ahora soy libre, y no quiero dejar de serlo, no quiero volver a caer en lo mismo.

—No soy quién para darte ningún consejo —dijo Louisa—. No puedo recomendarte que te cases para obtener seguridad ni que lo hagas porque estés enamorada. Lo que me sale de dentro es decirte que te aferres esa sensación de libertad y no la sueltes hasta que el último aliento de vida escape de tu cuerpo. El corazón es un órgano en el que no se puede confiar. Yo siempre intento ignorarlo. Pero es posible que mi forma de ver las cosas no sea la más acertada. Puede que sólo sea cobardía.

Bronwyn acompañó despacio a la anciana a través del vestíbulo hasta su habitación.

—Tú eres cualquier cosa menos cobarde, Louisa.

—¿Eso crees? ¿Cómo calificarías a una persona que no es capaz de confiar en nadie? —preguntó Louisa—. En fin, no me hagas caso... Pero llama a ese abogado. Te veré por la mañana.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien —contestó Louisa—. Creo que voy a comer algo antes de acostarme.

—Eso es muy buena idea —apuntó Bronwyn—. Avisaré a Agnes —añadió dándole un abrazo a la anciana.

—Quería hablar con usted acerca del testamento de su difunto marido, el señor Aristóteles Theodoros.

—Creía que ese asunto ya había quedado claro.

—Bueno, en realidad, hemos descubierto que el señor Theodoros tenía contratado un seguro de vida del que usted es beneficiaria.

Bronwyn apretó con fuerza el auricular al escuchar las palabras del abogado.

—¿De cuánto estamos hablando, señor Scott?

—Cinco millones de dólares.

Bronwyn se quedó estupefacta.

Ari se había ocupado de ella y de Wesley, para que no tuvieran problemas económicos.

«Gracias, Ari, gracias», se dijo emocionada.

Ya no le haría falta aceptar la ayuda de Louisa ni la caridad de nadie.

Ya no tendría que tener miedo al poder de Patrick ni a sus amenazas.

¿O tal vez Louisa tenía razón acerca del verdadero significado de la palabra valentía?

¿Debía tener el coraje de volver a confiar en alguien? ¿De qué valían la libertad y la independencia si se ganaban a costa de alejarse de todo el mundo?

Bronwyn pensó que Louisa era la primera que merecía conocer el cambio en su situación financiera. Aquello no significaba, por supuesto, que tuviera la intención de irse del rancho Fairchild. Estaba demasiado comprometida con el proyecto del gimnasio. Estaba disfrutando cada vez más, su ayuda se notaba entre los jockeys, algunos de los cuales se habían recuperado de sus lesiones, y su avidez por aprender iba en aumento.

No, necesitaba aquel trabajo, el trabajo que le había dado una nueva vida y una nueva forma de pensar. Lo único que esperaba era que Louisa no tuviera reparos en permitir que siguiera con sus tareas habituales después de conocer la noticia.

Aquella misma noche, se levantó al oír que Wesley la llamaba desde su habitación.

Bronwyn llamó a la puerta antes de entrar.

—Mamá, Patrick me ha dicho que habéis decidido que no puedo utilizar su apellido.

—Wesley, lo que hemos pensado es que, de momento, es mejor no hacerlo, nada más.

—Porque no estáis casados, ¿verdad?

¿Por qué había sacado Patrick ese tema delante del chico? ¿La quería presionar utilizando a su hijo? ¿Estaba sacando demasiadas conclusiones precipitadas? ¿Debía hacer caso a Louisa y confiar un poco más en Patrick?

—¿Cómo te sientes, Wesley?

—Me gustaría que fuéramos una familia normal y corriente.

—¿Normal? ¿A qué te refieres?

—No sé... Me gustaría que Patrick y tú estuvierais casados y que yo fuera vuestro hijo.

—Tú eres nuestro hijo, Wesley.

—Pero no lo parece, mamá.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé...

Bronwyn sabía por experiencia que a veces su hijo necesitaba algo de tiempo para expresar lo que estaba pensando, y ella había desarrollado la paciencia suficiente a lo largo de sus diez años de vida.

—¿Va a estar siempre con nosotros? —preguntó Wesley finalmente.

—Eso es lo que tiene pensado —dijo ella sonriendo.

—Pero, entonces... ¿Será como Ari?

—No te entiendo —dijo Bronwyn, intentando adivinar qué se le estaba pasando por la cabeza a su hijo.

—Ari también era mi padre antes.

—Wesley, Ari siempre será tu padre, eso no cambiará. Lo único que pasa es que ahora tienes otro padre.

—¿Y qué pasa si no quiero que sea mi padre? —preguntó el chico con la voz triste y amargada.

—Wesley...

¿Cómo podía explicarle a su hijo todo lo que estaba pasando? ¿Cómo podía decirle que, a pesar de los terribles delitos que había cometido Ari, se había preocupado de que nunca les faltara de nada? ¿Cómo decirle que Ari no había sido el monstruo que todos creían que era?

—Wesley, Ari te quería. Te quería a ti y me quería a mí. El hecho de que fuera un criminal y cometiera delitos no cambia nada.

—Si nos quería tanto, no debería haber hecho esas cosas.

Bronwyn no pudo contener una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Wesley confundido.

—Las cosas no son tan sencillas, hijo. El hecho de que una persona esté enamorada no quiere decir que por eso tenga que hacer siempre lo correcto.

Todos somos libres, tenemos nuestra capacidad de decisión. Pero si al enamorarse uno dejara de tener esa libertad, el amor perdería su valor. ¿Lo entiendes?

—¿Incluso si dos personas están casadas?

—Cuando personas se casan y viven juntos lo único que pasa es que se auto imponen algunas normas, pero eso no tiene nada que ver con el amor. El amor está por encima de todo eso.

—¿Crees que alguna vez te casarás con Patrick?

Patrick le había pedido que se casara con él, pero no parecía que se lo hubiera revelado a Wesley, y Bronwyn le dio en secreto las gracias por su discreción.

—Imagínate por un momento que Patrick y yo nos casáramos. ¿Cómo te sentirías?

—Me gustaría —contestó Wesley después de pensarlo—. Porque seríamos una familia más normal. ¿De qué te ríes?

—Cuando seas mayor, dejarás de concederle tanta importancia a lo que los demás consideran normal.

—Puede ser —susurró Wesley.

Bronwyn le dio un beso de buenas noches, lo tapó con la sábana y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta, se encontró con Patrick.

—¿Te apetece tomarte algo antes de ir a dormir? —le propuso él—. Podemos ir a mi despacho.

—Sí, gracias.

Patrick sirvió un par de copas de coñac y le dio una a Bronwyn.

—Salud —dijo brindando con ella.

Bebieron un sorbo tranquilamente.

Bronwyn no quería echarle en cara el que le hubiera hablado a Wesley de una hipotética boda entre ellos. Lo importante era que Wesley estaba empezando a aceptar todo lo que estaba ocurriendo, que estaba reflexionando sobre ello y lo estaba haciendo muy bien.

Bronwyn sabía que, de alguna manera, era muy fácil aceptar la sugerencia de Patrick y casarse con él. Sabía que muchas cosas mejorarían. Pero odiaba con todas sus fuerzas contraer matrimonio de esa manera.

—¿He hecho mejor las cosas? —preguntó él.

—Si —contestó ella—. Gracias.

—Quería proponerte algo —empezó Patrick—. Tengo que hacer un viaje a Londres en febrero, y había pensado que podríamos ir tú y yo juntos, solos, sin nadie más. Megan podría encargarse de cuidar a Wesley.

—Queda mucho tiempo para eso.

—Por eso quería proponértelo con tiempo, para que puedas pensarlo tranquilamente.

—¿Por qué tú y yo solos?

—Porque me siento atraído por ti. Porque una vez fuiste mi mejor amiga. Porque nunca he vuelto a encontrar a una mujer como tú.

—Y porque soy la madre de tu hijo —añadió ella, con escepticismo.

—Si te soy sincero, eso no tiene nada que ver —dijo él, sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Me alegro mucho de que tengamos un hijo, pero eso no sería suficiente para hacer que me enamorara de ti.

¿Le estaba diciendo Patrick que seguía estando enamorado de ella? ¿Lo había entendido bien?

—Lo que me gustaría saber —continuó Patrick inseguro, pasándose la mano por el pelo—, es si tú me quieres a mí.

—Claro que sí, pero...

Patrick frunció el ceño.

—Quiero ser libre. Sería muy fácil salir contigo, ser tu amante, casarme contigo, pero no estoy segura de que sea eso lo que quiero. Patrick, he heredado mucho dinero. Ari me dejó como beneficiaria de su seguro de vida.

Patrick se quedó boquiabierto. Cuando reaccionó, la miró fijamente.

—¿Eso va a cambiar algo?

—De momento, nada.

Patrick reflexionó un instante.

—El que quieras ser libre, ¿implica que no puedes quererme?

—No puedo evitar quererte.

Patrick se acercó a ella despacio y Bronwyn abrió los brazos para recibirlo.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Pasaron la noche en la habitación de Patrick. Bronwyn se sentía relajada. Sentía que estaba donde debía estar.

Mientras estaba en sus brazos, su mente recordó tiempos pasados, y se dio cuenta de nuevo de lo mucho que había cambiado Patrick desde entonces. Se había convertido en un hombre. Un hombre al que amaba y junto al que deseaba estar. Ambos habían cambiado.

Y, después de tanto tiempo, parecía que al fin tenía todo lo que siempre había deseado, un trabajo, dinero, una familia y el amor de Patrick.

La vida, sin embargo, le había enseñado a desconfiar. Tenerlo todo le hacía sentirse vulnerable. «La mejor manera que tiene una persona de demostrar su valentía es confiar en alguien», pensó Bronwyn repitiendo las palabras que le había dicho Louisa.

Patrick le había demostrado que era un hombre que sabía escucharla, un hombre que era capaz de admitir sus defectos y sus debilidades.

Un hombre con el que podía formar una familia.

—¿Crees que a Louisa le importará que siga viviendo y trabajando aquí?

—Si no lo hicieras, se sentiría decepcionada —contestó él—. Para ella, ya eres de la familia.

—Para mí todo esto es muy difícil —admitió Bronwyn incorporándose—. La única familia que he conocido ha sido mi madre. Después fueron Wesley y Ari, pero...

—Quiero que seas parte de mi familia, Bronwyn. Quiero que seas mi mujer.

—No puedo —dijo de nuevo ella—. Ya te he dicho por qué.

Pero Patrick sólo oyó su negativa, otra negativa más. Bronwyn nunca le había dicho que quisiera casarse con él. Nunca lo había hecho.

Al contrario. Se había casado con otro.

—Bronwyn... El otro día me dijiste que hace años no te casaste conmigo porque pensabas que era muy inmaduro. ¿Lo sigues pensando?

—Por supuesto que no. Te admiro. Te amo. Estoy orgullosa de que seas el padre de Wesley. Si quisiera casarme con alguien, sería contigo.

—Pero...

—Estoy sola desde hace poco tiempo. ¿No puedes comprender que quiera encontrarme de nuevo a mí misma antes de comprometerme con alguien?

—¿Me estás pidiendo que te espere?

—Nunca le pediría a nadie algo parecido —dijo ella—. ¿Me estás diciendo que estás buscando una mujer con la que casarte y que, si yo no quiero, encontrarás a otra?

—En absoluto —aclaró él—. Sólo intentaba entender la situación, saber si crees que querrás casarte conmigo en el futuro.

—Si me caso con alguien, será contigo —repitió Bronwyn—. ¿No ves que es demasiado pronto para mí?

A Patrick le costaba entenderlo porque, aunque quería creer en las palabras de ella, creer que aquel rechazo no era como el primero, seguía siendo un rechazo, otro más del que tendría que recobrase.

—Lo entiendo —dijo.

Porque al fin comprendió que Bronwyn, aquella mujer que había tenido que pasar tantas cosas, aquella mujer que había conseguido, al fin, liberarse de su difunto marido y de los errores que había cometido en el pasado, nunca se casaría con él.

Comprendió que, aunque ella creyera que era el hombre ideal, era demasiado tarde.

Eran las cinco y media de la mañana. Wesley todavía no se había despertado. Patrick había acompañado a Bronwyn a su habitación. Tenía que vestirse para la clase de las seis. Helena y Marie eran sus alumnas más fieles. Desde que habían empezado a entrenar, Helena había perdido más de siete kilos y había ganado en forma física. Bronwyn estaba muy orgullosa de ella.

—¿Te importa si hoy llevo yo a Wesley al colegio? —le pidió Patrick, mientras ella acababa de vestirse.

—¿No crees que es mejor para él ir en el autobús escolar?

—¿Por qué?

—No quiero acostumbrarlo mal —dijo ella.

—Lo dices como si Ari le hubiera acostumbrado mal durante vuestro

matrimonio.

—Y así fue. A veces lo pasaba mal, porque veía a mi hijo convertirse poco a poco en un arrogante. No quiero volver a correr ese riesgo.

—Ni yo —admitió Patrick—. Tengo que reconocer que estás haciendo un trabajo excelente educándolo.

Bronwyn se emocionó por el cumplido.

—Y yo creo que eres un padre maravilloso. Me alegro de que sepa que eres su padre. Creo que empieza a recuperar las fuerzas, y eso es gracias a ti.

—Bueno, en ese caso... —dijo él con una sonrisa forzada—. ¿Puedo acompañarlo hasta la parada del autobús?

—Claro que sí —dijo Bronwyn dándole un beso.

Patrick la miró intentando descubrir en sus hermosos ojos verdes algo que le hiciera estar seguro de que lo amaba a él más que ningún otro hombre. Pero no podía quitarse de la cabeza la certeza de saber que nunca se casaría con él.

Aquella tarde, Bronwyn y Patrick fueron a buscar a Wesley a la parada del autobús. Habían planeado salir a montar a caballo los tres juntos.

De camino a la caballeriza, Bronwyn se encontró a Crystal, una preparadora a quien había estado ayudando en las últimas semanas a superar una escoliosis que la había apartado del trabajo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

La chica era muy hermosa, tenía veintidós años, el pelo oscuro, y era lo suficientemente bajita para ser jockey.

—Al menos puedo estar cerca de los caballos —sonrió la chica.

—Echas de menos montar, ¿verdad?

—Mucho, es lo que siempre he querido hacer.

Bronwyn intentó pensar en algo que pudiera hacer Crystal para sustituir la pasión que siempre había tenido y que nunca más podría practicar.

—¿Te gusta bailar? —le preguntó esperanzada—. ¿Y montar en bici?

—Si pudiera montar en bici también podría montar a caballo, ¿no? —respondió a punto de echarse a llorar.

—¿Por qué no vienes por el gimnasio y haces un poco de yoga

conmigo?

—Me gusta bailar —respondió Crystal—, pero nunca me han enseñado.

—¿Qué tipo de baile te gusta más?

—El moderno. Pero para eso hay que empezar de pequeña. Me gustaría ir a clases de yoga.

—Estoy pensando... Había planeado incluir nuevos cursos en el gimnasio, y para eso voy a necesitar una ayudante. Tú eres una atleta, ¿qué te parece?

—Me encantaría —dijo Crystal—. ¿Vas a montar?

—Si —contestó Bronwyn—. Mira, aquí llegan Patrick y Wesley —añadió al verlos montados ya en sus caballos, a los que habían ido a buscar a la otra caballeriza.

—Patrick te gusta, ¿verdad? —le preguntó Crystal.

—Un poco —le guiñó el ojo Bronwyn—. Pero guárdame el secreto.

—Soy una tumba —dijo la chica levantando la mano como haciendo un juramento.

Bronwyn entró en la caballeriza y tomó el caballo que le había sugerido Louisa, una yegua joven llamada Exclusiva.

Mientras lo hacía, vio a Marie hablando con su tío, Reynard, que trabajaba en Lochlain, el rancho cercano, y que frecuentemente pasaba por allí para llevarles huevos. Parecía un hombre honrado y simpático, y, aparentemente, ambos se llevaban muy bien. Pero, desde donde estaba, parecía que estaban discutiendo.

Vio a Marie darse la vuelta y alejarse hacia la puerta de la caballeriza.

Al abrirla, un purasangre se puso nervioso y empezó a relinchar furioso, otro se soltó y salió corriendo de la caballeriza, haciendo que el caballo de Wesley diera un salto y lo arrojara al suelo. Bronwyn corrió hacia él con el rostro desencajado y gritando.

—¡No lo muevas! —exclamó Patrick.

—¡No! —gritó Crystal yendo hacia ella.

—¡Agarrad a ese caballo! —gritó la voz de Louisa en la distancia.

Bronwyn se inclinó sobre su hijo y le tocó la yugular.

—Tiene pulso —suspiró esperanzada—. Está respirando. ¡Llamad a una ambulancia!

Mario fue corriendo en busca de un teléfono.

—No te muevas, cariño —dijo Bronwyn al ver que su hijo abría los ojos—. Sobre todo no te muevas. No va a pasar nada.

—¡Ha sido Proposición Indecente! —exclamó Reynard.

¿Por qué diablos aquel caballo habría hecho una cosa así? ¿Cómo era posible que se hubiera escapado de la caballeriza?

—Está en la autopista —dijo Reynard—. ¿Está el chico bien?

—¡Bronwyn! —exclamó Helena, que había sido avisada por Mario—. ¿Cómo está Wesley?

—Mamá... —susurró Wesley.

—¿Sí, cariño? —preguntó su madre mirándolo con ternura y preocupación—. No te muevas, por favor. El caballo te tiró al suelo. Hemos llamado a una ambulancia. Pero no te preocupes, sólo es para estar seguros de que no te ha pasado nada.

—Me duele la cabeza.

—No te muevas, por lo que más quieras —repitió Bronwyn—. Voy a sujetarte la cabeza por si tienes alguna contusión en la espalda —añadió recordando lo que había aprendido en uno de los cursos a los que había asistido.

Beckham estaba corriendo alrededor de Wesley, nervioso. Helena se había arrodillado junto a ellos.

Pasaron varios minutos hasta que oyeron la sirena de la ambulancia.

Louisa se acercó a ellos.

—Dios mío... —se lamentó la anciana—. ¿Cómo ha podido pasar algo así?

—No te preocupes —dijo Bronwyn intentando calmarla, aunque ella misma seguía muy nerviosa—. Wesley está bien. Sólo le estoy sujetando la cabeza por si acaso. ¿Han atrapado al caballo?

—Sí —contestó Louisa—. Crystal y Terry lo han conseguido. Están intentando calmarlo. Voy a descubrir quién es el responsable de esto. ¡Mi nieto podría haber muerto!

Helena miró perpleja a la anciana. Aunque todo el mundo en el rancho conocía las buenas relaciones entre Louisa y el chico, nadie, a parte de Louisa, Patrick, Bronwyn y Wesley sabía la verdad.

Nadie excepto Mario.

—De modo que el chico es el hijo de Patrick... —murmuró Reynard.

Bronwyn lo miró furiosa, molesta por su forma de referirse a su hijo, como si no estuviera presente.

Patrick llevó a Bronwyn al hospital y Louisa insistió en acompañarlos.

Cuando llegaron, les dijeron que Wesley había sido ingresado con urgencia en la sala de rayos X. Patrick no había vuelto a hablar con Bronwyn desde el accidente.

—Cuando encuentre al responsable de que Proposición Indecente se haya escapado... —maldijo Louisa.

—Creo que no fue un accidente —afirmó Patrick.

—¿Qué diablos quieres decir? —exigió saber la anciana, aunque algo en su rostro le hizo pensar a Bronwyn que Louisa sabía a qué se refería su sobrino.

—Lo que quiero decir es que creo que ha sido sabotaje —dijo Patrick—. Proposición Indecente es un campeón, alguien ha querido dejarlo fuera de combate, y tengo una idea de quién ha podido hacerlo.

Louisa lo miró fijamente.

—Marie Lafayette estaba cerca de las caballerizas cuando pasó todo.

—Eso no significa nada —se apresuró a defender Bronwyn a su amiga—. Marie nunca haría una cosa así. Yo la vi unos minutos antes hablando con su tío. Además, no la conoces de nada.

—Eres demasiado confiada —protestó Patrick.

Bronwyn sintió que se estaba volviendo a referir a Ari, y fue hacia él para decirle lo que pensaba. En ese momento, apareció el médico.

—Soy el doctor Mosely. ¿Es usted la madre de Wesley?

—Sí, yo soy Bronwyn Davies. Y él es Patrick Stafford, su padre, y Louisa Fairchild, la tía del padre. ¿Cómo está mi hijo, doctor? —preguntó impaciente.

—No hay, ningún daño en la espina dorsal ni ningún hueso roto. Sólo tiene una ligera contusión. Pueden llevárselo a casa cuando quieran, pero les pido que lo despierten cada dos horas para asegurarse de que todo va bien, que le hagan preguntas para cerciorarse de que no se le va la cabeza.

Es sólo por precaución.

Los tres suspiraron aliviados y se echaron a reír.

—¿Quieren ver al chico? —les preguntó el médico sonriendo.

Una vez que regresaron al rancho, Bronwyn le hizo una cena ligera a Wesley y después lo llevó a la cama acompañado de Beckham. Su hijo estaba rendido y, apenas se tumbó en la cama, se quedó dormido.

Bronwyn bajó al salón y se sentó con Patrick y Louisa a la mesa para tomar una copa de vino antes de cenar.

—Esa chica está escondiendo algo, Louisa, lo intuyo —dijo Patrick.

—¿Otra vez desconfiando de Marie? —protestó Bronwyn—. Te equivocas completamente con ella. Patrick.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es mi amiga, la conozco y no creeré algo semejante hasta que no lo vea con mis propios ojos —contestó ella.

—Creo que ni entonces lo aceptarías —dijo Patrick, y Bronwyn comprendió que volvía a referirse a Ari.

—Gracias a los dos por compartir vuestra opinión conmigo —intervino Louisa—. Yo también creo que esa chica tiene demasiadas cosas ocultas, pero es cierto que eso no demuestra que ella sea la culpable. A pesar de todo, me gustaría estar más segura.

—Lo comprendo —dijo Bronwyn.

—Te cae bien, ya lo hemos oído —protestó de nuevo Patrick.

—El mundo de las carreras siempre ha estado rodeado de este tipo de cosas —comentó Louisa—. A veces, cuando contrato a alguien, soy consciente de que tiene un pasado turbio. A veces conozco los detalles. Otras veces no. Pero, lo que los dos debéis tener en cuenta es que es el pasado el que nos hace como somos. No seríamos nada sin nuestro pasado.

Bronwyn quiso darle un beso a Louisa.

—El pasado está para aprender de los errores cometidos —dijo Patrick.

—¿Eso lo dices por mí? —replicó Bronwyn.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—¿Crees que porque no fui capaz de descubrir los negocios ilegales de Ari soy también incapaz de juzgar el carácter de Marie?

—No estaba pensando en ti, Bronwyn, en absoluto. Esto no tiene nada que ver contigo ni con Ari, sino con lo que está pasando en este rancho. Lo único que estoy sugiriendo es que deberíamos saber algo más del pasado de Marie, por no hablar de su tío.

—El pasado de una persona es como la piel de una serpiente —dijo Louisa—. Procede de la serpiente, pero no es la serpiente. Es más, la serpiente, desde que se deshace de su piel, se convierte en algo nuevo, algo distinto.

—Me gusta esa metáfora —dijo Bronwyn.

Ella misma había pasado por varias fases en su vida, había vivido en la calle, había sido una estudiante universitaria y una camarera enamorada de Patrick, había sido la esposa de Ari... A través de esas experiencias, se había ido deshaciendo de partes de sí misma para convertirse, poco a poco, en lo que era en aquel momento.

Sí, había cambiado.

—A mi también me gusta la analogía que has empleado, tía Louisa —dijo Patrick—. Porque la realidad es que da igual el número de veces que una serpiente intente cambiar de piel. Sigue siendo una serpiente.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

—Necesito estar cerca de Wesley para poder comprobar cada dos horas que está bien —le dijo algo más tarde Bronwyn a Patrick, cuando él le sugirió que pasaran la noche juntos.

—Esto es por lo de Marie, ¿verdad?

—No —contestó ella con franqueza.

Patrick la miró enarcando una ceja, pidiéndole que se explicara.

—Patrick, me has pedido que me case contigo, y te he dicho que no —continuó Bronwyn—. Te quiero, y prefiero no hacer nada... deshonesto.

—¿Ser mi amante te parece algo deshonesto?

—Necesito que vayamos más despacio —dijo Bronwyn—. Me gusta mi vida tal y como está ahora, no quiero que nada cambie.

—Pero las cosas cambian, Bronwyn, quieras tú o no, hagas el amor conmigo o no.

Bronwyn le tomó el brazo con la mano.

—En cualquier caso —añadió Patrick—, espero que no pongas impedimentos para que mi tía averigüe algo más acerca de Marie. Ya sé que es tu amiga, pero eso no la convierte en invulnerable.

—Patrick, la conozco. He vivido en las calles, he aprendido a seguir mis instintos, y te digo que Marie no es culpable de nada.

—¿Y qué te dijeron tus instintos sobre Ari?

—¿Lo ves? Ya estás otra vez con eso.

—Lo siento —admitió Patrick—. Mira, dado que sois tan amigas, lo mejor sería que hablaras directamente con Marie y le preguntaras qué estaba haciendo en la caballeriza.

—Patrick, te lo vuelvo a repetir, no voy a acusarla de nada. Wesley salió herido, pero no tengo ni idea de cómo logró escapar ese caballo, y sé que Marie tampoco. Mi trabajo no es ir investigando a los demás.

Patrick la miró con curiosidad, sintiendo que Bronwyn le ocultaba algo.

—Patrick, a Ari le gustaba decidir quién podía ser mi amigo y quien no. Era una forma de controlarme. Ahora he hecho buenas amigas aquí. Marie y Helena se preocupan por mí. No le daré la espalda a una amiga sólo porque tú no confías en ella sin ninguna razón de peso.

—Pero yo no te he pedido que le des la espalda a nadie.

—¿Se puede saber qué es lo que tienes contra Marie?

—Es demasiado reservada —dijo Patrick—. Está aquí y nadie sabe por qué, ni qué es de su vida, nada.

—¿No crees que podría decirse lo mismo de mí?

Patrick guardó silencio unos segundos y después se acercó a ella.

—Mira. Bronwyn, puede que Louisa y tú tengáis razón. Puede que esté furioso por lo que le ha pasado esta tarde a Wesley, pero... Nunca había tenido tanto miedo en toda mi vida.

—Yo tampoco —admitió ella—. La verdad es que es la primera vez que lo he visto hacerse daño de esa manera.

Patrick se acercó aún más y le dio un beso en la mejilla.

—¿Seguro que no quieres cambiar de opinión sobre lo de esta noche?

Bronwyn le acarició el pelo y le dio un beso en los labios.

—Despacio, Patrick, despacio —le susurró al oído.

—Siempre me ha gustado tu fortaleza y tu independencia —proclamó Patrick.

—Gracias por decirlo, Patrick.

—Lo digo en serio. No quiero controlarte, ni prohibirte nada, ni elegir a tus amigos... Yo solamente quería...

Pero no terminó la frase.

Se limitó a darle un beso cariñoso en la mejilla y desapareció en su habitación.

Patrick no podía dormir. Daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

Y sabía por qué.

Bronwyn no lo amaba lo suficiente.

Durante muchos años se había sentido rechazado. Bronwyn había elegido a Ari antes que a él. Desde que había regresado a su vida y había empezado a trabajar en el rancho Fairchild había vuelto a mantener a distancia con él. Ella era lo suficiente inteligente como para darse cuenta de las ventajas que conllevaría casarse con él, pero conservaba la suficiente sangre fría para hacer las cosas con calma. Resumiendo, Patrick se sentía inseguro respecto a lo que ella sentía hacia él, anhelaba cada noche algo que

le demostrara que ella lo amaba tanto como él a ella.

Por otra parte, estaba seguro de que, en lo relativo a Marie Lafayette, se equivocaba. Si realmente sus intenciones y sus propósitos eran tan nobles, ¿por qué los mantenía en secreto? En el mundo de las carreras de caballos estaban pasando muchas cosas, como la elección a la presidencia de la federación, el asesinato de San Whittleson, el escándalo que había afectado a la familia Preston en Kentucky...

Por no mencionar el caos y la falta de confianza que habían provocado la muerte de Aristóteles Theodoros.

Con tantos asuntos turbios por todas partes, ¿era inteligente excusar a Marie sin estar seguro de ella? Decidió pedirle a Dylan que investigara a la muchacha.

Bronwyn se despertó temprano, pero no tenía clase hasta las once. Wesley había pasado muy bien la noche, y le había pedido permiso para ir al colegio, ya que iba a dar una charla un experto en tarántulas. Bronwyn le dijo que debía quedarse en casa a descansar, pero que podía ir un rato a la escuela para ver las arañas que iba a llevar el experto. Ella tenía planeado salir a montar en bici con sus amigas.

Se puso mallas ajustadas, una camiseta de deporte, tomó la bicicleta y fue hasta el bungalow de Marie, a quien encontró en la puerta lista para salir.

—¿Viene alguien más? —preguntó Bronwyn.

Marie hizo un gesto de escepticismo. Bronwyn frunció en ceño.

—¿Qué pasa?

—¿Seguro que quieres venir conmigo? —preguntó Marie.

—Claro... ¿Por qué no iba a querer?

—Bueno... Hay rumores que afirman que fui yo quien dejó escapar a Proposición Indecente.

—Tonterías —replicó Bronwyn—. Tú no lo hiciste. ¿Se puede saber quién demonios te ha dicho eso?

—Mi tío Reynard dice que Patrick sospecha de mí. Y como Patrick y tú...

—No me gusta darle crédito a rumores de ese estilo —dijo Bronwyn—.

Y sé que tú nunca harías nada parecido.

Marie bajó la cabeza e intentó contener las lágrimas.

—¿Qué sucede, Marie? —le preguntó Bronwyn acercándose a ella.

—Gracias por confiar en mí —susurró la chica—. Poder contar con amigos como tú es lo mejor que le puede pasar a una persona.

—Lo mismo digo —intervino Helena, saliendo de su casa y yendo hacia ellas—. Por cierto, ¿qué haces con nosotras cuando podrías estar con el hombre de la casa? —preguntó sonriendo.

—Como le estaba diciendo a Marie...

—Ya, lo sé, sois sólo amigos —dijo Helena irónicamente.

—Y hablando de amigos, ¿sabéis dónde está Crystal? —quiso saber Bronwyn.

—Está en las caballerizas —dijo Marie—. Le he pedido que viniera con nosotras, pero no ha querido. Dice que si no puede montar a caballo, no quiere hacer ninguna otra cosa.

—Iré a hablar con ella a ver si puedo convencerla —dijo Bronwyn.

Siguiendo las instrucciones de Bronwyn, Patrick entró en la habitación de Wesley para despertarlo.

—¿Dónde está mamá? —preguntó el chico.

—Montando en bicicleta con sus amigas. ¿Quieres que vayamos a desayunar y después acercarnos por el colegio para que puedas ver esas arañas?

—¡Bien! —exclamó Wesley levantándose de la cama de un salto y poniéndose el uniforme escolar, que estaba preparado en una silla.

—Te espero en el salón —dijo Patrick saliendo de la habitación.

Bajó a la planta inferior, donde se encontró con Louisa sentada a la mesa.

—Buenos días, Louisa. Wesley se está vistiendo, bajará enseguida. Bronwyn ha ido a montar en bicicleta con sus amigas.

—Bien —dijo la anciana—. Patrick, no estarás esperando que Bronwyn le dé la espalda a Marie sólo para complacerte, ¿verdad?

—No, Louisa, yo... Sólo intento averiguar qué ha pasado.

—Eres un buen hombre, Patrick —dijo la anciana contra todo

pronóstico.

—Gracias, tía —dijo él ocultándole que iba a pasarse por la casa de Dylan para pedirle que investigara a Marie.

A veces, su tía podía ser demasiado protectora con sus empleados, y eso le impedía ver sus defectos y los posibles peligros.

—Louisa, ¿no recuerdas que Dylan estuvo investigando a nuestros empleados durante el caso del asesinato de Sam Whittleson?

—Sí, lo recuerdo, pero quedó claro que su interés estaba fuera de lugar, y Robert así se lo hizo saber —dijo la anciana refiriéndose a su abogado, Robert D'Angelo—. Mis empleados son para como mí como una familia. ¿Sigues dándole vueltas a ese asunto de Marie?

—Sólo pretendo esclarecer el misterio.

—Patrick, con todo lo que está pasando últimamente, ¿crees en serio que Marie es el tipo de persona que puede estar detrás?

—Es la sobrina de Reynard, un tipo que pasa aquí más tiempo del que me gustaría. Trabaja en Lochlain, no es empleado nuestro, pero entra y sale cuando le place. Puede que esté utilizando esa influencia para...

Patrick dejó de hablar al percatarse de que la señorita Lipton acababa de entrar en el salón. El ama de llaves tenía muy buena relación con Reynard, incluso se rumoreaba que existía algo entre ellos.

—Ya he oído todo lo que me hace falta —dijo Louisa—. Lo más probable es que Crystal no amarrara bien las riendas aquella mañana. Últimamente está un poco distraída por sus problemas de salud. Ella dice que no tengo de qué preocuparme, pero...

—Hace ya mucho tiempo que no puede montar.

—Fue ella quien llevó a Proposición Indecente al establo ayer por la mañana.

La señorita Lipton echó más café en la taza de Louisa y Patrick se dio cuenta de que se demoraba más de lo normal, seguramente con el objetivo de enterarse de lo que habían estado diciendo sobre Reynard.

Pero él no dijo nada, y el ama de llaves tuvo que retirarse.

—¿Y bien?

—No creo que haya habido ningún sabotaje —dijo Louisa—. Seguramente no fue más que un accidente. No es la primera vez que ha

ocurrido ni será la última. No es cuestión de volvernos paranoicos por algo así, aunque tenemos que intentar que no vuelva a suceder. He dado órdenes de que se endurezcan los protocolos en las caballerizas.

—Hola, Louisa —dijo Wesley entrando en el salón.

—Buenos días, Wesley ¿qué tal has dormido?

—Muy bien —dijo el pequeño—. Tengo muchas ganas de ir al colegio. Vamos a estudiar las arañas, y un experto en tarántulas nos va a dar una charla. ¡Y va a traer una!

—Yo te llevaré al colegio —dijo Patrick—. Pero sólo te quedarás un rato, tienes que recuperarte.

—¿Te gustan las arañas? —le preguntó Wesley.

—Bueno... Si son demasiado grandes, prefiero tenerlas lo más lejos posible —sonrió.

—Yo quiero tener una de mascota —dijo Wesley.

—¿Qué crees que dirá tu madre sobre eso?

—Seguro que no le molestará, siempre que no sea un peligro para las personas —dijo Wesley—. Todas las arañas son venenosas, pero algunas no pueden hacer nada contra los hombres. El experto en tarántulas va a traer una que hace un pequeño ruido cuando se enfada.

—¿Y va a hacer que se enfade en mitad de la clase? —preguntó Patrick.

—No lo sé —dijo el chico—. Pero puedes venir a la charla, si quieres. Nos han dicho que pueden venir los padres.

—¿Y han dicho algo de que puedan ir abuelas? —preguntó Louisa.

—¿Te dan miedo las tarántulas? —replicó el pequeño.

—Te diré un secreto, jovencito —dijo Louisa inclinándose hacia él y bajando la voz—. Yo no tengo miedo de nada.

—¿Y vendrías al colegio conmigo?

—Por supuesto —contestó Louisa—. Estoy deseando ver esa araña gigante.

Bronwyn y Marie dejaron sus bicicletas en una casita destinada a los utensilios de los empleados. Marie estaba distraída, como en otro mundo. Había estado de esa manera durante todo el paseo en bicicleta.

—Marie, sea lo que sea lo que te pase, ¿quieres hablar de ello? —le

preguntó Bronwyn.

—No estoy preparada para hacerlo, Bronwyn —dijo la chica mirándola—. No es nada malo —añadió intentando recobrar un poco de alegría—. ¿Qué tal se lleva Louisa con Megan y con Patrick?

¿Por qué Marie había cambiado de tema de repente y estaba tan interesada en las relaciones familiares de la propietaria de la casa?

—Muy bien —respondió Bronwyn—. Quiere mucho a su familia. Y adora a Wesley, es como una abuela para él. Es una suerte haberla encontrado. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Sospecha de mí, Bronwyn?

—¿Sospechar? ¿Por qué habría de sospechar de ti?

—Por lo que pasó con Proposición Indecente.

—Por supuesto que no —respondió Bronwyn firmemente.

Respirando hondo, miró a su amiga a los ojos.

—Marie, ¿lo hiciste tú?

—No, yo no lo hice —respondió la chica—. Y Reynard tampoco. Sé que todo el mundo piensa que lo hizo él, pero es mentira. Puede que sea un hombre algo extraño, pero es bueno. Y es toda mi familia.

—Marie... —dijo Bronwyn poniéndole la mano en el hombro—. Me gustaría que nos lleváramos bien, que fuéramos como una familia. Ésa es la forma en que le gusta hacer las cosas a Louisa, y también es la mía. Para mí, Helena, Crystal y tú sois como mi familia.

—Gracias —dijo la chica abrazándola con todo su cariño.

—Y ahora —dijo Bronwyn sonriendo ampliamente—, voy a pasarme por la casa a ver cómo está Wesley.

—Hola —dijo Bronwyn entrando en el salón y saludando a Patrick, a Wesley y a Louisa, que estaban terminando el desayuno.

—Qué alegría verte por aquí —dijo Louisa—. ¿Sabes el excitante día que le espera a Wesley?

—Arañas. Sí, ya me lo contó ayer. Pero recuerda... —dijo sentándose a la mesa—. Nada de deportes ni de excitarte demasiado.

—Si quieres, podemos cancelar las clases para que puedas ir con él —dijo Louisa.

—No, eso no sería justo para las personas que están esforzándose para ponerse en forma —dijo Bronwyn.

—Y ellos te lo agradecen, créeme —dijo Louisa—. No hago más que recibir buenas recomendaciones de ti.

—Gracias —dijo Bronwyn sonriendo mientras tomaba un yogur—. Por cierto, Patrick...Tu campaña de intimidación está dando resultado. Acabo de estar con Marie, y me ha preguntado si la iba a dejar tirada.

—¿Campaña de intimidación? —repitió él ofendido—. Lo único que creo haber dicho es que ella, tal vez...

—Pues has dicho demasiado —lo interrumpió Bronwyn.

Louisa carraspeó, y Bronwyn miró enseguida a Wesley, que tenía un gesto amargo y decepcionado en su cara.

«No le gusta vernos pelear», pensó Bronwyn.

La vida de su hijo dependía en aquellos momentos de que fuera capaz de construir un mundo estable y seguro para él. Al hablarle así a su padre estaba dinamitando sin darse cuenta ese mundo. Marie era su amiga, y bajo ningún concepto iba a dejarla sola, pero también tenía que preocuparse de sus propios problemas.

Y uno de ellos era Patrick.

La noche anterior, en la cama, se había dado cuenta de que corría un grave riesgo al rechazarlo como había hecho, corría el riesgo de perderlo para siempre, de conseguir que Patrick dejara de amarla.

Y eso era algo que no podía soportar. ¿Sería capaz de verlo con otra mujer?

Por otra parte, ¿era justo que permaneciera viviendo en aquel rancho si se negaba a casarse con él?

Patrick estaba enamorado de ella. Y ella lo quería.

El matrimonio era la opción más natural y coherente, pero...

—Siento mucho haber sacado este tema —dijo Bronwyn—. Os pido perdón a todos. Cuéntame más sobre las arañas, Wesley ¿Has visto alguna vez una tarántula?

Tenía que hablar con Louisa, tenía que confesarle sus dudas, sus sentimientos y sus preocupaciones. Su intención no era agobiar a la anciana, sino confiar en ella, hacer honor a la gratitud que le había mostrado y

considerarla una amiga.

—¿Podemos dar un paseo antes de que vaya con Wesley al colegio? —le propuso Louisa cuando terminaron de desayunar.

—Encantada —dijo Bronwyn, viendo una magnífica oportunidad para hablar con la anciana.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

—¿Le harías eso a Wesley? —le preguntó Louisa tranquilamente, sin la menor ira en su voz.

—Louisa, no sé qué hacer. Patrick quiere casarse conmigo, y yo lo quiero de verdad. Pero me parece un error dar ese paso sólo porque vivamos bajo el mismo techo. Necesito tiempo para estar segura de que es lo correcto. Todo esto ha sucedido muy deprisa.

Caminaron unos minutos en silencio. Bronwyn sujetaba el brazo de la anciana.

—La verdad es que me siento maravillosamente bien aquí —continuó—. No recuerdo haber sido tan feliz en toda mi vida. Pero el matrimonio debería ser una elección, no un accidente ni una decisión que se tome al calor de unas circunstancias determinadas.

Louisa asintió, pero a continuación la miró con determinación.

—Bronwyn, si estás dispuesta a perder a Patrick, entonces puede que tu amor no sea lo suficientemente sincero.

Las palabras de la anciana resonaron en su cabeza.

¿Estaba dispuesta a perder a Patrick? ¿Perderlo otra vez?

Louisa tenía razón. Lo había rechazado una vez y, después del tiempo que había pasado, no estaba segura de que él la hubiera perdonado completamente.

Sin embargo, ¿podía seguir forzando la situación?

Por otro lado, ¿estaba dispuesta a renunciar a su independencia?

—Eres una mujer muy inteligente, Louisa —dijo Bronwyn—. Gracias por tus consejos. Me has dado algo en lo que pensar. Más de lo que te imaginas.

Patrick acompañó a Louisa y a Wesley al colegio aquella mañana y asistió a la charla del experto en tarántulas. Pero sus pensamientos no podían apartarse de Bronwyn.

Era imposible no hacerlo. En las últimas semanas, habían pasado mucho tiempo juntos, habían recuperado parte de la amistad que habían tenido en el pasado, habían hecho el amor y, habían empezado a compartir la educación de Wesley.

Pero ella se había negado a casarse con él, y la única explicación posible era que no lo amaba lo suficiente.

Patrick le había dado las gracias por ser tan sincera respecto a sus sentimientos. Ella decía que lo quería, pero, al mismo tiempo, luchaba por mantener las distancias y se negaba a aceptar una relación bajo aquellas condiciones.

Desde que había regresado a su vida, él había intentado deshacer el pasado, obtener de ella una declaración en la que se arrepintiera de la decisión que había tomado en su momento al elegir a Aristóteles Theodoros. Había intentado vivir como si ella nunca lo hubiera rechazado, intentando convencerse a sí mismo de que él había sido siempre su primera elección.

Pero había sido un error. Bronwyn había preferido estar con Ari. Y, tras su muerte, prefería estar sola y gozar de su independencia a empezar una nueva relación con él.

Bronwyn había cambiado, de eso no había duda, y la quería de una forma distinta. La amaba por ser la madre de su hijo, por la forma en que educaba a Wesley, por la inseguridad que veía en ella en algunos instantes, cuando no intentaba demostrar lo fuerte que era, por la forma en que estaba luchando por encontrarse a sí misma, por la manera en que estaba saliendo adelante.

Pero comprendía que estaba sometida a mucha presión. No había sido nada fácil para ella rechazarlo por segunda vez. Bronwyn pensaba que, si se quedaba en el rancho Fairchild, no iba a tener más alternativa que convertirse en su amante y casarse con él. Y no tenía alternativa porque no podía volver a mudarse, no podía volver a someter a Wesley a un nuevo cambio de casa, de trabajo y de colegio, cuando al fin había encontrado un lugar seguro y estable donde ser feliz y criarlo.

Tampoco podía apartar a su hijo de Louisa. La anciana lo adoraba.

Wesley tampoco lo deseaba. El rancho Fairchild se había convertido en su hogar. Había hecho amigos en el colegio y empezaba a recuperar la alegría.

Durante el resto del día, mientras se ocupaba de sus negocios, estuvo dando vueltas a la situación. Cuanto más lo pensaba, más clara veía la

solución.

Tenía que marcharse de allí, tenía que regresar a Sidney, a su apartamento junto a la bahía.

Podría ir al rancho de visita de vez en cuando, siempre que su tía y Bronwyn se lo permitieran. Y ellos podrían ir a verlo a Sidney cuando lo desearan.

Era la única solución razonable.

No podían seguir viviendo juntos de aquella manera. Al menos, él era incapaz. Amaba a Bronwyn, estaba enamorado de ella, deseaba hacer el amor a todas horas, pero ella sentía aquel amor como una presión, como un problema.

Sólo había una solución.

Patrick sabía que era lo correcto.

Tenía que hacerlo por ella, para aliviarla de lo único que no funcionaba en su vida, de lo único que la presionaba.

En cuanto tomó la decisión, llamó a Dylan para pedirle que investigara a Marie, pero saltó el contestador del detective, y prefirió no dejar un mensaje.

¿Y si estaba equivocado?

Además, si iba a regresar a Sidney, aquello ya no era asunto de su incumbencia.

A media tarde, se sentó en el porche a beber una cerveza mientras vigilaba la carretera. Enseguida apareció Bronwyn, que caminaba hacia la parada del autobús para ir a buscar a Wesley, que finalmente se había sentido lo suficientemente fuerte como para quedarse en el colegio el resto de día.

Patrick se levantó y fue hacia ella conservando la calma.

Aquél era tan buen momento como cualquiera para comunicarle su decisión.

—¿Te importa si te acompaño? —le preguntó.

—Claro que no —respondió ella con una sonrisa forzada y el rostro lleno de dudas.

¿A qué atendía su reacción? ¿Era amor? ¿O simplemente seguía pensando, igual que él, en alguna solución al problema?

—Bronwyn, lo he estado pensando y... creo que te estoy haciendo las cosas muy difíciles.

—¿Cómo? —preguntó ella deteniéndose.

Parecía alterada y preocupada, pero él ya había tomado su decisión, y sabía que era la elección correcta.

—Creo que mi presencia aquí supone un problema para ti —continuó él—. Estoy enamorado de ti, me gustaría casarme contigo, estar contigo el resto de mi vida, pero tú no deseas lo mismo que yo, y lo acepto. Éste es el lugar donde Wesley debe estar, tú tienes un trabajo, un hogar, amigas que te quieren y una anciana que está loca por ti y por Wesley. He comprendido al fin el problema que supone para ti el amor que siento y mi insistencia.

Bronwyn no dijo nada, sólo reemprendió la marcha hacia la parada del autobús con el rostro impenetrable.

Patrick no sabía qué estaba pensando, cuáles eran sus sentimientos ni cómo iba a tornarse lo que iba a decirle, pero no podía dar marcha atrás. Estaba haciendo lo correcto, nunca había estado tan seguro de algo en toda su vida.

Bronwyn no lo amaba lo suficiente. Así de sencillo.

—He decidido regresar a Sidney.

¿Había esperado alguna reacción por parte de ella? ¿Alguna muestra de pesar?

El hecho es que no vio ninguna.

Bronwyn siguió caminando como si no lo hubiera oído.

Al cabo de unos instantes, sin dejar de andar, se volvió hacia él.

—¿Cómo crees que se lo tomará Louisa?

—Creo que estará de acuerdo conmigo en que debo marcharme.

Bronwyn estaba de acuerdo con él. Si había algo que Louisa valoraba por encima de todo era aquel tipo de decisiones. Se preocuparía por el bienestar de Wesley. El pequeño era el único por el que parecía dispuesta a darlo todo, a luchar hasta el final para que se quedara allí, en su casa, en la casa de su familia.

—Creo que a Wesley no le va a gustar —dijo Bronwyn.

—Nos iremos adaptando —argumentó Patrick.

—¿Podrá ir a visitarte?

—Siempre que quiera, pero con tu permiso. Y yo vendré por aquí de vez en cuando.

Bronwyn se quedó pensativa.

—¿Estás haciendo todo esto porque...?

—Bronwyn... Creo que sabes perfectamente por qué lo estoy haciendo.

Sí, lo sabía. Le estaba dando lo que ella le había pedido tantas veces, libertad e independencia. Estaba dándole la oportunidad de elegir.

—Patrick —murmuró.

—¿Sí?

—Gracias.

Bronwyn se dio cuenta de lo que le estaba costando a Patrick tomar aquella decisión.

Una vez más, lo estaba rechazando.

Tenía ganas de decirle que lo amaba, que lo amaba más que a ninguna otra persona en el mundo, pero sabía que no podía hacerlo después de haberse negado a casarse con él, no podía hacerlo sin estar segura de sus sentimientos, sin estar convencida de lo que quería. La única certeza era que Patrick le estaba dando la oportunidad de elegir sin presiones.

—Gracias —repitió—. Y gracias por ser un padre tan maravilloso para Wesley.

—Me encargaré de explicárselo despacio, para que pueda entenderlo —dijo Patrick ocultando los miles de sentimientos que estaba experimentando.

—Gracias —dijo Bronwyn dejando en manos de Patrick comunicárselo a Wesley, confiando en él como nunca antes lo había hecho.

Porque sabía que ella no podía hacerlo.

—Te llevaré a mi despacho para que puedas consultar en Internet todo lo que quieras y puedas hacer bien ese trabajo que te han encargado sobre las tarántulas —le dijo Patrick a Wesley, que les había contado los deberes que les habían puesto en el colegio.

—Yo tengo que ir al gimnasio —dijo Bronwyn dando un beso a su hijo.

Tenía clase de pilates con Crystal, las dos solas. Bronwyn los dejó solos, y se dio la vuelta a los pocos metros para verlos juntos.

¿Quién sabía si aquella era la última vez que vería aquella escena?

—Wesley... —dijo Patrick—. Tengo que contarte algo —añadió manteniendo la calma.

Wesley lo miró de una forma que a Patrick le recordó los ojos de Bronwyn.

Aquello iba a ser más difícil de lo que había previsto.

Bajo aquella coraza de coherencia, el dolor por haber sido rechazado por ella seguía atenazando su corazón.

Sabía que Bronwyn lo quería, pero no lo suficiente como para casarse con él.

—Voy a regresar a Sidney. Wesley.

El chico lo miró horrorizado.

—Pero... ¡Eres mi padre!

Patrick sintió como si le clavaran un puñal en el corazón.

—Claro que lo soy, y lo seré siempre. Te quiero mucho, y también quiero mucho a tu mamá. Pero ella ahora mismo necesita un poco de espacio, necesita estar sola contigo. ¿Lo entiendes? No es decisión suya, es mía. Es algo que quiero hacer por ella, para darle lo que necesita, para que esté bien y tú también.

—No lo comprendo.

—Lo comprenderás en poco tiempo. Podrás venir a visitarme a Sidney, y yo vendré por aquí a menudo, todos los fines de semana si quieres —dijo consciente de que le estaba haciendo una promesa a su hijo que jamás podría romper.

Wesley se echó a llorar.

—Wesley... —dijo Patrick abrazándolo.

Tenía ganas de decirle a su hijo que aquella era la única carta que le quedaba para ganarse el amor de Bronwyn, que aquella era la única posibilidad de que los tres pudieran estar juntos como una familia.

Pero no podía hacerlo, porque no habría sido justo con Bronwyn.

Además, ella nunca iba a casarse con él.

—Wesley... Tu mamá y yo nos queremos mucho, y vamos a seguir queriéndonos como amigos siempre, pase lo que pase.

Ésa era la única esperanza que le quedaba. Una vez que hubiera pasado

el tiempo suficiente, Bronwyn y él podrían retomar algún tipo de relación de amistad.

Y él podría intentar rehacer su vida con otra persona.

¿Con otra persona?

«¿Por qué te mientes a ti mismo de esta manera?», se dijo Patrick. «¿Crees que es posible que vuelvas a amar a una mujer como la amas a ella?».

La posibilidad de que no pudiera pasar el resto de su vida con Bronwyn le aterraba, era algo inconcebible. No podía aceptar la idea de conocer a otra persona, de enamorarse de otra persona, de casarse con otra persona.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Sidney... —dijo Louisa pensativa cuando Patrick le comunicó sus planes—. Te alejas de Bronwyn y de tu hijo...

—Le estoy dando a Bronwyn lo que quiere, espacio para ella sola y tiempo —replicó Patrick—. No puedo obligarla a casarse conmigo. Si me quedo aquí, eso es lo que ella pensará, que la estoy forzando a tomar una decisión.

—Veo que te has puesto en su lugar y que entiendes sus preocupaciones —dijo Louisa—. Lo único que espero es que también pienses en ti mismo.

—¿A qué te refieres?

—Lo que quiero decir es... —dijo la anciana bajando la voz—. Lo que intento decirte es que espero que tengas la capacidad de perdonarla si deja que te vayas.

—Louisa... Si Bronwyn no me ama de la misma forma que la amo yo, no hay nada que ni ella ni yo podamos hacer.

Louisa asintió. Se levantó de la silla apoyándose en su bastón y se acercó a él.

—Te quiero mucho, Patrick —dijo la anciana—. Eres parte de mi familia. Este rancho será siempre tu casa, y lo mismo digo sobre Megan. Los dos significáis para mí más de lo que creéis. Soy muy feliz al tener a Wesley aquí, pero... Te voy a echar mucho de menos.

—Vendré muy a menudo, no te preocupes —dijo Patrick intentando que su tía no viera lo emocionado y triste que estaba.

Aquella noche, antes de irse a la cama, Louisa observó a Bronwyn y Patrick juntos.

Patrick había cambiado. Ya no era el hombre alocado y arrogante de unas semanas atrás, cuando Bronwyn había regresado a su vida.

Aunque aprobaba la decisión que había tomado su sobrino, aunque valoraba lo que estaba haciendo por Bronwyn, tenía miedo por ella, miedo de que pusiera su independencia y su libertad por encima del amor.

Louisa se estremeció al contemplarlos. ¿Cómo era posible que hubieran pasado más de sesenta años y que el dolor y la tristeza todavía la acompañaran cada noche como un pasajero inesperado e incómodo?

Nunca dejaba que nadie viera su resentimiento. Nunca hablaba con nadie sobre el bebé que había perdido.

Era demasiado doloroso.

Pero quizá su experiencia podría servirles a otras personas, a aquéllos que todavía tenían la oportunidad de ser felices y amar plenamente, algo que ella no había podido disfrutar nunca.

Sí, tenía que hablar con Bronwyn.

A la mañana siguiente, después de que Wesley tomara el autobús del colegio, Patrick empezó a hacer las maletas. Había preferido no hacerlo en presencia de su hijo.

Además, le había prometido que estaría allí el siguiente fin de semana.

Estaba llevando las últimas cajas con sus pertenencias al coche, cuando Bronwyn entró en la casa después de haber terminado la clase de yoga.

—Bronwyn, ¿podrías venir un momento y ayudarme con una cosa? —le pidió Louisa desde su despacho.

Patrick, que estaba en la puerta, se preguntó por qué su tía estaba tan seria aquella mañana.

—¿Puedo ayudarte yo, tía?

—No, quiero que venga Bronwyn —repitió la anciana.

Bronwyn entró en el despacho de Louisa, quien le pidió que cerrara la puerta.

La anciana se sentó en un sillón y le pidió a Bronwyn que hiciera lo

mismo.

«Quiere decirme algo sobre Patrick», pensó Bronwyn. «No quiere que se vaya».

Y Patrick se iba por ella.

—Voy a contarte un secreto —dijo Louisa en tono confidencial—. Nunca le he contado esto a nadie en toda mi vida.

Bronwyn miró a Louisa expectante.

—Todo el mundo se ha preguntado siempre por qué eché a mi hermana de aquí.

Bronwyn no movió un solo músculo.

¿Por qué iba a contarle aquello precisamente a ella y en ese momento?

—Cuando era una adolescente —empezó la anciana—, me quedé embarazada.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Ninguna de los dos dijo nada.

—Me fui —continuó Louisa—. Eso es lo que se hacía en aquellos tiempos. No voy a entrar en detalles. Baste decir que el bebé nació muerto.

Bronwyn no pudo evitar emitir un grito ahogado. Intentó imaginarse el dolor que debía de haber sentido aquella mujer durante toda su vida, los recuerdos amargos, las noches de insomnio, y, por primera vez, creyó ver el atisbo de una lágrima en los ojos de la anciana, de aquella mujer fuerte e indomable.

—Poco después, me enteré de que mi hermana había empezado a salir con el hombre que yo amaba, el padre del hijo que había nacido muerto. No pude soportar tenerlos delante. Cuando el rancho pasó a mi poder, los eché de aquí.

Louisa la miró detenidamente.

—Ésa es la historia. Bronwyn. Fui una cobarde. No luché por el hombre que amaba. Ni siquiera le dije lo que sentía. Simplemente lo dejé marchar. Y no ha habido un solo día desde entonces en que no me haya arrepentido. Aquella decisión cambió mi vida para siempre, me cambió a mí, y no para bien. Nada volvió a ser lo mismo para mí —dijo sacando un pañuelo de su bolsillo y secándose las incipientes lágrimas—. Si te he contado todo esto es únicamente por una razón... Bronwyn, por favor, no cometas el mismo error que cometí yo, por lo que más quietas.

Bronwyn sintió que el corazón se le partía en dos.

Patrick estaba terminando de hacer las maletas. Aquel hombre la había perdonado por haber elegido en el pasado a otro hombre en su lugar.

Había soportado que lo rechazara una segunda vez.

Y, aun así, le estaba dando lo que ella le había pedido.

Libertad e independencia.

Estaba renunciando a su vida en aquel rancho por ella.

No podía dejarlo marchar. No podía permitirlo.

Nunca jamás conocería a un hombre como Patrick.

—Gracias, Louisa —susurró Bronwyn.

Invasada por un torrente de emociones, salió corriendo del despacho de Louisa hacia la puerta de la casa.

Patrick no estaba.

¿Se había ido sin despedirse? No era posible.

Lo buscó en la planta baja, pero no lo encontró. Corriendo cada vez más deprisa, subió las escaleras y se dirigió a su despacho.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a decirle lo que sentía de verdad después de lo que él había hecho por ella?

—Patrick —dijo abriendo la puerta de su despacho.

Al verlo, respiró aliviada. Todavía había una oportunidad. Se acercó a él despacio.

Y, sin hacer el menor esfuerzo, salieron de ella las palabras justas, palabras que convertían su recién adquirida libertad en una libertad diferente, una libertad que le abría la puerta a un mundo nuevo y emocionante.

—Te amo, Patrick. Por favor, no te vayas. No tengo ninguna duda sobre mis sentimientos. Si a ti te pasa lo mismo, por favor, no te vayas.

Patrick fue hacia ella y la tomó firmemente de la cintura.

—¿Estás segura, Bronwyn? ¿Estás segura de que quieres vivir conmigo, casarte conmigo, hacer el amor conmigo y pasar el resto de tu vida a mi lado hasta que la muerte nos separe?

—Eso es lo que yo llamo una proposición decente —sonrió Bronwyn—. Si, Patrick, estoy segura —dijo con firmeza.

Patrick la besó con todo el amor que había guardado para ella durante

aquellas convulsas semanas.

—¿Quieres que le contemos a Louisa la buena noticia?

—Sí, creo que se merece ser la primera en saberlo —dijo Bronwyn—. Y alguien más que se va a poner muy contento.

—Estoy absolutamente convencido de ello —sonrió Patrick sujetándola con fuerza, como si todavía no pudiera creerse que aquello estuviera sucediendo de verdad—. Iremos a dar un paseo a caballo cuando salga del colegio y lo celebraremos.

Sí, tenían que decírselo a mucha gente. A Marie, a Helena, a Dylan, a Megan...

Al fin, iban a poder ser una familia.

Porque, por primera vez en su vida, Bronwyn había encontrado un hogar.

Su hogar...